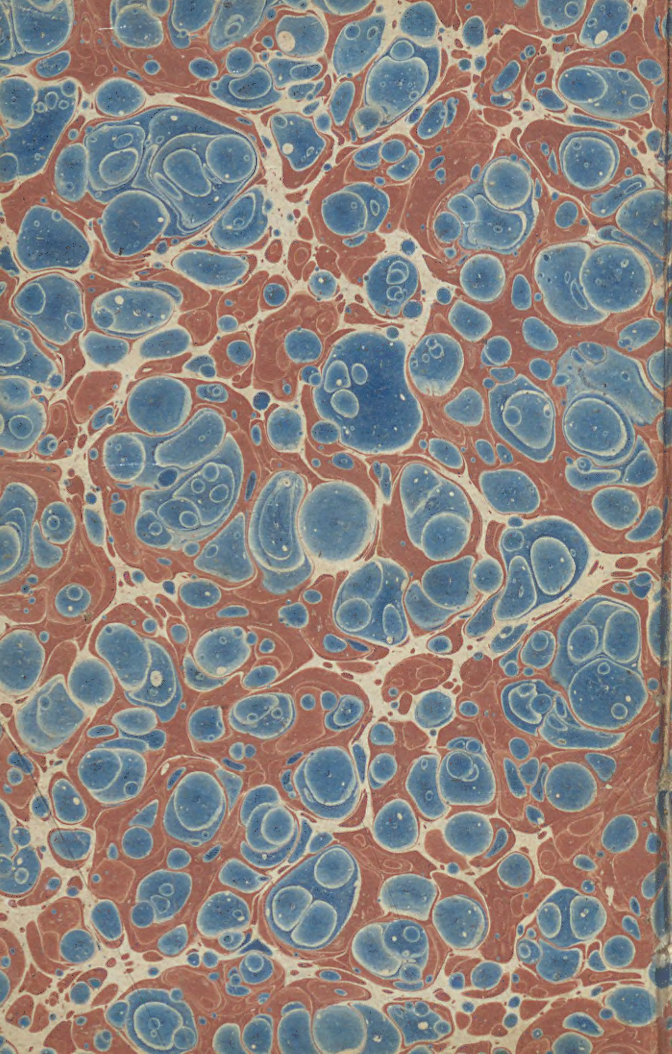
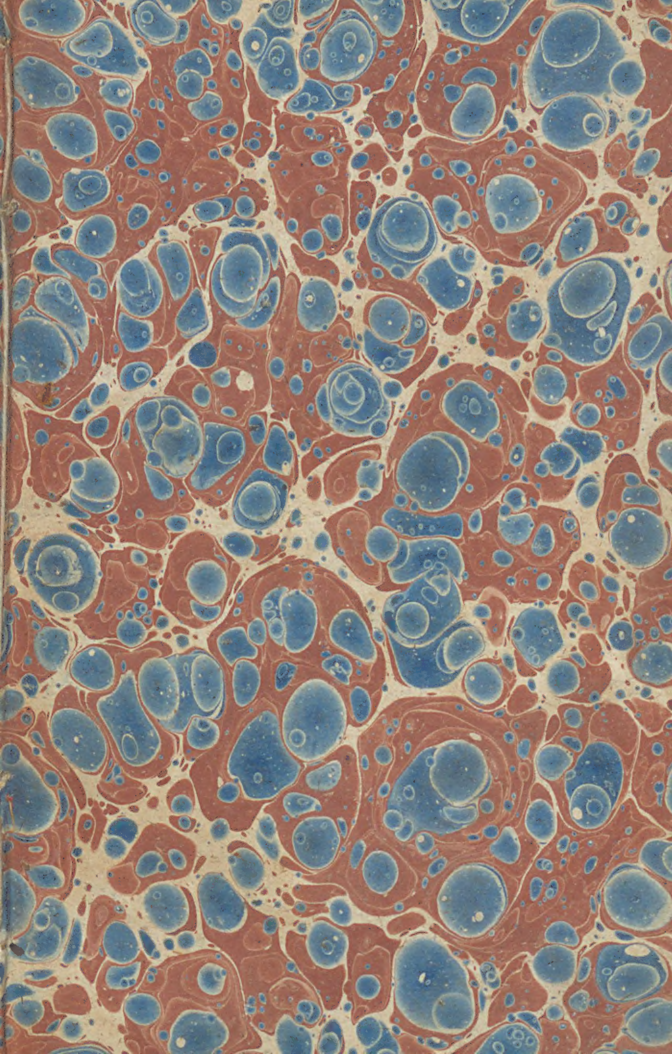






MEDITACIONES

PARA

LA SAGRADA COMUNION,

APLICADAS

á las principales Festividades del año.

OBRA

DEL CÉLEBRE P. BALTASAR GRACIAN, de la Compañía de Jesus, con las Décimas respectivas con que las adornó D. José Ibañez.

Nueva edicion hecha á devocion de un individuo de la Congregacion de N. Sra. de Guadalupe.

CON LICENCIA.

Madrid: Imprenta de Aguado, bajada de Sta. Cruz.

1826.

EL EDITOR.

La presente reimpresion de estas Meditaciones creo con fundamento que se mire como un obsequio á la piedad y á la literatura. Es indudable que la primera tiene un derecho á que se aumenten y propaguen sus afectos por todos los medios posibles; y que siendo uno de sus mas poderosos móbiles la sagrada Comunion, nada sobra para escitarla, para contribuir á recibirla dignamente y avivar así el fervor de un acto tan solemne y esencial del catolicismo. Pero si entre la multitud de obras devotas escritas al intento; si entre las que hemos ido á mendigar de los estrangeros se presenta una de nuestro reino, y de uno de los mejores ingenios españoles, en que se mezclan dulcemente lo piadoso con lo vario y ameno, y el mérito principal de la materia mística, con lo castizo de la forma en el lenguage, y aquel sabor de los hablistas de nuestra buena época literaria, juzgo no engañarme tampoco en mi aserto con respecto á lo literario. El P. Baltasar Gracian, de la Compañía de Jesus, se dis-

tinguió en la república de las letras por un gran número de obras que dió á luz bajo el nombre de Lorenzo Gracian; modestia que ocasionó el error de creer fuesen dos hermanos: tales son *el Héroe*, *el Político Fernando*, *la Agudeza y arte de ingenio*, *el Discreto*, *el Criticon*, *el Oráculo manual ó Arte de prudencia*, *las Selvas del año*, y finalmente *las Meditaciones para la Comunion*: no siendo poca recomendacion de ésta el ser la única en que descubrió su verdadero nombre, como él mismo lo dice en el Prólogo de sus obras, y cuyas palabras se omiten aquí por evitar proligidad. Tradugéronse en varias lenguas conforme salian sus diferentes tratados, que ahora corren juntos en varios tomos, y de entre ellas entresacó D. José Ibañez las *cincuenta Meditaciones*, adornándolas su cristiano ingenio con las discretas Décimas que van al frente de cada una, y que en nada desdicen del espíritu y estilo de la obra. Esta misma pues ofrezco al cristiano cuanto ilustrado público español, deseoso de que beba en ella lo dulce de sus ideas piadosas, y lo correcto de su ameno lenguage.



MEDITACIONES VARIAS

PARA ANTES Y DESPUES

DE LA SAGRADA COMUNION.

MEDITACION I.

De la plenitud de gracia con que la Madre de Dios fue prevenida para hospedar al Verbo Eterno, primer egemplar de una perfecta Comunion.

DÉCIMA.

Si la que es de gracia fuente,
Al verse templo humanado
Del sacro Verbo encarnado,
Teme, aun con ser inocente;
¿Cómo yo, que delincuente
Le hospedo, no doy disculpa?
Razon será que en mí esculpa
Lo que va con eficacia
De la fuente de la gracia
Al abismo de la culpa.

Para antes de Comulgar.

PUNTO I.

Considera el magestuoso aparato de santidad, el colmo de virtudes con que la Madre de Dios se preparó para haber de hospedar en sus purísimas entrañas al Verbo Eterno: disposicion debida á tan alta egecucion. Fue lo primero concebida, y confirmada en gracia, porque ni un solo instante embarazase la culpa el animado Sagrario del Señor. Llámase su padre Joaquin, que significa preparacion de Dios, y su madre Ana, que es gracia, porque todo diga prevenciones de ella. Nace, y mora en la Ciudad florida, como la flor de la pureza. Nómbrase María, que quiere decir Señora con propiedad, pues hasta el mismo Príncipe de las Eternidades le está previniendo obediencias. Críase en el templo, gran maravilla del mundo, para serlo élla del cielo: hace voto de virginidad, reservándose puerta sellada para solo el Príncipe: previénese su alma de la plenitud

de gracia, y alhájase su corazon de todas las virtudes, para hospedar un Señor por antonomasia Santo.

Pondera ahora tú, que has de llegar á recibir el mismo Verbo Encarnado en tu pecho que María concibió en su vientre: si ella con tanta preparacion de gracias, ¿cómo tú tan vacío de ellas? Mira que el que comulga, el mismo Señor recibe que María concibe; allí Encarnado, aquí Sacramentado: si la Madre de Dios con tanto aparato de santidad se turba al concebirle, ¿cómo tú tan indigno no te confundes al recibirle? La Vírgen llena de virtudes teme, ¿y tú lleno de culpas no tiemblas? Procura hacer concepto de una accion tan superior; y si la Vírgen para concebir una vez al Verbo Eterno se dispone tantas, tú para recibirle tantas procura prepararte esta.

Para Comulgar.

Punto II. A esta prevencion de toda la vida, correspondió bien la de la ocasion. Negada estaba esta Señora al bullicio humano, entregada toda al tra-

to divino: ¡qué retirada de la tierra! ¡qué introducida en el cielo! Menester fue que entrase el Angel á buscarla en su escondido retrete, y que llamase al retiro de su corazon: tres veces la saludó para que le atendiese una; tan dentro de sí estaba, tan engolfada en su devocion: era velo á su belleza su virginal modestia, y el recatado encogimiento muro de su honestidad. Admirado la saluda el Angel; turbada le oye María, que puede enseñar á los mismos espíritus pureza. Convídala el sagrado Paraninfo con la maternidad Divina, y ella atiende al resguardo de su virginidad; encógese al dar el sí de la mayor grandeza, y concede, no el ser Reina, sino Esclava, que en cada palabra cifra un prodigio, y en cada accion un misterio. * Llega, alma, y aprende virtudes, estudia perfecciones, copia este verdadero original de recibir á tu Dios, advierte con qué humildad debes llegar, con qué reverencia asistir. ¡Qué temor tan confiado! Si la Vírgen tan colmada de perfecciones duda; si llena de gracias teme, y es menester que el que es fortaleza de Dios la conforte, tú tan

vacío de virtudes, oliendo á culpas, ¿cómo te atreves á hospedar en tu pecho al infinito é inmenso Dios? Pondera qué disposicion será bastante, qué pureza igual? Prepara pues tu corazon, sino con la perfeccion que debes, con la gracia que alcanzares.

Para despues de haber comulgado.

Punto III. En este purísimo Sagrario de la gracia, en este sublime Trono de todas las virtudes, toma carne el Verbo Eterno: aqui se abrevia aquel gran Dios que no cabe en los cielos de los cielos; y la que ya estaba llena de gracia, quedó llena de devocion. Luego que reconoceria en sus purísimas entrañas su Dios Hijo, sin duda que su alma, asistida de todas sus potencias, se le postraria adorándole, y dedicándose toda á su cortejo y afecto; el entendimiento embelesado, contemplando aquella grandeza inmensa reducida á la estrechez de un cuerpecito; la voluntad inflamándose al amor de aquella infinita bondad comunicada; la memoria repasando siempre sus misericor-

dias; la imaginacion, representándole humano, y gozándole divino; los demas sentidos esteriores, hurtándose al cariño de los soberanos empleos, estarian como absortos en el ya sensible Dios; los ojos provocándose á verle, los oidos ensayándose á escucharle; coronándose los brazos, y sellándose los labios en su tierna humanidad. * A esta imitacion sea tu empleo, ¡ó alma mia! Despues de haber comulgado, cuando tienes dentro de tu pecho real y verdaderamente al mismo Dios y Señor, estréchate con él; asístele en atenciones de cortejo; convóquense todas tus fuerzas á servirle, y todas tus potencias á adorarle. Logra en fervorosa contemplacion aquellos dulcísimos coloquios, aquellas ternísimas finezas que repetia la Vírgen con su Dios Hijo encerrado.

Para dar Gracias.

Punto IV. Cantó las gracias á Dios esta Señora á las orillas de este abismo de misericordias, mas gloriosamente que la otra María, hermana de Moisés, á las orillas del mar Bermejo. Comenzaria luego á magnificar sus maravillas;

que lo que le abrevió su vientre, le engrandeció su mente. Convida á las generaciones todas para que la ayuden á agradecer las universales misericordias, y engrandecer el santo nombre del Señor. Pasa á eternizar de progenie en progenie los divinos favores con agradecidos encomios: luego volviendo atrás, porque los pasados, los presentes y venideros magnifiquen al Señor, despierta á Abraham, y á su semilla para que reconozcan y alaben la gran palabra de Dios, desempeñada cuando ya encarnada: de este modo da gracias la Vírgen Madre, por haber concebido al infinito Dios. * Al resonar, pues, de tan agradecidos Cánticos, no estés muda tú, alma mia; y pues recibiste al mismo Señor , apláudele con voz de exultacion, y de exaltacion, que es el sonido de tales convidados; empléense esa boca y esa lengua, saboreadas con tan divino pasto, en sus dulces alabanzas. Cántale hoy al Señor un nuevo cantar por tan nuevos favores; todo tu interior en su real divina presencia se dedique á la perseverancia de ensalzarle por todos los siglos de los siglos. Amen.

MEDITACION II.

Del convite del Hijo Pródigo, aplicado á la Comunion.

DÉCIMA.

Pequé, Señor: rejalgares
Me dió el vicio entre los brutos:
¡Oh qué diferentes frutos
Aquellos y estos manjares!
Pródigo huí tus altares,
Liberal te considero;
Por tí vivo, y sin tí muero,
Cuando me pasas propicio
Desde el muladar del vicio
A la mesa del Cordero.

PUNTO I.

Considera al inconsiderado Pródigo, caido de la mayor felicidad en la mayor desdicha, para que sienta mas sus estremos: de la casa de su Padre, al servicio de un tirano, metido en una vil choza, consumido de la hambre, arrinconado de la desnudéz, apurado de su tristeza, envidiando un vil manjar á los brutos mas inmundos, y aun esto

no se le permite. Aquí acordándose de la regalada mesa de su padre, y cariñoso de aquel sabroso pan, que aun á los jornaleros les sobra; viéndose hambriento de él, hártase de lágrimas, principio de su remedio, pues hacen reverdecer sus esperanzas, y confiado del amor paterno, que nunca de raiz se arranca, resuélvese en volver allá, y entrarse por las puertas siempre abiertas de su cielo. * Contémplate otro Pródigo, y aun mas mísero; pues dejando la casa de tu Dios, y la mesa de tu padre, te trajo tu desdicha á servir tus apetitos, duros y crueles tiranos. Pondera cuán poco satisfacen los deleites, cuán poco llenan las vanidades, aunque mucho hinchan. Lamenta tu infelicidad de haber trocado los favores de hijo de Dios, en desprecios de esclavo de Satanás. Saca un verdadero desengaño, despreciando todo lo que es mundo, apreciando todo lo que es cielo, y con valiente resolucion vuelve antes hoy que mañana á la casa de tu Dios, y á la mesa de tu buen Padre.

Punto II. Resuelto el desengañado hijo á volver al paterno centro, dispó-

nese con dolor para llegar al consuelo. Vuelve lo primero en sí, que aun de sí mismo estaba en estraño. Entra reconociendo su vileza ante la mayor grandeza, y revístese de una segura confianza, que aunque él es mal hijo, tiene buen padre; y asistido de dolorosa vergüenza, llega confesando su flaqueza y su ignorancia: comienza por aquella tierna palabra: Padre; y prosigue: "Pequé contra el cielo, y contra tí." * ¡Qué presto le oye el Padre de las misericordias, y salta á recibirle antes en sus entrañas que en sus brazos! No le asquea andrajoso, ni le zahiere errado: escóndele sí entre sus brazos, porque ni aun los criados sean registros de su desventura; y aunque la necesidad del comer era mas urgente, atendiendo á la decencia manda le traigan vestido nuevo, en fé de una vida nueva: ajústale el anillo de oro en el dedo en restitucion de su nobleza profana; y viéndole de suerte que no desdice de hijo suyo, siéntale á su mesa y, vestido de gala, le regala. * Pondera tú con qué resolucion deberias levantarte de ese abismo de miserias en que te anegaron

tus culpas; cómo te debes disponer con verdadera humildad para subir á la casa de tu gran Padre; con qué adorno te has de asentar á la mesa de los Angeles, no arrastrando los yerros de tus pecados; desatado sí por una buena confesion, vestido de la preciosa gala de la gracia, con el anillo en el dedo de la noble caridad, y con las ricas joyas de las virtudes, llega á lograr tan divinos favores.

Punto III. Viéndole ya el Padre de las misericordias aseado, dígnase de sentarle á su mesa, y para satisfacer su gran hambre, dispone sea muerto el mas lucido ternerillo de sus manadas, y que todo entero, sazonado al fuego del amor, se lo pongan delante. Comenzó á cebarse con tanto gusto, como traia apetito; el pasto era sabroso, su necesidad grande: ¡con qué gusto comeria, ó cómo se iria saboreando! Mirándoselo estaria su buen padre, y diria: "Dejadle comer, que lo que bien sabe bien alimenta: trinchadle mas, hacedle plato, coma á satisfaccion, y hágale buen provecho." Ahora sí conoceria la diferencia que va de mesa á mesa, de manjar á

manjares; y el que llegó á mendigar la mas vil comida de los brutos, ¿cómo estimaria ahora el noble regalo de los Angeles? Que si una gota de agua de esta mesa basta á endulzar el mismo infierno, ¿qué será todo aquel Pan sobresubstancial? * Pondera tú cuánto mayor es tu dicha, pues tanto mas espléndida tu mesa, cuando en vez del sabroso ternerillo, te comes el mismo Hijo del Eterno Padre Sacramentado: aviva la fé, y dispertarás el hambre; cómele con gusto, y te entrará en provecho; desmenúzale bien, y te sabrá mejor; advierte lo que comes por la contemplacion, y lograrás vida eterna.

Punto IV. Quedaria el Pródigo tan agradecido á tan buen Padre, cuan agasajado estimador de su gran bien, al paso que desengañado: ¿qué propósitos sacaria tan eficaces, cuan verdaderos, de nunca mas perder ni su casa, ni su mesa? Y en medio de esta fruicion, ¿qué horror concebiria al miserable estado en que se vió? ¿cómo atenderia á no disgustarle en cosa, ya por amor de hijo, ya por recelo de desgraciado? Iríase congratulando con todos los de casa, desde

el favorecido, al mercenario. ¿Cómo ponderaria el favor paterno, y celebraria el regalo? ¡Cuánto mayores gracias debes tú rendir habiendo comulgado, cuando te hallas tan favorecido! Corresponda al favor tu favor, levántense tus ojos de la mesa al cielo, y pase la lengua del gusto de Dios á sus divinas alabanzas.

MEDITACION III.

Para comulgar con la intencion del Centurion.

DÉCIMA.

Salud pide el Centurion
Para un criado, y osado,
Siendo yo mismo el criado
No busco mi redencion.
¡Oh notable confusion!
Aquel de amor es modelo;
Yo en mi ingratitud soy yelo;
Dios el Señor sin segundo,
Pues al indigno del mundo
Le viene á ver desde el icelo.

PUNTO I.

Meditarás hoy las escelentes virtudes con que se armó este Centurion para ir

á conquistar la misericordia infinita; aquella ferviente caridad con que sale en persona á buscar la salud, no ya para un hijo único, sino para un criado sobrado y quien así se humilla con su criatura primero, ¿qué no hará despues con su Criador? Conoció cuán poco valen los humanos medios sin los divinos; y así solicita estos con estimacion y desengaño, no fia la diligencia al descuido de otro siervo, ni el hablar con Dios lo remite á otro tercero. * Pondera que hoy sales tú en busca del mismo Señor, no ya para solicitar la salud de un siervo, sino de tu alma; al mismo Jesus has de hablar; procura, pues, prevenirte de virtudes para conquistar sus misericordias: llega con humildad á postrarte ante su divina presencia: saca un gran fervor de espíritu, una encendida caridad, y una diligencia solícita.

Punto II. Llega caritativo el Centurion, y recíbele el Señor benignísimo: confia que tiene en su mano el poder, y muy á mano el quererle remediar. Señor, dice, un criado tengo en mi casa paralítico, tan impedido que no ha sido posible llegar acá con el cuerpo, sí con

el afecto. Respondele él Señor: si él no puede venir, yo iré allá á curarle. Repara en la infinita bondad del Salvador. No solo le escucha, pero se digna ir á su casa á curar al siervo; remunera una gran caridad con otra mayor, no permitiendo ser en esta vencido de alguno. * Y entiende tú que en mostrando deseo del Señor, él mismo se convidará á entrarse por las puertas de tu pecho: ensancha los senos de tu alma para los favores de su diestra: dilata tu boca para que la llene de tan regalado manjar. Corresponda tu estimacion á la infinita bondad, aviva el deseo de que venga á tí el Señor, que entre en tu pecho, y sane tu alma.

Punto III. Admirado el Centurion de tan divina humanidad, careando su nada con la infinita grandeza, espantado y aun confundido, esclama: "Señor, yo no soy digno de que vos entreis en mi pobre morada." Vos Dios infinito, yo un vil gusano: el cielo os viene estrecho, ¿qué será mi pobre casa? Vos hecho á pisar alas de Querubines, yo una hormiguilla vil, yo un pecador menos que nada. Repara que cuando los Fariseos

hinchados multiplican desprecios del Señor, un soldado hace alarde de veneraciones: aquellos no se dignan de venir á él, y el Centurion se espanta de que el Señor se digne ir á su casa. * Pondera que si el Centurion así se confunde de que el Señor quiera pisar sus umbrales, ¿cuánto mas tú de que se digne entrar, no ya en tu techo, sino en tu pecho? "Sola una palabra vuestra, dice, es bastante á dar salud á mi criado, y llenar de felicidades mi casa:" con sola una palabra se contenta; á tí la misma palabra infinita, hecha carne, se entra en tus entrañas. Carea la grandeza de este Señor con tu vileza, y cuando llegues á comulgar, aniquílate, pues eres nada. Pondera que si para la omnipotencia bastaba una palabra, pero no para su infinita misericordia.

Punto IV. ¡En qué accion de gracias prorrumpiria el Centurion á tantas misericordias! ¡cuán agradecido quedaria despues de tan favorecido! Si humilde le veneró, agradecido le bendice, publicando á voces sus grandezas. Celebra tambien el Señor su fé, y proponenosla la Iglesia Santa por egemplo al re-

cibirle. * Pondera cuánto mayores gracias debes tú rendir á este Señor; cuánto mayores han sido los favores: mira que no vuelvas luego las espaldas á esta fuente de misericordia desagradecido, sino alábale eternamente obligado, diciendo " Cantaré las misericordias del Señor eternamente: " corresponda á este Pan cotidiano un hacimiento de gracias de cada dia, practicando con el egercicio una tan grande enseñanza de virtudes.

MEDITACION IV.

Para comulgar con la fé de la Cananéa.

DÉCIMA.

Misericordia desea
La Cananéa lograr;
Quiérela Jesus probar,
Quiérelo la Cananéa:
No al disfavor titubea
Hasta alcanzar el favor:
¿Y yo villano deudor,
Huyo llamado de tí?
¿Qué será, Señor, de mí?....
Misericordia, Señor.

PUNTO I.

Considera como la Cananéa deja su

casa y su patria, comodidades y culpas, y sale tan diligente cuan afligida á pedir misericordia á la fuente de ellas; multiplicáronse sus trabajos, y así se aumentó su diligencia. Llegaron á ella los ecos de los milagrosos hechos de Cristo, y no se hizo sorda; al punto vino clamando diligente: gran disposicion para parecer delante de un Señor tan amigo de comunicar el consuelo y el remedio. * Pondera como la Cananéa viene pidiendo misericordia; á tí te ruega con ella: no te cuesta tanto hallar todo el Pan del Cielo, como á ésta una migaja; no el salir de tu reino, ni de tu patria; no el ir al cabo del mundo á comulgar, pues en cada iglesia tienes al Señor Sacramentado, y que te está convidando. Estima una felicidad tan grande, y tan á mano, y procura salir de tí mismo, de tu amor propio, de los fines errados, de una intencion torcida; para que éntre sin embarazo este divino Bien en tu pecho saca una gran disposicion de heróica fé, firme esperanza, oracion perseverante y diligencia fervorosa.

Punto II. Persevera en rogar la Cananéa, y hace el Señor del que no la

oye, cuando mas la atiende; suspende sus misericordias, porque ella mas conozca y repita sus miserias; que le es música sonora, lo que enfado á los Apóstoles. * Pondera lo que importa no desmayar en los egercicios de virtud; y aunque el ministro del Señor tal vez se enfade, y otros te murmuren de que frecuentes las confesiones y comuniones, tú no desmayes ni te retires; persiste como Ana, aunque censurada de Heli, que no se cansa, ni se enfada aquel Señor que tiene por sus delicias los ruegos, y por descanso el estar en el pecho del que comulga: aprende perseverancia de esta fervorosa muger, á no acobardarte con pusilanimidades, y coronarás las obras.

Punto III. Prosigue el Señor en ensayar su virtud en el crisol de la prueba, para que salga mas luciente el oro de su fé, campee su paciencia, y se realce mas su humildad; y cuando gusta de tenerla cerca, entonces la dice: "Apártate, »que no es bien arrojar á los perros el »pan de los hijos:" desmayára cualquiera viendo tales amagos de disfavor; mas la Cananéa está tan lejos de agraviarse,

que se humilla mas: no la espantan rigores de Dios á la que sabe bien lo que son vejaciones del demonio; no siente los desprecios, la que conoce sus deméritos. Retuerce ella el argumento, y no solo á hombre, sino á Dios: " Si, Señor, dice, que las migajuelas que caen de las mesas de los señores, gajes son de los perrillos. Yo me conozco que soy delante de vos, como decia el santo Rey, una bestiezuela mas inutil que un perrillo; pero tambien sé que vos sois mi buen Dueño, y que pues sustentais los pajarillos del aire, no me dejareis á mí perecer. " * Pondera la escelente humildad de esta muger; nota la lealtad de su fé, la fidelidad de su confianza, la fineza de su caridad: y si ella con una migajuela se contenta, y juzga que la sobra la dicha, tú, que no solo alcanzas una migaja, sino que recibes todo el Pan del cielo, ¿cuánto mas debes estimar y lograr su suerte? Aprende aqui la humildad, y practícala en humillaciones; saca estimacion del favor, y adoracion de la grandeza del Señor á quien recibes.

Punto IV. Esclamó el Señor, oyendo tanta fineza: " ¡Oh muger! grande es

tu fé, sea grande tu dicha: Yo te otorgo lo que pides, pues así mereces." Hizo el Señor esta demostracion de admirado, para que nos admirásemos nosotros, y la imitásemos tambien. * Pondera qué gracias rendiria despues la que con tal humildad llegó antes: y la que tan fiel vino pidiendo, ¿qué agradecida volveria alcanzando? ¿cómo levantaria la voz al agradecimiento, la que así el grito al ruego? ¡Oh tú, que has conseguido tanta mayor merced, no migajuelas del favor, sino colmos de gracia! Sea tambien cumplido tu agradecimiento: si á gran bocado, gran grito, resuenen eternamente en tu boca las divinas alabanzas.

MEDITACION V.

Del Maná: representacion de este Sacramento. Pondéranse las diligencias en cogerle; sus delicias en comerle, y las circunstancias del guardarle.

DÉCIMA.

Salir de Egipto, pasar
Todo el mar, dentro vencer,
Y llorar sin que comer,
Méritos son de alcanzar:
A una sombra de este Altar
Fue prevencion muy debida;
Y yo, cuando me convida
Mejor Maná ¡ trance fuerte!
Con prevenciones de muerte
Me sorbo el mar de la vida.

PUNTO I.

Meditarás la maravillosa disposicion que precedió en aquel pueblo para recibir el milagroso manjar. Salen de Egipto y de sus tinieblas en busca de la luz, para la vision de paz; pasan un mar, abismo de miserias, dejando anegados

sus enemigos mortales; caminan por un desierto, sin comunicar con las gentes, tratando con solo Dios; beben las aguas del Maná, juntando la oracion con la mortificacion; fáltales la comida de la tierra, para que apetezcan la del cielo, que toda esta gran preparacion es menester, y vivir una vida de Angeles para comer el pan de ellos. * Pondera tú si para la figura sola, para una sombra de esta comida, precedió tanta disposicion, ¿cuál será bastante para llegar á comer el pan sobresubstancial? ¿el cuerpo y sangre del Señor en verdadera y no figurada comida? ¿Cómo has de haber salido de la esclavitud del pecado? ¿qué lejos has de estar de la ignorancia de sus tinieblas? ¿Cómo has de hermanar la oracion con la mortificacion? ¿qué trato con Dios? ¿qué retiro de los hombres? ¿qué abstinencia de los viles manjares para lograr el Maná verdadero?

Punto II. Estando tan bien dispuestos, merecieron ser consolados del Señor; envíales aquel esquisito manjar, con que quedan admirados y satisfechos; no les envia comida de la tierra, sino del Cielo, para que vivan vida de allá: no sabe á

un solo manjar, sino á todos, al que cada uno desea; para que adviertan, que todo el bien que pueden desear, allí le hallarán cifrado; y así atonitos decian: " ¿Qué manjar es este tan raro, venido del cielo, enviado de la mano de Dios? " Con cuánta mas razon puedes tú hoy decir: ¿qué comida es esta tan preciosa? Respóndete la fé, diciendo: Este es un Verbo hecho carne; y esta una carne hecha por un Verbo. Este es el pan de los Ángeles, que los hombres se le comen: este es aquel pan que es regalo de los Reyes; este es el Maná verdadero, que da vida; y en una palabra, esto es comerse el hombre á su Dios, que como es bien infinito, encierra cuantos sabores hay: gústale, mira cuán suave es, y cómo sabe á todas las virtudes y gracias.

Punto III. Para un manjar tan misterioso, misteriosas circunstancias se requieren. Salian al alba á recogerle, en aquella hora vírgen; sea este el primer cuidado del dia: menester es madrugar, cueste solicitud y desvelo antes que salga el sol; que como es tan puro y delicado, con cualquier calor del mundo se deshace. Recoge cada uno lo que bas-

ta, que no tolera humanas codicias; no se guarda para otro dia, porque quiere ser pan reciente, y cotidiano, avisando de su frecuencia. Conviértese luego en gusanos roedores de la delincuente conciencia. * Pondera cuánto mas puntuales y misteriosas circunstancias requiere este Maná sacramentado. Sea este tu primer blanco; no te distraigas á otro empleo; no seas perezoso en buscarle, que te quedarás vacío; trátale con pureza, no sea que en vez de darte vida, engendre los gusanos de tu muerte.

Punto IV. Quedan favorecidas aquellas gentes, mas no agradecidas: que de ordinario las mayores misericordias de Dios se pagan con ingratitudes del hombre. Asquearon luego el sabroso manjar, que como materiales, no perciben los regalos del espíritu: despreciaron el pan del cielo, y apetecieron las cebollas Gitanas. * Temo, alma, no seas tú aun mas desagradecida que estos, que cuanto mayor es el favor que has recibido, tanto mas culpable será la ingratitud. Celebra este verdadero Maná, y repite su fruicion mas veces que el real Profeta en sus cánticos de alabanzas, del que solo

fue representacion. Préciate de buen gusto, y conózcase en no apetecer mas los viles contentos de la tierra.

MEDITACION VI.

Para comulgar con la devocion de Zaquéo.

DÉCIMA.

Zaquéo á un árbol, diseño
De otro místico, subió,
Desde donde á Jesus vió,
Que éste hace grande al pequeño.
Miróle Cristo en el leño,
Y dijo habiéndole visto:
Hoy, hombre, á tu mesa asisto.
¡Oh si con divina luz
Subiera yo por la Cruz
A la gran mesa de Cristo!

PUNTO I.

¡Oh mi Dios y mi Señor: cuando los hinchados Fariseos no se dignan de miraros, un Príncipe de los Publicanos solicita el veros! No llega á pedir remedio de sus males, como otros; y no porque no sean los suyos mayores, pues son del alma, sino porque no los conoce.

Tráelo la curiosidad de conoceros milagroso, no el deseo de seguiros santo. Vase entremetiendo, y no llega: que los ricos con dificultad se pueden acercar á Vos, pobre, y trabajado desde nacido: nadie hace caso de él, porque habia hecho caso de ellos. Viéndose tan poco dispuesto, determina subir á un árbol á lo de hombre comun; y sin reparar en el decir de los hombres, atropella por ver á Dios. * Pondera hoy, alma mia, cuando sales á comulgar, que vas en busca del mismo Señor: á conocerle sales y á contemplarle: impedirte han el verle los accidentes del pan, que le rodean, y mucho mas las imperfecciones que te cercan; viéndote, pues, de tan corto espíritu como Zaquéo de cuerpo, levántate sobre tí misma, sube en el árbol de la devota contemplacion, ó en el de la Cruz de una mortificacion perfecta; arraiga con la viva fé, con la verde esperanza, lleno de frutos de caridad, y con los ojos del espíritu logra el verle, solicita el contemplarle.

Punto II. Estaba Zaquéo viéndoos, Señor, muy á su gozo desde el árbol con tanto gusto, cuanto habia sido su de-

seo: haciase ojos por veros, y vos corazones porque os viese: gozaba de vuestra divina presencia, experimentaba en su alma maravillosos efectos; y cuando llegaste á emparejar con él, miraste al que os miraba, levantaste vuestros divinos ojos, que mirados, ó mirando, siempre fueron bienhechores. Fuéseos la palabra tras ellos, y aun el afecto, y nombrándole por su nombre, porque entienda que le atendeis, y que á él se encamina un tan grande favor, "Zaquéo, le decis, desciende diligente, que hoy me quiero hospedar en tu casa muy despacio." ¡Oh qué gozosa admiracion corresponderia á una dicha tan impensada! ¡Oh lo que valen diligencias del hombre para con Dios! pues el que antes tenia por gran felicidad poder llegar á veros desde lejos, ya baja del árbol, ya se os acerca, se os pone al lado y se asienta á la mesa con vos. * Imagínome subido en el árbol de la contemplacion, apoyo de mi pequeñez, deseoso de ver, y conocer al Señor, y que llamándome por mi nombre, me dice: "Á ti digo, desciende, acércate á mí Sacramentado, llega á comulgar: que

hoy me importa hospedarme en tu pecho:" hoy dice, no lo remitas á mañana: ¿qué sabes si tendras mas tiempo? Y si el Señor dice que le importa á su misericordia, ¿cuánto mas á mi miseria? Acude, ó alma mia, con diligencia fervorosa á recibirle, de modo que no lo diga á un sordo de ignorancia, á un perezoso de ingratitud.

Punto III. ¿Con qué presteza obedeceria Zaquéo? Lo primero sería postrarse, adorar aquellos pies que se dignaban hollar los umbrales de su casa; bien quisiera fuera en esta ocasion un gran palacio, para hospedar un huesped tan magnífico. ¿Cómo le franquearia cuanto tenia, poniéndolo á sus pies, quien así lo repartia en manos de los pobres? "La mitad, dice, de mis rentas doy, Señor, de limosna;" y sin duda de aquí le nació la dicha; porque del hospedar al pobre, se pasa á recibir al Señor; de dar de comer al mendigo, se llega á comer á Dios. Pero cuando se viese sentado á la mesa con el Señor, tan apegado con él, á quien aun verle desde lejos no se le permitia, ¿qué gozo experimentaria en su alma? No

cabria en sí de contento, viendo cabia en su casa el infinito Dios. * Pondera tú, que te vés sentado á la mesa del Altar, y mucho mas allegado á Cristo, pues no solo á su mismo lado te sientas, sino que dentro de tu mismo pecho le sientes guardado allá en tu seno, ¿qué contento deberia ser el tuyo? No haya otro en el mundo para ti; corresponda la estimacion al favor, despertándose en ti un continuo deseo de volverle á lograr, desquitando el sentimiento de haber perdido tantas comuniones en lo pasado con la frecuencia en lo venidero.

Punto IV. Quedó Zaquéo tan agradecido, cuan gozoso, que los humildes son muy agradecidos; todo les parece sobrado, cuanto mas un favor tan poco merecido: congratulábase con sus amigos, ganándolos todos para Dios. ¡Qué gracias haria al Señor, ofreciendo cuanto tenia, y en primer lugar su corazon! Desde hoy, Señor, que os he conocido, os comenzaré á servir; mudanza ha sido de vuestra diestra. Levantóle el Señor para echarle la bendicion, colmando su casa de bienes, y su alma de perfecciones. * Pondera

cuánto mas agradecido debes tú mostrarte; pues si allí el Señor se dignó de entrar dentro de la casa de aquel Publicano, aquí dentro de tu pecho: allí convidó Zaquéo al Señor, aquí el Señor te regala; allí le ofreció Zaquéo toda su casa, aquí le has de ofrecer toda tu alma, tu entendimiento para conocerle, tu voluntad para amarle, suplicándole te eche su bendicion, no ya de hijo de Abraham, sino de aquel gran Padre que vive y reina por todos los siglos. Amen.

MEDITACION VII.

Para comulgar con la confianza de la muger que tocó la orla de la vestidura de Cristo.

DÉCIMA.

¡Oh asombro de la Fé pura!
Sanaré, dice egemplar,
Como yo llegue á tocar
La orla de su vestidura.
Logró feliz la ventura,
Porque en la Fé estuvo cierta.
Ea pues, alma, despierta
La Fé, y el afecto aviva,
Que tocas la Carne viva,
Y aun mas que enferma estás muerta.

PUNTO I.

Considera como habiendo padecido esta muger tantos años una tan gran pension del vivir, achaque de la culpa, y viendo cuán poco la habian valido los médicos de la tierra, hoy acude al del cielo: previénese en vez de paga, de una rica confianza en el poder y querer de este Señor; sabe que con este Mé-

dico divino, el dar ha de ser pedir, y así viene diciendo: " Yo sé que si llego á tocar, aunque no sea sino un solo hilo de su ropa, tendré seguro el de mi vida aunque delgado. " ¡Oh grande muger! ¡Oh gran misericordia del Señor! Otros médicos tocan al enfermo para curarle, aquí el enfermo toca al médico para sanar. " Yo conozco, decia, su infinita virtud; grande es su poder, igual es su bondad, tan misericordioso es como poderoso: tóquele yo, que él me curará. * Reconoce tú los graves achaques que en imperfecciones afligen tu alma; ese flujo de pasiones, reflujo de pecados; concibe un gran deseo de sanar, que es la primera disposicion para la salud. Entiende que aqui tienes al mismo Médico divino, que sana á tantos enfermos; acude con viva fé, con heróica confianza de que todo tu remedio consiste en tòcarle y recibirle.

Punto II. Ceñia por todas partes el tropel de la gente al Salvador; rodeado iba de corazones, asistido de afectos, y así no le daban lugar á esta muger para poder llegar á pedirle la salud cara á cara: que siempre se les ponen delante grandes

estorbos á los que tratan de acercarse á Dios. Viendo esto, diria: "No merezco yo tanta dicha de poder hablar á mi Dios y mi Señor, siendo polvo y ceniza; mas yo sé que es tanta su virtud, que con solo que yo toque la fimbria de su manto, quedaré sana." Ella creyó, y el Señor obró; tocó la ropa, y al mismo punto quedó buena. Otros muchos apretaron al Señor, y no sanaron; esta sí que llegó con viva fé, con eterna confianza: no le tocó con sola la mano, acompañóla con el fervoroso espíritu, y tocóle al Señor en lo mas vivo, que es la grandeza de su misericordia. * Pondera ahora tú, que llegas á comulgar, cuánto mayor es tu dicha, pues no solo tocas el ruedo de su vestidura, sino á todo el Señor; tú le abrazas, tú le aprietas, en tu pecho le encierras, todo entero te le comes: aviva pues tu fé, enciende tu caridad, reconoce tu dicha, estima la ocasion; y pues tocas la orla de las especies Sacramentales, concibe una gran confianza de que has de cobrar entera salud de todos tus vicios y pasiones.

Punto III. *¿Quién me ha tocado?* dijo al punto Cristo, y san Pedro: ¡*Oh Señor*! respondió, *estamos apretando tanto, y por todas partes, y decis quién me ha tocado?* Sí, que aunque muchos se llegan á Jesus, pero no le tocan vivamente, no le adoran con espíritu. Esta sí que le tocó en lo mas sensible de su infinita bondad; ella con fervor, ellos con frialdad; y asi ni el Señor los siente, ni ellos sienten su Divina virtud. * Oye cómo te pregunta á tí el mismo Cristo hoy: " ¿Hasme tocado, alma, con fé »viva? ¿Has comulgado con fervor, ó »no mas de por costumbre? ¿Quién es »el que me ha tocado vivamente?" ¡Oh cuántos llegan á comulgar que no le tocan al Señor, ni aun al mas mínimo hilo de la ropa! ¡Cuántos le reciben sin la debida preparacion! y asi sin fruto, no sanan de sus llagas, porque no le tocan con sus corazones; no curan, porque no se curan. Saca de aqui un gran espíritu para acercarte á este Señor Sacramentado, de modo que él sienta tu fervor, y tú experimentes su favor.

Punto IV. Admirada la muger de lo que siente y lo que oye, de ver una

maravilla tras otra, llena de temor y de amor, no menos de verse descubierta que sana, confiesa á la par su indignidad y su dicha, y rinde gracias á sus misericordias. Llamóla hija el Señor, que fue confirmar su bendicion, y volvióla á encargar la confianza, pues tambien le fue con ella. * Pondera qué gracias debes tú dar á un Señor, que no ya hilo de su ropa, sino todo su cuerpo y su sangre te ha franqueado; que no solo te concede que le toques, sino que le comas. Sea comenzar el hilo de sus alabanzas, sin romperle eternamente. ¡Oh con cuánta mas razon podrá llamarse hijo de Dios el que comulga dignamente! Pues asi como el hijo vive por el padre, asi el que comulga vive por Cristo, porque se alimenta de su cuerpo; vive en Cristo, porque permanece en él. Saca un amor reverencial cuando llegas á tocar con tus labios, con tu lengua y con tus entrañas á este Sacramentado Señor, y sea de modo que quedes tan agradecido, cuan curado.

MEDITACION VIII.

De la entrada del Arca del Testamento en casa de Obededón, y cómo la llenó de bendiciones.

DÉCIMA.

Llega Oza sin reflexion,
Por tocar la Arca, á la parca,
Y colma la misma Arca
De bienes á Obededón.
¡Qué notable distincion!
Vos, Jesus mio, sois quien
Vida dais, y yo tambien
Quien busco mi muerte insano:
Yo el castigo de mi mano,
No de la vuestra, mi bien.

PUNTO I.

Contempla la castigada temeridad de Oza: ¡qué temor causaria en los presentes! Temblaron todos los legos, viendo muerto el Sacerdote; y dirian, si este porque solo alargó la mano á detener el Arca en el temido riesgo, asi lo paga, ¿qué no merecerá el que la

hospedare indignamente? El levantó la mano, y todos la metieron en su pecho: todos temieron, y todos se retiraron, hasta el mismo santo Rey receló indigno su real palacio para tan gran huesped, y le juzgó insuficiente á tan divino Cortejo. * Ponderarás tú ahora, si una Arca, que no fue mas que sombra de este divino Sacramento, asi la cela el Señor, tal respeto la concilia, con tanta magestad quiere sea tratada, ¿qué reverencia, qué recato, qué pureza será bastante para haber de recibir al mismo inmenso é infinito Dios, contenido en esta Hostia? Si los Angeles asisten con temor, ¿cómo tú llegas sin recelo? Si la pureza de los solares rayos no basta para viril, ¿cómo será decente centro la vileza de tu corazon, la inmundicia de tu conciencia? Saca una reverencia temerosa, y un respetuoso temor para llegar á encerrar toda la incomprensible Magestad del cielo en la corta morada de tu pecho.

Punto II. Dispone el Rey sea llevada el Arca á casa no de un Príncipe, sino de un hombre virtuoso, que es la verdadera nobleza: era grande en los

ojos del Señor, porque humilde en los suyos, confirmó el cielo la eleccion con multiplicados beneficios: eran muchas sus virtudes, pero mayor su humildad; grande su mérito, igual su encogimiento. Llamábase Obededón, que significa siervo del Señor, que es gran atractivo de la viva grandeza hacerse esclavo el que le ha de recibir: es la humildad la tablilla que nos muestra la posada de Dios. Teníase por mas indigno que todos de hospedar al Arca en su casa; pero ejecutólo por obediencia, y asi pudo cantar las conseguidas victorias, aunque no contra las recibidas mercedes. ¿Con qué diligencia la dispondria, adornándola mas de virtudes que de preciosidades? No faltaria el temor de Dios afectuoso, ni el amor muy recatado. * Pondera tú que has de hospedar hoy, no la sombra, sino el Sol mismo, aunque dentro de la nube de los accidentes; no ya figura, sino la realidad de un Dios real y verdaderamente encerrado en esta hostia; no en tu casa, sino en tu pecho, cómo te debes disponer, cómo debes adornar el templo de tu alma de riquezas

en virtudes, de alhajas en méritos. Mira que hoy dispone el Rey del cielo que entre el Arca de su Cuerpo Sacramentado bajo tu techo, en tus mismas entrañas: advierte pues con qué confusion la debes recibir, con qué reverencia cortejar.

Punto III. Entró el Arca del Señor en casa de Obededón, favorecida primero en recibirla, y dichosa despues en recibir bendiciones; no fue casa vacía, sino llena de devocion; tampoco lo fue el Arca, llena sí de los tesoros del cielo, colmándola de felicidades. ¡Qué gozoso se hallaria Obededón al ver que cuando él temia rigores, experimentaba favores! ¡Tanto se premian servicios de obediencia, obsequios de humildad! Pagóle bien el hospedage el Señor, que como tan gran Rey, donde una vez entra, nunca mas se conoce miseria. * Pondera tú qué mercedes no te puedes prometer el dia que esta Arca verdadera, no vacía, sino llena del divino maná del Cuerpo y Sangre de Cristo, verdadero Dios y Señor, entra en tu pecho. Aquella fue la caja, esta la joya; aquella llenó de bienes la

casa de Obededón, porque fue figura de esta: ¿cuánto mas colmará esta de favores tu corazon? Logra la ocasion que tienes: advierte que aqui estan todos los tesoros de Dios, la mina rica de la gracia: sabe pedir, que el mismo Rey en persona tienes hospedado en tus entrañas.

Punto IV. No fue la menor de las recibidas mercedes el agradecimiento de Obededón y de todos los de su casa; y fue tan grande, que llegó á ser fama: no se hablaba de otro en Israél, celebrando todos las felicidades de su casa; emulábanle la dicha, y pudieran la virtud. Hasta el santo Rey David, ya animado, trató de llevar el Arca á su Real Palacio, deseando emplearse en los obsequios, y participar de los beneficios. * ¡Oh tú, que hoy has comulgado! mira que no enmudezcas á las divinas alabanzas: parte es de merced el agradecimiento; y pues te reconoces tanto mas favorecido que Obededón, muéstrate otro tanto mas agradecido: serán estas gracias empeño de nuevos favores; y pues todos los de tu casa han participado de las divinas merce-

des, todas tus fuerzas, y todas tus potencias se empleen en alabar al Señor: convida á las generaciones de las generaciones con el santo Rey Profeta te ayuden á cantar las misericordias del Señor por todas las eternidades de las eternidades. Amen.

MEDITACION IX.

Para llegar á comulgar con el encogimiento de san Pedro.

DÉCIMA.

En el nombre del Señor
Tiende el Apóstol las redes,
Y le sobran las mercedes
En el lance del favor:
Ea, mi Jesus, mi amor,
Mi ruego á tu mesa alcance;
Pobre soy ¡terrible trance!
Tu gracia mi aumento excite;
Pues si pierdo este convite,
Tal vez no tendré otro lance.

PUNTO I.

Considera que si Juan mereció recibir tantos favores de su divino Maestro por

lo vírgen, Pedro los consiguió por lo humilde: Juan fue el discípulo amado, Pedro el humillado: habia de ser cabeza de la Iglesia, y superior de todos por su dignidad, pero él se hacia pies de todos por su humildad. Lo que le arrebataba el favor en las ocasiones, le detenia en su encogimiento: no osaba preguntar al Señor, y así el Señor le preguntaba á él: cuando los otros pretendian las primeras sillas, él no se tenia por digno de estar delante de su maestro. Agradado el Señor de este encogimiento, dejando las otras barcas, entra en la suya, desde ella predica, y en ella descansa; llevaba Pedro las reprensiones, pero gozaba de los especiales favores. * Pondera qué buena disposicion esta de la humildad para llegar á recibir á un Señor que se agrada tanto de los humildes; y para haber de comulgar procura prevenirte de este santo encogimiento; retírate, reconociendo tu bajeza, para que el Señor te adelante á gozar de su grandeza; siéntate en el ultimo lugar de este divino convite, que el Señor te subirá mas arriba; humíllate cuando mas quisieres agradar á un Señor que se le van

los ojos tras los mansos y pequeños.

Punto II. Desvelados los Apóstoles, trabajaron toda una noche, y nada cogieron, porque no les asistia su divino Maestro: estaban á obscuras sin su vista, y de valde sin su asistencia: que donde él falta, nada sale con felicidad. Pasó ya la noche su ausencia, amaneció aquel Sol divino, y todo se llenó de sus alegres influencias. Abrió san Pedro los ojos de su fé, y conocióse á sí mismo, y á su divino Maestro; reconoció su propia flaqueza, y el poder del Señor; su vileza, y su grandeza; en sí halló nada, y en Dios todo; y así dijo: " Divino Maestro, toda la noche hemos remado, y nada conseguido, que sin vos nada somos, y nada valemos; mas ahora en vuestro nombre calaré las redes." Ejecutólo con esta confianza, y logró el lance con doblada dicha, pues pudieron llenar ambas barcas de la abundante pesca. * ¡Oh alma mia! tú que andas toda la noche de esta tenebrosa vida zozobrando en el inconstante mar del mundo, donde no hay hallar seguridad ni sosiego, oye lo que el Señor desde aquel viríl te está diciendo: echa el lance de

tus deseos á la mano derecha de las verdaderas felicidades, y llenarás tu seno de los eternos bienes: cala la red hácia el cebo de esta hostia, y te apacentarás no ya de los sabrosos pescados, sino de mi mismo cuerpo! Mírale con los ojos de la fé de Pedro, vé careando tu pobreza con su riqueza, tu cortedad con su infinidad, tu flaqueza con su omnipotencia, tu nada con el todo, y dile: Señor, sin vos nada soy, nado valgo, y nada puedo.

Punto III. Confúndese san Pedro, y considerándose pecador ante aquella inmensa bondad, aniquílase flaco ante el infinito poder, y lleno de humilde encogimiento, viéndose en presencia del Señor, esclama temeroso, y dice reverente: "Señor, apartaos de mí, que soy un gran pecador: retiraos ya que yo no puedo huir de vos;" que fue decir: ¿Quién soy yo? ¿quién sois vos, Señor? Yo una vil criatura, vos el Omnipotente Criador: yo la misma ignorancia, vos sabiduría infinita: yo fragil, que hoy soy, y mañana desaparezco, vos indefectible y eterno: yo un vil gusano de la tierra, vos el sobera-

no Monarca de los cielos: yo flaco, vos Todopoderoso: yo corto, vos inmenso: yo pobre mendigo, vos la riqueza del Padre: yo necesitado, vos independiente: yo al fin nada, y vos todo. Señor mio y Dios mio: ¿cómo me sufrís en presencia vuestra? ¡Oh alma mia! con cuánta mas razon podrias tú esclamar, y decir lo que san Pedro: que si él por solo estar delante del Señor, así se confunde, se aniquila, tú que no solo estás en su divina presencia, sino que le tocas con impuros labios, que le recibes en inmunda boca, que le metes en tan villano pecho, que le encierras real y verdaderamente en tus viles entrañas, ¿cómo no das voces, diciendo: "Señor, retiraos de mí, que soy el mayor de los pecadores? ¿cómo me podreis sufrir antes vos, Dios mio, y todas mis cosas? Yo nada, y todas las nadas." ¡Con qué reverencia, con qué pasmo, con qué confusion habias de llegarte á comulgar, á vista de tan inmensa grandeza!

Punto IV. No le echa de su presencia el Señor á Pedro, antes le une mas estrechamente consigo: está tan lejos de

apartar los ojos de su humildad, que se le van tras ella: no le niega el rostro, franqueándole sí el corazon; y agradado de su recatado encogimiento, trata de encomendarle sus tesoros, las margaritas mas preciosas, y que mas le cuestan, sus corderillos y ovejas. Quedó Pedro tan agradecido, cuanto antes retirado, dos veces confundido de la repetida benignidad de su Señor; y si antes se negaba á su presencia, ya se adelanta á su alabanza, desempeñando humildades de su desconfianza, en animosos agradecimientos de su dicha. * ¡Oh Señor mio, y todo mi bien! ¡cuánto mas obligado me reconozco yo hoy, cuando llego á recibiros; pues no solo me permitís estar ante vuestra infinita gradeza, sino que os dignais de estar vos mismo real y verdaderamente dentro de mi pecho, vos en mí, y yo en vos, que sois mi centro y todo mi bien! Sea yo tan puntual en los obsequios, como vos generoso en los favores; no se muestre villano un pecho tan privilegiado y favorecido, y sea la confusion de mi vileza pregon repetido de vuestras inmensas glorias. Amen.

MEDITACION X.

Para recibir al Señor con las diligencias de Marta, y las finezas de María.

DÉCIMA.

Si á Marta, que con virtud
De Cristo amante cuidaba,
Dijo el Señor que turbaba
La misma solicitud;
A mí, cuya ingratitud
Me da el nombre de traidor,
¿Qué me direis vos, Señor?
¿Y qué os podré responder?
Yo no encuentro en mí poder:
Lo que otorgo es el dolor.

PUNTO I.

Contempla cuando las dos Hermanas en sangre, mucho mas en el espíritu, entendieron que el Señor iba á honrarles á su casa, ¡qué estimacion concebirian! ¡qué gozo recibirian de un tan grande favor! ¡con qué deseo esperaria Magdalena á aquel Señor, que algun dia con tanta ansia habia ido á buscar: y

si tuvo entonces por gran dicha el ser bien recibida, hoy estimaria por singular favor el poderle recibir! ¡Qué preparacion harian tan grande las que tan bien conocian la magestad, y grandeza del huesped que esperaban! Grande sería el adorno de las salas, mayor el de sus corazones, y las ricas alhajas simbolizarian sus preciosas virtudes. * Pondera tú que el mismo Señor real y verdaderamente viene hoy en persona á hospedarse en el castillo de tu corazon: trata de entregarle las llaves, que son tus potencias y sentidos: hermánense tu voluntad y entendimiento para asistirle con estimaciones y fineza: preceda una grande preparacion de alhajas en virtudes, con mucha limpieza de conciencia, oliendo todo á gracia y santidad.

Punto II. Vase llegando el divino Maestro á las puertas del castillo, ostentando en su divino rostro un celestial agrado: saldríanle á recibir las dos Hermanas con afectuosa reverencia seguidas de toda su familia, porque todos se empleasen en servir al Señor. ¡Qué gozosas le reciben! ¡qué agrade-

cidas le saludan! ¡qué corteses le agasajan! Paréceme que estoy viendo á Marta muy solícita, y á Magdalena afectuosa. ¡Pero con qué soberana apacibilidad corresponderia el Señor á sus afectos! Llevaríanle enmedio, en emulacion de ambos Serafines, aleando entrambos, la una amando, y la otra sirviendo. Conduciríanle á la mas aliñada pieza, digo al centro de su corazon, y allí no perderian punto de oir su celestial conversacion, de gozar de su divina presencia. * ¡Oh tú, que recibes hoy al mismo divino Huesped! mira que llega ya á las puertas de tus lábios, al castillo de tu pecho; salte el alma de contento á recibirle, acompañada de todas sus potencias y sentidos, sin que ninguno se divierta. Salga la solicitud de Marta, y la devocion de María: avívese tu fé, esfuércese tu esperanza, enciéndase tu caridad, y condúcele al adornado centro de tu corazon.

Punto III. Divídense las dos Hermanas los dos diferentes empleos, aunque ambos dirigidos al divino servicio. Acude Marta á prevenir el regalo material, quédase María gozando del espi-

ritual: Marta prepara la comida: María goza del pasto de la celestial doctrina, y como acostumbrada á los pies de su Maestro, donde halló el perdon, ahora solicita el consuelo; prosigue amante, la que ya penitente. ¡Con qué fruicion asistiria á la Real Divina presencia! ¡Qué absorta, oyendo platicar á Cristo! ¡Qué altamente guardaria aquellas palabras de vida eterna! ¡Oh qué consuelo siente un alma puesta á los pies de este Señor, despues de haberle recibido! ¡Qué oracion tan provechosa! ¡Qué comunicacion tan agradable! Da quejas Marta al Señor de que su hermana la haya dejado sola, confesando la desigualdad de su empleo; y ponderóla el Señor con aquellas tan magistrales palabras, diciendo: "Marta, Marta, toda tu solicitud de la comida del cuerpo es turbacion, y sosiego la del espíritu. De verdad que solo un manjar es necesario, y ese da vida eterna." bien supo escoger María. * Oye, alma, como te dice el mismo Señor á ti otro tanto. Qué ¿te distraes en los bienes perecederos? Qué ¿cuidas de los manjares de la tierra? No hay regalo co-

mo el Divino Sacramento; llégate á mí; y goza de mi dulce presencia; recíbeme en tu pecho, y estate aqui conmigo, que esta es la bienaventuranza de la tierra; no pierdas este buen trato de una santa y fervorosa Comunion.

Punto IV. ¡Qué agradecida quedaria Magdalena al duplicado favor! ¡qué desengañada Marta de que no hay otro comer como gustar del Señor, apacentarse de su celestial doctrina, y gozar de su divina presencia! No respondió palabra María, que estaba toda puesta en amar y agradecer; y quien asi recibe favores de su Dios, no repara en agravios de su prógimo: habla con el corazon quien bien ama, remitiendo las palabras á los hechos. * Aprende tú, ó alma mia, á estimar y agradecer: sean alabanzas los suspiros, y una Comunion agradecido obsequio de la otra; habla con el corazon si amas, y sea tu único cuidado asistir y cortejar al Señor que has recibido. Saca un hastío grande á todos los contentos humanos, y apetece solo el manjar Divino: mas cercano tienes al Señor que María, pues

no solo te concede estar á sus pies, sino estar él dentro de tu pecho: reconoce doblado el favor, y rinde doblado el agradecimiento.

MEDITACION XI.

Del banquete de José, y sus hermanos.

DÉCIMA.

José, contra cuya vida
Van sus hermanos villanos,
Conociendo á sus hermanos
Á su mesa les convida:
Una accion tan distinguida
Gran mérito á José dió;
Mas tú, Señor, en quien vió
José la luz del retrato,
De tí haces el mejor plato
Al peor que te vendió.

PUNTO I.

Carea la benignidad de José con la crueldad de sus hermanos; todos conspiran en vender ¿Á quien? Á un hermano, por su ternura amable, y por su inocencia apacible. ¿Por qué? Sin cul-

pas propias, antes por las agenas. ¿A quienes? Á unos tan enemigos como infieles, tan bárbaros como Gitanos. ¿Por cuánto? Por el precio, y la inocencia de un cordero. ¿Con qué palabras? Cargándole de injurias, llamándole príncipe fingido, y hartándole de oprobios, como á sol soñado. ¿De qué modo? Despojándole de la túnica, sino inconsútil, talar. ¿Á donde le echan? Al desierto de un Egipto, al olvido de una carcel.* Alma, ¿quién es este verdadero José, vendido, injuriado, y maltratado? El benignísimo Jesus, amable por lo hermano, y venerable por lo señor. ¿Quién le vendió? Tú, vil é ingrata criatura. ¿Por cuánto? Por un vil interes, por un sucio deleite. ¿De qué modo? Pecando tan sin temor, ofendiéndole tan sin vergüenza. ¿Cuántas veces? Cada dia, cada hora, cada instante. Confúndete, pues, hoy que llegas ante su divina presencia, con mas causa que los hermanos de José, que aqui le tienes, no virey de Egipto, sino Rey del cielo. Si aquél disimulado, éste encubierto: si aquél les daba trigo, este Señor se te da en pan. Entra reconociendo tus traiciones, antes de

recibir sus favores: pídele que te perdone, antes que te convide: échate á sus pies, antes que te siente á su lado: mezcla tus lágrimas con la bebida, y come la ceniza de tu paciencia con el pan de su regalo.

Punto II. Considera el mansísimo José con qué amor corresponde al odio de sus hermanos; no se contenta con hospedarlos en su casa, sino que los mete dentro de sus entrañas; trueca las venganzas de ofendido en finezas de amoroso, reconociendo á los que le desconocieron, y honrando á los que le injuriaron; enlaza con cariñosos abrazos á los que le ataron con inhumanos cordeles; y en vez de lazo al cuello, retorna afectuosos abrazos; trata de enriquecer á los que le desnudaron, y llena de dones á los que de baldones; despierta con eso los que le tuvieron dormido, y adoran verdadero al que despiertan soñado: no solo les da el trigo que vienen á buscar, sino que los sienta á su mesa, y los festeja con espléndido banquete. * ¡Oh bondad infinita! ¡Oh benignidad incomprensible del dulcísimo cordero Jesus! En la misma noche en que

era entregado á sus enemigos en venganza, se entrega él á sus amigos en comida; recambia las amarguras en dulzuras; brinda con su sangre á los hombres, que andan trazando bebérsela; y cuando ellos aspiran á comérsele á bocados por rencor, él se les da en banquete por amor; brinda con la dulzura de su caliz á los que le preparan la hiel y vinagre; trata de metérseles en el pecho á los que le han de abrir el costado; toma el pan en las manos liberales que han de ser barrenadas con los clavos; alárgalas con liberalidad, cuando han de ser estiradas con crueldad; endulza con leche y miel aquellas bocas, que han de escupir su rostro. Dime ahora, pecador, ¿puédese imaginar mayor ingratitud que la tuya, ni mayor bondad que la del Señor? Coteja estos dos estremos, y échate á los pies de un tan buen hermano, reconociendo tu culpa, solicitando el perdon: que no es posible te le niegue el que se te dá todo en comida.

Punto III. Olvidando antiguos agravios José, inventa nuevos favores; y cuando todo el mundo está pereciendo de hambre, dispone hacerles un ban-

quete: "Comed, les dice, que yo soy José, no enemigo, sino muy hermano vuestro: no enojado, sino misericordioso." Comian como hambrientos, y él les hacia plato, y cuando con solo pan se contentáran para satisfacer su hambre, logran sazonados manjares para su regalo: no envidian el manojo superior, sino que gozan de sus frutos: y el Benjamin sin culpa, como era lobo rapáz tragaba al doble que todos. * Ó tú, que estás sentado á la mesa del altar, reconoce tu buen hermano Jesus, que no solo te convida, sino que se te da en comida: fíase de tí, pues se entra dentro de tu pecho, y se mete en tus entrañas: mira que no le vuelvas á hacer traicion, cometiendo nuevas culpas: come como hambriento, y lograrás el regalo, que cuando los demas perecen de hambre, á tí te sobran las dichas: come con desahogo y confianza, que esa casa, esa mesa, siendo de Jesus tu hermano, tuya es, y te está diciendo: "Yo soy »Jesus, á quien tú vendiste y perseguis»te; no enojado, sino perdonador: acér»cate á mí sin recelo, y colócame en tus »entrañas con amor."

Punto IV. Volverian los hermanos tan agradecidos, cuan satisfechos, ya de los beneficios recibidos, ya de las injurias olvidadas: ¡cómo irian por el camino celebrando su dicha! Pues cuando temieron castigos, esperimentaron honras y favores. ¡Con qué diligencia caminarian á llevar las buenas nuevas á su padre del hijo de José vivo, los que se las llevaron tan tristes algun dia de despedazado! ¡Cómo se congratularian con su buen padre de la recíproca dicha del hermano! ¡Y cómo alternarian con él las gracias y alabanzas al cielo! Harianse lenguas en repetir una y muchas veces el suceso, y no se contentarian con que lo relatase uno, sino que todos lo volverian á repetir. * Alma, mas debe á quien mas se le perdona. ¿Qué gracias debes tú rendir á un Señor, que tantas veces te ha perdonado y sentado á su mesa? Lleva las buenas nuevas al Padre celestial; lleguen hasta el cielo los nuevos cánticos de tu agradecimiento, volviendo una y muchas veces á repetir tu dicha, y á frecuentar la mesa del Altar.

MEDITACION XII.

Para recibir al Señor con la humildad del Publicano.

DÉCIMA.

Fue la humildad el trofeo
Del Publicano culpado,
Y la soberbia el pecado
Que derribó al Fariseo:
¿Cómo, pues, si así lo creo,
No humillo mi poquedad?
¿Cómo, necia libertad,
Llegas sin fé y sin temor
Con la soberbia mayor
Á la mayor humildad?

PUNTO I.

Considera cómo se dispone este gran pecador para poder parecer ante el divino acatamiento, previene de humildad todo lo que le falta de virtud, ahonda en el propio conocimiento para poder llegar á la infinita alteza, no halla en sí sino culpas, y en Dios misericordias. ¿Quién soy yo, diria, que me atreva á entrar en la casa del Señor,

¿Yo tan malo, y él tan bueno? ¿Yo abominable pecador, y él tan amable Señor? Yo soy un vil gusano, y así iré arrastrando por el suelo á su templo: todo lo habrá de poner el Señor de su casa, cuando yo nada tengo y nada puedo: un mostruo he sido en el pecar, mas el Señor es un prodigio en perdonar: confiado, pues, en su bondad, lo que confundido de mi malicia, aunque sea un polvo enfadoso, un lodo inmundo, tengo de entrarme hoy por las puertas de su casa. Encuentra al subir con un Fariseo, y confúndese mas viéndose pecador á vista de aquel que tiene por espejo de su virtud, que de todo saca materia de humillacion. * Pondera, ó tú, que has de subir hoy al templo, no solo á hablar con el Señor, sino á recibirle; no solo á ponerte en su presencia, sino á ponerle dentro de tu pecho: siendo un tan gran pecador, ¿con qué confusion debes llegar? No subas como Fariseo, sino como humilde Publicano: no te muevas con el pie de la soberbia, sino ahondando en tu propia bajeza, confesando tu indignidad, é invocando la infinita misericordia.

Punto II. Entra en el templo temeroso el Publicano, que ya poco fuera reverente; ¿pero qué mucho si vé temblar las mismas columnas del cielo? Quédase lejos por humildad, el que se alejó por el pecado; escoge para sí el ínfimo lugar, teniéndose por el mayor pecador: aun al Fariseo no se osa acercar, cuanto menos á Dios; busca un rincon del templo el que no osa parecer en el mundo, y aun ese le parece favorable favor: no se atreve á mirar al cielo, porque sabe pecó contra él; hiere el pecho con repetidos golpes, ya para castigarle culpado, ya para despertarle adormecido; llamando está á su corazon y al cielo, para ablandarlos á entrambos: Señor, dice, sed propicio para mí pecador, así como lo sois para todos: que fue decir, Señor, yo soy el pecador, vos el perdonador; grande es mi miseria, mayor es vuestrá misericordia: Señor, gran perdon segun vuestra gran bondad; y segun la multitud de vuestras conmiseraciones borrad la multitud de mis pecados. * Contempla, alma mia, este egemplar de penitencia: si este Publicano, aun de hablar con

Dios desde lejos se juzga indigno, ¿cómo te has de llegar tú á recibirle? Él se queda en un rincon, ¿cómo te atreves tú á acercarte al Altar? Él no osa abrir los ojos para ver á Dios, y tú abres la boca para comulgar? Él hiere su pecho ante el Señor, ¿y tú le metes dentro de tu pecho? Él se aniquila pecador, y tú, tanto mayor, no te confundes, ¿qué haces que no das voces diciendo al Señor: "Sed propicio para mí tambien, aunque soy el mayor de los pecadores? Señor, grande es mi confusion, sea grande vuestro perdon. Señor, en mí está la miseria, pero en vos la misericordia."

Punto III. ¡Oh poderosa humildad! Contempla cuán agradable es á Dios. No parecia tener cosa buena el Publicano sino la humildad, ni otra mala el Fariseo sino la soberbia: aquélla agradó tanto al Señor, que le trajo á donde estaba, y ésta le ofendió de suerte, que de todo punto le ausentó. Echó la altivez al Fariseo del mas alto lugar, y la humillacion realzó al Publicano del mas bajo: que no es nuevo en la soberbia hacer de Ángeles demonios, así como en la humildad hacer de pecadores Án-

geles. Ya mira el Señor al que no le osaba mirar, y aparta sus ojos del que complace en sí mismo; ocupa la divina gracia aquel pecho que ocupó la confusion, y es admitido de los Ángeles el que es desechado del Fariseo. Hállase el Publicano con su Dios y Señor dentro de sí por la gracia, ya le hospeda en su corazon: ¡qué contento le adora! ¡qué afectuoso le abraza! ¡qué dichoso le goza! * Alma, llega tú con humildad al Altar, que así quiere el Señor ser recibido: no hay mayor agasajo para tanta alteza, que el conocimiento de tu bajeza; asístele con encogimiento, y gozarás con mas dicha; aniquílate tú para engrandecerle á él; desprecia tu nada y lograrás el todo.

Punto IV. ¡Qué contento bajaria el Publicano, como tan bien despachado! Subió lleno de dolor, y baja lleno de consuelo. Poco habló al pedir, mucho sí al agradecer. Si antes confesaba sus culpas, pregona ya las misericordias del Señor. Dábale saltos de contento el corazon que recibió tantos golpes de penitencia, no cabiéndole en el pecho ahora de gozo, ni antes de sentimiento; y es sin duda que no volveria por el

mismo camino, sino por el de la virtud, á la inmortal corona. * Oh tú que has comulgado, da gracias al Señor con el Publicano, no como el Fariseo; de las culpas perdonadas, no de las virtudes presumidas; no blasones merecimientos, agradece sí misericordias: vuelve de la sagrada Comunion muy otro, y por diferente camino, no sea por el mismo, porque no te vuelvan á emprender tus pasiones que te aguardan, ni los vicios pasados que te estan á la espera; y si el venir fue llorando, el volver sea cantando, como el manojo del pan del cielo: da gracias pues recibiste perdones, y ensalza á un Señor que pone sus ojos en los humildes.

MEDITACION XIII.

De la magnificencia con que edificó Salomon el templo, y el aparato con que le dedicó, aplicado á la Comunion.

DÉCIMA.

Si una Arca, sombra ó egemplo
De este misterio profundo,
Dió tanto que hacer al mundo
Para tener digno Templo,
¿Qué hago yo que no contemplo
Con mejor Arca la union?
¿Qué Templo de ostentacion
Le labro, debiendo ser
Un Querubin en querer,
Y en saber un Salomon?

PUNTO I.

Considera la magestuosa grandeza del templo de Salomon. No quiso el Señor se lo erigiese el belicoso padre, sino el hijo pacífico y sabio, que es de sabios amar la paz. Siete años tardó en construirle, empleando su sabiduría, que fue la mayor, y su poder que fue igual; y toda esta magnificencia, riqueza, ar-

tificio, ornato y magestad, fue para colocar una Arca, que no era mas que sombra, una figura, una representacion de este divinísimo Sacramento. * Pondera tú hoy que has de colocar en tu pecho no la sombra, sino la misma luz; no la figura, sino la misma realidad; no el Arca del Testamento, sino al mismo Dios y Señor Sacramentado, ¿qué templo de devocion debias tú construir? ¿qué *Sancta Sanctorum* de perfeccion y santidad enmedio de tu corazon? Si Salomon gastó siete años en edificar el templo material, emplea tú siete horas siquiera en preparar tu alma, cuando fuera poco toda una eternidad. Compitan con las piedras finas las virtudes; suceda al oro brillante la encendida caridad; truéquense las maderas olorosas en fragantes oraciones; los aromas en suspiros, y campee no ya la sutileza del arte, sino la hermosura de la gracia.

Punto II. Llegó el festivo dia, tan venerado como deseado, de la dedicacion del templo; concurrió todo Israél á hospedar y á cortejar á su gran Dios: venian todos vestidos de gala, y revestidos de devocion: ardian las víctimas

á par de los inflamados corazones: como era fiesta comun de todos, participaron todos, grandes y pequeños, pobres y ricos, del universal consuelo; pero entre todos se señaló el religioso Príncipe, dando á todos ánimo y egemplo. Hincó en tierra ambas rodillas, y fijó ambos ojos en el cielo, lastrando con humildad el vuelo de su oracion; y fue tan eficaz, que atrajó al Señor con sus plegarias. Llenóse el templo de una obscura niebla, decente velo á la inaccesible Magestad increada. Sintiéronse todos bañados de consuelo, y reconocieron presente la gloria de su Dios y Señor. * Alma, ¡qué festivo aparato previenes tú el dia que comulgas! Advierte que se consagra en templo tu pecho, y en morada del mismo Dios. Acudan todas tus potencias á la gran solemnidad; sea tu corazon el *Sancta Sanctorum* animado, donde esten aleando; el entendimiento Querubin admirado, y la voluntad Serafin encendido. Jubile tu interior á su santo Nombre, y cante la lengua sus alabanzas. Alerta, que desciende el Señor cubierto de la niebla de los accidentes á lo íntimo de tus entrañas.

Punto III. Entre gozoso y atónito el sabio Rey esclamó con aquellas memorables palabras, dignas de ser repetidas de todos los que comulgan. "Qué ¿es posible, dice, que esté en la tierra el Señor? Aun el imaginarlo espanta. Dios en el suelo, cuando no cabe en el cielo? El cielo es corto, ¿qué será esta casa?" * ¡Oh con cuánta mayor razon podrias tú dar voces el dia de hoy, que has hospedado al gran Dios de Israel en tu mismo pecho, y decir: "Qué ¿es posible que mi gran Dios se digne de venir á mí, y que el inmenso quepa en mi pecho? *Verè*, de verdad, ¿que le encierre yo en mis entrañas? ¡*Super terram*! Dios, ¿y en la tierra? Dios, ¿y en un corazon tan terreno como el mio, amasado de lodo?" Saca una humilde confusion, un religioso pasmo y un reconocido agradecimiento.

Punto IV. Cuando parecia haberse desempeñado el sabio Rey con tan relevantes obsequios, se reconoció mas obligado con tan especiales favores del Señor, que en competencias de dar, siempre salió vencedor. Vió logrado Salomon su trabajo, pues tan honrado con la es-

pecial asistencia de Dios era sabio; y así sería reconocido: tantas voces como resonaron en adelante en aquel templo, fueron tantos agradecimientos. No se hablaba de otro en toda la Idumea, ni aun en toda la redondez del Universo, siendo tan ensalzado cuan conocido el nombre del gran Dios de Israel. * Pondera tú que hoy has recibido tantos favores del Señor, y al mismo Señor de los favores ¡cuán empeñado quedas en celebrarle y servirle! Sé agradecido si eres sabio; resuenen los ecos de tu corazon en las alabanzas de tu lengua; no se te oiga hablar sino de Dios el dia que le consagraste el templo de tu pecho; y sobre todo guárdate de profanarle ni con pensamientos, ni con palabras, ni con obras: sea un *Sancta Sanctorum* de perfecciones, donde arda siempre el fuego del amor.

MEDITACION XIV.

De la fuente de aguas vivas que abrió el Señor en el corazon de la Samaritana, aplicada á la sagrada Comunion.

DÉCIMA.

Si le da de buena gana
Agua la muger que escucho,
Dando poco le da mucho
Á Dios la Samaritana;
Porque el Señor que se humana
Con tan alto Sacramento,
No está hambriento, está sediento:
Ea, pues, ¿de qué me espanto?
Dale, alma, el agua del llanto,
Y come el pan del contento.

PUNTO I.

¡Oh mi buen Jesus: Dios mio, y Señor mio: y qué sediento caminais en busca de una muger tan satisfecha de sus delitos! Vil sí, desdichada no, pues halla con el manantial de las dichas. ¡Oh cómo se os conoce, Señor, lo que estimais las almas, y que por una sola hubiérades hecho lo que por todas! ¿Qué

mucho vengais á buscarla desde lejos, si descendiste ya del sumo cielo? No me admiro de veros sudar hilo á hilo; pues algun dia sudareis sangre, correrán arroyos de ella de vuestras llagas: ¿pero qué olvidada llega la Samaritana de vos, y cuán en la memoria la teneis, y aun en el corazon? Ignorante ella de los eternos bienes, hidrópica de sus gustos perecederos, solicita los algives rotos, y deja la fuente de aguas vivas. ¡Qué poco se pensaba hallar la verdadera dicha, que no piesa sino en hallarla á ella! Venia en busca del agua, símbolo de los fugitivos contentos, y halló la vena perdurable de la gracia. * ¡Oh alma mia! y como que te sucede hoy lo mismo. Tú andas perdida en busca de los deleznables contentos, y el Señor te está esperando, sino en la fuente de Jacob, en la del Altar verdadero, y perenne manantial de su sangre y de su gracia. Ea, llégate sedienta á aquellas cinco fuentes de salud; déjate hallar de quien te busca, logra la ocasion, y apagarás la sed de tus deseos. Saca un verdadero conocimiento de su misericordia y tu miseria, de tu olvido y su cuidado.

Punto II. Comienza á disponerla Cristo para hacerla capaz de sus infinitas misericordias; entra pidiendo para dar, y pídela una gota de agua el que ha de verter toda su sangre por ella: empéñase en pedir poco para dar mucho. ¡Oh qué sed tiene de dar! ¡Qué deseo de comunicar sus celestiales dones! "Con »deseo he deseado" dice el mismo Señor, hambriento de nuestra hartura. Agua pide, mas és de lágrimas que limpien el alma, que blanqueen la conciencia, donde se ha de hospedar; sed tiene de que apaguemos la nuestra. * Advierte, alma, que el mismo Señor real y verdaderamente en este divinísimo Sacramento te está diciendo á tí: "Alma, dame »de beber; lágrimas te pido: compadé»cete de mi sed que me duró toda la vi»da; no me des la hiel de tu ingratitud, »ni el vinagre de tu tibieza; venga una »lágrima siquiera derramada por tantas »culpas; ábranse esas fuentes de tus ojos, »cuando en diluvios se te comunican las »de mi sangre." Bríndale á tu Redentor con lágrimas de amargura, para que él te negue á tí en abismos de dulzura. Saca un gran desprecio de los mundanos

deleites, y una gran sed de los divinos contentos para gozar eternamente de esta perenne fuente de la gracia.

Punto III. Niega la vil criatura no menos que á su Criador una gota de agua que la pide: ¿hay tal ingratitud? Pero está tan lejos el Señor de desampararla, que antes toma de aquí ocasion para favorecerla. Juzga la Samaritana que tiene bastante fundamento para negarle un poco de agua, así como todos los que se escusan de servirle. Replica Jesus olvidado de sus deservicios, instando en nuestros bienes: "¡Oh muger si conocieses el don de Dios, y para tí, y en »esta sazon....! ¡Si supieses con quien ha»blas...! Conmigo, fuente perenne de to»dos los bienes, mina de los tesoros, ma»nantial de verdaderos consuelos: ¿cómo »tú me pedirias á mí, y yo á tí te fran»quearia no una gota de agua, sino una »fuente entera de dichas y misericordias »que da saltos hácia el cielo, y llega »hasta la vida eterna?" * Oye, hija: inclina, alma, tu oreja, que el mismo Señor desde el Altar te dice á tí lo mismo. ¡Oh si supieses, ó si conocieses este don de dones, esta merced de mercedes qu-

hoy recibes cuando comulgas! ¡Si supieses quién es este gran Señor que encierras en tu pecho! Tu único bien, todo tu remedio, tu consuelo, tu felicidad, tu vida y tu centro; el que solo puede llenar tu corazon, y satisfacer tus deseos; ¿cómo le pedirias este pan de vida? ¿cómo frecuentarias con mas fervor la fuente de las gracias, la mesa del Altar? Aviva tu fé, alienta tu amor, y échate de pechos sedienta en esta copiosa fuente de su sangre; bebe hidrópica de sus llagas, y llénate, alma, de Dios.

Punto IV. En habiendo conocido la Samaritana á su Criador y Redentor, ¡qué gozosa parte hecha de pecadora predicadora! No vuelve las espaldas á la fuente ingrata, sino que parte para volver otra y muchas veces agradecida; va á comunicar su bien comunicado, á pagar en alabanzas sus misericordias, á congratularse de su dicha. Entra por su pueblo pregonando á voces el hallado Mesías; no la cabe el contento en el pecho, y así rebosa en los prógimos primicias de su caridad: convoca no ya siete solos para la ofensa, sino todos para el obsequio. * Pondera, alma, cuánto

mas agradecida te debes tú mostrar á este Señor, que no ya una fuente de agua, sino todas las cinco de su preciosa sangre te ha franqueado hoy, quedando tú bañada en el abismo de sus misericordias; séle reconocida, y serás agradecida; hazte pregonera de sus dones, comunicando á todos y con todos esta dicha, que por esto se llama Comunion.

MEDITACION XV.

Para comulgar con la reverencia de los Serafines del trono de Dios.

DÉCIMA.

Los Serafines amantes
Al mismo que la Hostia encierra
Veneran en cielo y tierra
Abrasados por instantes:
Las alas mueven constantes
Por gozar la celsitud.
¡Y yo con ingratitud
Vuelo desde el precipicio
Sobre las alas del vicio
Al solio de la virtud!

PUNTO I.

Contempla aquella inmensa Magestad del infinito y eterno Dios, que si no ca-

be en los cielos de los cielos, ¿cuánto menos en la tierra de la tierra? Atiéndele rodeado de las aladas Gerarquías, asistido de los cortesanos espíritus; amándole unos, contemplándole otros, y todos alabándole y engrandeciéndole. Aqui sí pudiera desfallecer tu alma con mas razon que la otra Reina del Austro en el palacio del Salomon terreno: vuelve luego los ojos de la fé á este divino Sacramento, y repara que el mismo Señor real y verdaderamente que allí ocupa aquel magestuoso trono de su infinita grandeza, aquí se cifra en esta Hostia con amorosa llaneza: allí inmenso, aquí abreviado: allí conciliándole reverencia su magestad, aquí solicitándole finezas su amor. * Considera si hubieras de llegar por medio de los coros angélicos, rompiendo por aladas gerarquías, haciéndote calle á un lado y otro los Querubines y Serafines, ¿con qué temor procedieras? ¿Con qué encogimiento llegáras? Pues advierte que al mismo Dios y Señor vas á recibir hoy por medio de las invisibles Gerarquías. Repara con qué preparacion vienes, con qué alas de virtudes te acercas, y sea émula tu pre-

paracion de los Querubines en el conocer, y de los Serafines en el amar.

Punto II. Estaban los abrasados espíritus tan cercanos á la infinita Grandeza, que la asistian en el mismo trono, aunque aleando siempre por acercarse mas; que quien mas conoce á Dios, mas le desea: abrasándose estan en el divino amor, y por eso los mas allegados; que el amor no solo permite, pero une: mucho aman, y mucho mas desean. * Pondera aquí, ó alma mia, tu tibieza; carea con aquel fuego tu frialdad, y dí: ¿cómo te atreves á llegar á un Dios, que es fuego consumidor, tan poco fervorosa? Aleen tus potencias; el entendimiento por conocerle, tu voluntad por amarle; y despues de mucho, mas y mas: que lo que no consiguen los espíritus alados con su grandeza, consigues tú con tu vileza; pues no solo se te permite asistir al Señor batiendo las alas, sino tocándole con los labios, paladeándole en tu boca hasta meterle dentro de tu pecho. Si á los Serafines se les concede asistir en el trono de Dios: á ti que el mismo Dios asiste dentro de tus entrañas, poco te queda que envidiarles; el conocimiento, no

la dicha; la estimacion, que no el favor.

Punto III. Velaban sus rostros los amantes espíritus corridos de no amar á su Dios y Señor tanto como debian, tanto como quisieran; de que no llegase su posibilidad donde su afecto; hacian rebozo con las alas á su empacho, si ya no era velo á su reverencia; asisten avergonzados de su cortedad, cuando confundidos de tan inmediata asistencia; cubren tambien los pies, acusándolos de tardos en cortejo de sus alas, y en ellos sus detentados afectos. * ¡Oh alma perezosa! Pondera que si los Serafines se recatan indignos de parecer ante la inmensa grandeza de Dios, y la recelan cara á cara, tú tan llena de imperfecciones ya que no de culpas, tan helada en su divino amor, tan tibia en su divino servicio, ¿cómo no te confundes hoy de llegar á recibirle, sirviéndole de trono tu corazon? Los Serafines acusan sus pies hechos á pisar estrellas; y tú con pies llenos del cieno del mundo, cubiertos del polvo de tu nada, ¿cómo osas acercarte? Avergüénzate de tu vileza, y sola la benignidad de este Señor Sacramentado baste á alentar tu indignidad;

suple con humillaciones lo que te falta de posibilidades para poder lograr tan grandes favores.

Punto IV. Reconociendo los Serafines su dicha, no cesan de alabar la divina grandeza: noche y dia repetian el Santo, Santo, que es el blason divino: á coros le entonaban, provocándose unos á otros los aplausos eternos; libraban en proseguidos cánticos debidos agradecimientos, y eternizaban en continuas voces los favores del Señor. * Aprende, ó alma mia, de tan grandes maestros del amar el saber agradecer; sean émulos de sus incendios tus fervores: corresponda á su asistencia tu atencion; y si tu incapacidad te detuviere, tu dicha te adelante: compitan á finezas de amor estremos de humildad; á la alteza de tu vuelo, el retiro de tu bajeza; recambiando en gracia los favores, y las misericordias infinitas en alabanzas eternas por todos los siglos de los siglos. Amen.

MEDITACION XVI.

Para comulgar como en convite descubierto.

DÉCIMA.

En convite descubierto
Suele darse una memoria
De los platos para gloria
Del que expende con acierto:
Y en el convite mas cierto
Donde espresais vuestro amor
Tambien me dísteis, Señor,
Las especies del manjar;
Que en la memoria ha de estar
Por ser el plato mejor.

PUNTO I.

Considera el que está convidado á la mesa de un gran Príncipe cómo se previene de modo que pueda lograr la ocasion: no se sacia primero de viles y groseros manjares el que los espera esquisitos y preciosos; consérvase ayuno, dando filos al apetito, y hace algun egercicio para hacer ganas; llega con saliva virgen guardando el hambre y aun llamándola para su sazon como á deseo, y

éntrale en provecho. * ¡Oh tú que estás hoy convidado al mayor banquete del mayor Monarca ! Pondera como aqui todo deja de ser grande, y pasa á infinito el Señor que convida y el convite: solo el convidado es un gusano, y para tí se prepara toda la infinidad de Dios en comida, toda la grandeza del cielo en regalo; que si el pan es de los Angeles, la vianda es el mismo Señor. Llega con el interior vacío de todo á recibir un Dios que todo lo llena; no te sientes ahito de las cebollas del mundo á comer el pan del cielo, que en vez de darte vida, te causará la muerte: ven ageno de toda culpa al convite que tiene por renombre buena gracia. No comas este manjar con frialdad, que es sobresubstancial, y no te entraria en provecho, sino sazonado al fuego de una fervorosa oracion; y advierte que la devocion es el azúcar de este sabroso manjar blanco.

Punto II. Acostúmbrase en los convites ir descubriendo los platos para que los convidados vayan eligiendo conforme á su gusto, y comiendo al sabor de su palabra; pero cuando es un suntuoso banquete, en que sirven muchas y es-

quisitas viandas, dásele á cada uno de los convidados una memoria de todos, para que sepan lo que han de comer, y guarden el apetito para el plato que llaman suyo (del que gustan mas) para que vayan repartiendo las ganas, y se logre todo con sazon. * Oh tú, que te sientas hoy al infinito regalado banquete que celebra el poder del Padre, que traza la sabiduría del Hijo, que sazona el fuego del Espíritu Santo, advierte que estan cubiertos los preciosos manjares entre accidentes de pan; llegue tu fé, y vályalos descubriendo y tú registrando, para que sabiendo lo que has de comer, lo sepas mejor lograr. Un memorial se te dará de las milagrosas viandas: *memoriam fecit mirabilium suorum.* Léelo con atencion, y hallarás que dice: aquí se sirve un cordero de leche virginal sazonado al fuego de su amor. ¡Oh qué regalado plato! Aquí un corazon enamorado de las almas. ¡Oh qué comida tan gustosa! Una lengua, que aunque de sí mana leche y miel, pero fue ahelada con hiel y vinagre; mira que la comas de buen gusto; pues unas manos y unos pies traspasados con los clavos no son de de-

jar: vé de esta suerte ponderando lo que comes, y repitiendo la devocion.

Punto III. De gustos no hay admiracion ni disputa: unos apetecen un plato, y otros otro; cuál apetece lo dulce de la niñez de Jesus, y cuál lo amargo de su pasion; éste busca lo picante de sus desprecios, aquél lo salado de sus finezas, cada uno segun su espíritu, y aquello le parece lo mejor; y de la manera que los que comen el manjar material se van deteniendo en aquello que van gustando, no vamos apriesa, dicen, rumiemos despacio; masquemos bien, y nos entrará en provecho, así acontece en este banque sacramental: unos se van con el amado Discípulo al pecho de su Maestro, y como águilas se ceban en el amoroso corazon; otros con la Magdalena buscan los pies, donde hallan el pasto de su humildad; cuál con el dulcísimo Bernardo al costado abierto, y cuál con santa Catalina á la cabeza espinada: ni falta quien le hurta á Judas el corrillo indignamente empleado, y que no le entró en provecho porque llegó ahito de maldad. * Llega tú al banquete, ó alma mia, y cébate en lo que mas gustares,

aunque todo es bueno y todo bien sazonado. Así tú le comieses con bien dispuesto paladar: come como ángel el pan de los Ángeles; come como persona considerando, y no como bruto no agradeciendo; mira que donde está el cuerpo del Señor, allí se congregan las águilas reales.

Punto IV. Quedan de sobremesa los gustosos convidados conversando con el señor del convite, celebrándose los manjares, que no es la mejor paga el agradecimiento: éste alaba un plato, y aquél otro, cada üno segun el gusto que percibió: ponderan la abundancia; alaban la sazon; admiran el regalo, agradeciendo este, y obligando al señor del convite para otro. * Alma, mucho tienes tú aquí que celebrar: alaba á Dios, pues comiste á Dios; ríndele eternas gracias por un manjar infinito; quédate en oracion, que esto es quedar conversando con el señor del convite de sobremesa; muestra el buen gusto que tuviste en comerle, en el saber celebrarle. Has de llegar cada vez á esta mesa con una de estas consideraciones. Hoy me como el sabroso corazon del corderito de Dios; otro dia

sus pies y manos llagadas; que aunque lo comes todo, pero hoy con especial apetito aquella cabeza espinada, y mañana aquel costado abierto, aquella lengua ahelada, que cada plato de estos merece todo un dia y aun toda una eternidad.

MEDITACION XVII.

Para recibir al Señor con el deseo y gozo del santo Viejo Simeon.

DÉCIMA.

Siendo en la pureza armiño,
¿Con qué gracia y qué despejo
Tendria aquel santo Viejo
En su pecho al Santo Niño?
Cisne dulce lo escuadriño,
Que murió entre gozo tanto.
¡Oh santo Viejo! Con cuánto
Gusto al Niño cantareis,
Pues la profecía veis,
Señor, Santo, Santo, Santo.

PUNTO I.

Represéntate como si vieras aquel agradable espectáculo del templo: mira con qué gracia entra en él la Fenix de la pu-

reza, y trae dos palomillas sin hiel; sale á recibirla un cisne, que á par de las corrientes de sus dos ojos, canta dulcemente su muerte: ni falta una viuda tortolilla que ya no gime su soledad, sino que profetiza su consuelo: todas estas aves unas cantan, otras arrullan al salir el alado Sol divino que trae la salud en sus plumas, llenando de luz y de alegría todo el universo. Considera cómo se preparó el santo Simeon para recibir al Señor en sus brazos este dia: no se dice que era anciano, sino justo, temeroso del Señor; que en su santo servicio no se cuenta por años, sino por méritos; con razon temeroso que quien le ha de recibir, ha de temerle: no tiemblan sus brazos tanto de vejez, cuanto de recato, regidos de su delicada conciencia. ¡Oh gran disposicion! ¡Hospedar antes en su alma al divino Espíritu para recibir despues en sus brazos el encarnado Verbo! Oyó las respuestas de la una Persona divina para lograr los favores de la otra. * Pondera tú, alma, que has de recibir hoy al mismo Niño Dios, no fajado entre pañales, cubierto sí de accidentes, cómo te has de preparar toda la

vida: si el santo Simeon para llegársele cuando mucho á su regazo, así se egercita en virtudes tantos años, ¿cómo tú ni aun horas para meterle dentro de tu pecho? Él para solo un dia se prepara tantos, y tú para recibirle tantos no te preparas un dia.

Punto II. Iba marchitándose su vida, y reverdeciendo su esperanza; cumplióle el cielo su palabra mejor que el mundo las suyas: llegó al templo al punto que rayaba la aurora, y abriendo los ojos cansados de llorar, reconoció el Sol divino entre los arreboles de su humanidad: no se contentaria con mirarle una vez quien le habia deseado tantas: miraba aquella tierna humanidad, y admiraba la divinidad; veia un niño chiquito, y adoraba un Dios infinito; veneraba un infante de pocos dias, el Príncipe de las eternidades. * Conoce, alma, que al mismo Niño Dios vas tú hoy á buscar al templo; mira si te guia el divino espíritu, ó si te lleva la costumbre; abre bien los ojos de la fé, y verás un encuentro de maravillas en una pequeña Hostia, un Dios inmenso, cubierta de accidentes una substancia infinita;

recibirás en un bocado todo el cielo, y hecho pan cotidiano el Dios Eterno.

Punto III. No se contenta ya con verle el santo Viejo, va adelantando con el favor la licencia, trueca el temor en finezas, alea el blanco cisne con santa candidez por acercarle mas; contentábase antes con verle, ya pasa á abrazarle: pide á la Vírgen se le permita un rato quien desea toda una eternidad: concédesele liberal la que ruega con Dios á todos. Tomóle entre los brazos, que fue abarcar todo el cielo; con que no se celebre ya el enigma de ver dos varas de cielo; sí el ver hoy todo el cielo en dos varas: *accepit eum in ulnas suas.* Transformóse al punto de cisne en Serafin, alternando lágrimas con incendios: ¡qué abrazos le daria, qué ternuras le diria! y pareciéndole no tenia mas que ver, trata de cerrar los ojos; no teniendo mas que desear, pide licencia de morir, pues el dejarlo de sus brazos ha de ser dejar la vida. * Alma, reconoce aquí tu dicha, y sábela lograr: el mismo Cristo del Señor tienes contigo, no solo entre tus brazos, sino dentro de tus entrañas; no apretado al seno, sino dentro de tu

pecho; no solo se te permite adorarle y besarle como á Simeon, sino comerle y tragarle, y sustentarte con él: esta es tu dicha, ¿cuál debe ser tu consuelo? Este es el favor de tu Dios, veamos cuál es tu amor. ¿Qué puedes ya desear en esta vida habiendo llegado á comulgar? Pide el morir al mundo y vivir á Dios, no á la carne sino al espíritu, y sea de hoy mas tu conversacion en el cielo.

Punto IV. Vióse el santo Simeon muy obligado con el favor divino, pero con poca vida para el agradecimiento; y faltándole las fuerzas para rendir las debidas gracias, escoge rendir la vida. No pudo contenerse que no pregonase las divinas misericordias, y cantólas dulcemente como divino cisne, despidiéndose de todo lo que no es cielo, de todo lo que no es Dios; y no quedándose con él contento á solas, propónele á todos los pueblos, comunícale á todas las gentes por lumbre de los ojos todos, y gloria del pueblo Israel. * Imítale tú que hoy has comulgado en lo agradecido, ya que le escedes en lo dichoso; que él solo llegó á tener una vez al niño Dios en sus brazos: y tú tantas veces en tu pecho no

estimas si no agradeces: no sientes si no esclamas prorrumpiendo en nuevos cánticos, émulos de este dulcísimo cantor, que al cerrar sus ojos á todos los bienes terrenos, abre sus labios á las divinas glorias, cierra el corazon al mundo, y ábrele de par en par á solo Dios, confesándose con todo él en el concilio de los justos, en la congregacion de los buenos.

MEDITACION XVIII.

Para recibir al Señor en las tres salas del alma.

DÉCIMA.

Tres salas magestuosas
Tenia un Rey por decoro,
Una de plata, otra de oro,
Y otra de piedras preciosas:
¡ Oh si otras tres suntuosas
En mi corazon tuviera
Para que manchas no viera
Mi huesped, sino abrasado
Un firmamento estrellado
Que en el Sol se convirtiera!

PUNTO I.

Reocnoce la magestuosa grandeza del inmenso Huesped, que hoy esperas, y

sabras cómo le has de recibir, y de qué suerte le debes cortejar: sea en emulacion de aquellas tres ricas salas del otro celebrado Monarca, que dicen se van escediendo al paso que en el número en la preciosidad, siendo la primera de acendrada plata, la segunda de refulgente oro, y la tercera de brillantes piedras preciosas; mas con ser tan relevantes los quilates de su materia, los dejan muy atras los primores de su artificio; y porque se compitan el saber con el poder, segun la calidad de los huéspedes, así son recibidos en diferentes salas: los nobles en la de plata, los grandes en la de oro, y los príncipes en la de piedras preciosas. * Pondera tú ahora, alma mia, ¿en cuál de estas salas has de recibir un Señor, para quien son poco las alas de los Querubines, corto el trono de los Serafines, y estrecho el cielo de los cielos? ¿Por ventura en un entendimiento ilustrado, en una voluntad inflamada, en una memoria agradecida? Poco es esto. ?en un pecho fervoroso, en unas entrañas enternecidas, en un corazon enamorado? Todo es nada. En un grado de perfeccion mucho mayor que el otro, su-

biendo de virtud en virtud? Todó no basta. ¿Pues qué harás? Revístete, como dice el Apóstol, del mismo Señor, transfórmate en él, y sea la una comunion aparejo para la otra.

Punto II. Comulgan algunos fieles recibiendo al Señor en la primera sala, en la de la plata; pero no pasan de allí: conténtanse con estar en gracia, no aspiran á mayor perfeccion: mucho es de estimar esta limpieza de conciencia, esta pureza de alma: que un corazon contrito y martillado á golpes de penitencia, nunca fue despreciable al Señor. * Procura tú, ó alma mia, en primer lugar esta blancura de la gracia, està pureza de la justificacion: laba las manchas de las culpas con el agua fuerte de las lágrimas; no quede borron alguno que pueda ofender los ojos purísimos de un huesped, que tiene por renombre el Santo. Pero tú, alma, no te contentes con esta anchura, mas de conciencia que de espíritu; mas cortejo es menester así de devocion, como de perfeccion.

Punto III. Mas atentas y mas puras otras almas se disponen para recibir este gran Rey Sacramentado, en la

sala de oro, de una encendida caridad: sea fragua el corazon para un Dios que viene á pegar fuego; y pues lo es consumidor, consuma imperfecciones y abrase corazones. Esté el alma que comulga hecha un cielo, y en competencia del mismo infierno diga: mas y mas arder, mas y mas amar. Sea fuerte como la muerte la dileccion, y la emulacion del amor dura como el infierno: mas y mas gozar; mas y mas arder. * Pondera si has recibido hoy este inmenso Huesped en esta sala de oro del amor perfecto: derrítase ya lo elado de tu corazon á vista de este amoroso fuego; conviértanse en ascuas de oro tus tibiezas; inflámese la voluntad, arda el afecto, y resplandezca una intensa aficion á Jesus Sacramentado.

Punto IV. Aun no basta esto, mas adelante ha de llegar un alma á hospedar al Señor; en la sala de las piedras preciosas, y si es posible de estrellas, esmaltado el oro de la caridad con todas las demas virtudes. Reciben al Señor algunas almas entre resplandecientes diamantes de fortaleza, con propósito eficaz de antes morir, que cometer la menor imperfeccion advertidamente: entre

esmeraldas de esperanza y paciencia, no solo sufriendo las adversidades con resignacion, pero con gozo y consuelo: entre topacios de mortificacion en todas las cosas, y en todo tiempo: entre perlas netas de angélica pureza, entre resplandecientes carbunclos de la mayor gloria de Dios, entre encendidos rubíes de hacer siempre lo mas perfecto, entre lucientes piropos hechos llama á fuer de Serafines, nunca cesando de aspirar á mas amor, á mas conocimiento. * ¡Oh si tú le recibieses, alma mia, en esta sala y con esta perfeccion, colmada de virtudes, rebutida de finezas, toda endiosada y transformada en el Señor! Amen.

MEDITACION XIX.

Del convite de los cinco panes, aplicado á la sagrada Comunion.

DÉCIMA.

Despues del ayuno cierto
En el desierto oportuno,
Le da Jesus al ayuno
Mas que pan en el desierto:
Que crece y que sobra advierto
Su gracia en todo el confin;
Yo indigno soy y ruin,
Mas no negueis á mi afan
El pan, que es fuente de pan
Tan sin principio ni fin.

PUNTO I.

Meditarás como siguen al Señor no solo los hombres robustos, sino las mugeres delicadas y los niños tiernos, que de todos es el servir á Dios, y el reinar con él; gustan tanto de oir su celestial doctrina, que no se acuerdan de la material comida; preceden tres dias de ayuno para que logren con mas gusto el milagroso manjar; sea el hambre su sazon, entre en estómagos puros, desembaraza-

dos de las terrenas viandas; en un desierto les pára la mesa el Señor, no en el bullicio de las plazas. * Advierte, alma, que si toda esta preparacion fue menester para aquel milagroso Pan, ¿cuál será bastante para haber de llegar á comer el pan que bajó del cielo? ¿el pan sobresubstancial? Preceda la abstinencia de los viles mundanos manjares, para llegar con el paladar vírgen, con el estómago desembarazado; abra el apetito el egercicio de las virtudes, la fatiga de la mortificacion; haya mucho retiro de los hombres, para gustar del Pan de los Ángeles; trate con Dios quien ha de comer á Dios; toda esta preparacion debes traer para lograr el divino Pan con gran gozo de tu espíritu, con provecho de tu alma.

Punto II. Cuida el Señor de los que de sí descuidan; prueba su fé y corona su confianza: despues de haberles dado en primer lugar el sustento del alma en doctrina, acude al del cuerpo en comida; y el que así provee á los mas viles gusanillos de la tierra, no olvidará á los hijos de sus entrañas: consulta con los Apóstoles, ministros de la mesa, dispensado-

res de su gracia. Hallóse un niño que traia cinco panes y dos pescados; niño habia de ser, porque es tan novicia la tentacion de la gula, cuan veterana la de la vanidad, sería prevencion de algun discípulo para el celestial Maestro, que no admite otro regalo sino un pan de cebada, el que con tanta largueza provee á todas sus criaturas. * Pondera, ó alma, que no te cuesta á tí tanto como á éstos el maná celestial; no el salir á los desiertos; no el cansarte y sudar, que en todas partes le tienes. Mas si este pan se hubiera de comprar, díganos san Felipe lo que costaria; pero no se compra á precio de ducados, sino de afectos y deseos; de valde se da: conoce y estima tu dicha, pues te regala el Señor no con solo pan, sino con su mismo cuerpo y sangre, que son las delicias de los Reyes.

Punto III. Estaba el Señor en medio de aquellas campañas, coronado de la infinita multitud de gentes, hecho centro de su confianza, y blanco de su mira. Manda á sus Apóstoles les hagan sentar, para que coman con concierto y con sosi go; y que sea sobre el heno, no tanto para la comodidad cuanto para

el desengaño de la fragilidad humana: toma un pan en sus manos, y fija los ojos en el cielo, enseñándonos á reconocer todo nuestro bien de allá: échale su bendicion, pártele, y vase multiplicando en millares: parecian sus dos manos dos perennes manantiales de pan, que no se daban manos los Apóstoles á repartir tantos como de ellas salian. El pan era milagroso, sería sazonado: aquellos convidados hambrientos ¡con qué gusto le comerian, tan admirados del prodigio cuan gustosos del regalo! * Imagínate hoy convidado del mismo Señor, en medio de las campañas de la Iglesia, y que entre la infinita muchedumbre de los fieles, llegas á participar del milagroso pan. Pondera cuánto mas delicioso y mas sabroso es el que tú comes, que si aquello fue por salir de las manos de Cristo, en este estan contenidas sus milagrosas manos: comian éllos el pan del Señor, tú te comes al Señor del pan: comian el pan de aquellas manos, y tú comes las manos de aquel pan: cómele con gana, pues se te da con fineza: recíbele con frecuençia, pues se comunica con abundancia: y si un boçado de aquel pan mi-

lagroso lo comieras con indecible gusto, logra este tanto mas sabroso, cuanto sabe todo á Dios.

Punto IV. Quedaron tan agradecidos los buenos satisfechos convidados, que trataron de levantar á Cristo por su Rey, que á obras tan de Príncipe corresponden agradecimientos muy vasallos: esperimentáronle ya médico, ahora le reconocen Padre con la casa llena de pan: parecióles que era nacido para su Príncipe, y no se engañan, que no se hallará otro ni de mas largas manos, ni de corazon mas grande. * Alma, ¿qué agradecimiento muestras tú á un Señor que así te ha proveido de comida, no para un dia solo, sino para toda tu vida? ¿Qué de veces le has esperimentado médico? ¿Qué de veces le has hallado Padre? Júrale hoy por tu Rey y tu Señor; ofrécele eterno vasallage, renuncia las tiranías de Satanás; muera el pecado, y viva la gracia, rindiéndolas á la infinita Magestad por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XX.

Del panal de Sanson, aplicado al Sacramento.

DÉCIMA.

El Nazareno Sanson
Á un leon mató marcial,
Y halló de miel un panal
En la boca del leon :
Allí fue dicha esta accion,
Aquí mi fatal desgracia ;
Pues llevado de mi audacia,
Pongo sin fé, y sin disculpa,
En la boca de la culpa
El pan de miel de la gracia.

PUNTO I.

Atiende como precedió el desquijarar primero un leon, para hallarle en su boca despues el sabroso panal: que es menester vencer las dificultades antes, para lograr despues el fruto de las victorias; convirtióse lo áspero de la mortificacion en lo suave del premio, que así acontece cada dia en el egercicio de las virtudes: truécase la paciencia en sosiego, el llanto en risa, la afliccion en consuelo, el

ayuno en salud del cuerpo y alma, y todas las demas virtudes, que parecian leones, llegadas á gustarse fueron sabrosos panales. ¡Pero qué bien se dispuso Sanson para conseguir el premio! ¡Qué animoso para la pelea! ¡Qué callado en la hazaña! ¡Qué liberal del bien hallado! Merece con razon lograr dulzuras. * Entiende, alma, que si has de gozar hoy de aquel divino panal, tanto mas sabroso, cuanto mas prodigioso pan de los Ángeles, y panal que las abejas del cielo han sazonado, guardado en la cera vírgen, escogido entre millares, entresacado de las flores de las virtudes, debes primero disponerte para pelear no menos que con leones: que has de desquijarar el vicio rey, el que en tí prevalece, el que tantas veces te ha ultrajado.

Punto II. Saltéale la coronada fiera en el camino, donde suelen temer los cobardes, y volver atras en lo comenzado; pero animoso el Nazareno, como tan mortificado, acostumbrado ya á vencer dificultades, apechuga con él: que importa mucho la valiente resolucion de coger por las gargantas al leon, y por las agallas al pez: desquijárale en castigo de

su intento, que tiraba á tragarle. * Advierte, ó tú, que tratas de seguir el camino de la virtud, de frecuentar la sagrada Comunion, que se te han de ofrecer espantosas dificultades: intentará tragarte el leon infernal por la culpa, antes que llegues tú á comer aquel panal, lleno de la dulce miel de la divinidad; y ya que no te pueda impedir tu buen intento, te procurará distraer para quitarte la dulzura de la devocion, para resfriar el fervoroso apetito. Serás mas tentado el dia de la comunion; procura no ser vencido, y con valiente resolucion trata de atropellar todas las dificultades.

Punto III Repite Sanson aquel camino y va en busca del leon, para renovar el gozo de su victoria; solicitaba lo fuerte, y halló lo dulce; creyó hallar con un leon, y se encontró con un panal de miel: aqui gozoso, depuesto lo admirado, no lo estraña con horror, ni hace desprecio con reparo; antes bien sacándolo de las mismas gargantas de la fiera, lo traslada á su paladar; percibió luego la dulzura, y comenzó á saborearse con él, gozando del fruto de su trabajo; convidó á su madre y á los que le

acompañaban, no tanto por hacer alarde de su valor, cuanto por comunicar el bien hallado. * Llega hoy, alma mia, al bravo leon de la dificultad vencida en la virtud de la tentacion desquijarada; y si mas misteriosamente lo consideras, acércate al muerto leon de Judá, y sácale el panal dulcísimo Sacramentado de su boca ahelada, de su pecho rasgado: gusta cuán suave es el Señor; cómele con devocion, y percibirás su dulzura; saboréate con él, gozarás de la leche y de la miel que manan bajo la lengua del divino Esposo.

Punto IV. Quedó tan ufano el valiente Nazareno de su dicha, tan gustoso del prodigioso panal, que hizo blason de su dulzura; y para mas celebrarle le propuso en misterioso enigma. Ofreció premio á los entendidos, como á comida de entendimiento. * Sea ya tu timbre y tu blason, ó alma dichosa, este panal Sacramentado: celébrale por tu mayor gloria: da gracias al Señor en alabanzas: sea tu agradecimiento señal de que te quedas saboreando en él, y conózcase cuan melíflua queda tu lengua en lo suave de sus cánticos, y cante las

glorias del Señor boca que fue tan endulzada con su cuerpo y con su sangre: suban al cielo los aplausos de un pan que bajó de allá.

MEDITACION XXI.

Del convite de Simon Leproso y penitencia de la Magdalena, aplicado á la Sagrada Comunion.

DÉCIMA.

Juzga Simon sin razon,
Y á Magdalena condena;
Jesus premia á Magdalena,
Pero reprende á Simon:
¡Oh lepra de mi pasion!
Busca al médico amoroso;
¡Oh Señor! haced piadoso
Que sea por mi interés
Magdalena á vuestros pies,
No á vuestra mesa Leproso.

PUNTO I.

Contempla cuán á lo galante hoy el Señor acepta el convite de un Leproso, por sanar á una bizarra pecadora: no va atraido de los sabrosos manjares, sediento sí de sus amargas lágrimas: él es

el convidado, y Magdalena su convidada: luego que conoció al Señor, se conoció á sí misma; su grandeza y su bajeza, su amor y su frialdad; careó la Bondad divina con su ingratitud humana, y ella que gustaba de ser querida, en conociendo el infinito amor, se le rinde: informóse donde estaba aquel divino imán de sus yerros; no repara en el qué dirán los hombres, solo no diga Dios: despójase de sus profanas galas para vestirse de la librea del cielo, que es la estola inmortal: de esta suerte herida del amor, y llagada del dolor, vuela en busca de su amante amado, y abate sus altaneras plumas á las divinas plantas.* Pondera cuán bien se supo disponer esta discípula novicia; qué preparacion tan propia para convidarse, no á las delicias del banquete, sino á los suspiros de su corazon. Considérate, alma, cubierta de culpas, despojada de la gracia: aprende cómo te has de disponer para entrarte por el convite, no ya del leproso Simon, sino del agradable Jesus Sacramentado. Saca una resolucion gallarda renunciando al mundo y á sus pompas, y en trage de penitencia llega á echarte á los

pies de aquel Señor que tan misericordioso te espera en el convite.

Punto II. Comiendo estaba Cristo, cuando llegó hambrienta de él la pecadora: llegó la sedienta cierva fatigada del veneno de sus culpas á brindar al Señor con sus lágrimas; éntrase sin llamar, pero llamada á impulsos de la gracia; y aunque cualquiera ocasion es buena para acercarse á Dios, parecióla mas cómoda la de un convite para conseguir entre sazones mercedes. No se atreve á llegar cara á cara, que siente muy ofendida la Divina, y la suya tan corrida cuan culpada: llega pues por las espaldas que habian atado sus culpas, y cae herida del amor la bella altanera garza á los pies del Cazador divino.* Alma, pues á tí te sobran culpas, no te falten arrepentimientos: sigue á la Magdalena en el llanto, pues la escediste en la ofensa: entrométete en el convite del Altar harto mas abundante y regalado que el del Fariséo, donde no serás zaherida, sino bien admitida: no barrerás el suelo, sino que pisarás el cielo: pide á la Magdalena te deje uno de los pies de Cristo para regarle, mientras ella

baña el otro con su llanto: aprende de la discípula del Señor lecciones de penitencia: acompáñala ahora en el dolor, para que despues en el consuelo te ayude.

Punto III. Llora un mar de lágrimas la Magdalena para poder salir del abismo de sus culpas; regando los pies de Cristo, con sus amargas lágrimas laba su alma de la inmundicia de sus deleites; enjúgalos con sus cabellos trocando en lazos de Dios los que habian enredado las almas; no cesa de besarlos, haciendo paces otras tantas veces como los habia ofendido: toda se emplea ya en su amado, la que toda se le habia negado; toda está puesta en él con sus potencias y sentidos, cuanto mas con el corazon: báñale los pies con las dos fuentes de sus ojos, y chúpalos con sus dos lábios; con sus blancas manos los aprieta, y con sus rubios cabellos los enjuga; porque toda se consagre á Dios, la que toda se habia profanado. * Pondera, ó tú que has comulgado, tu mayor dicha con menos merecimiento; que si la Magdalena llega á lograr los pies de Cristo, tú á gozarle todo entero; si ella á besarle, tú á comerle; no solo le aprieta los pies

con tus manos, sino entrañas con entrañas: ella le ofrece sus lágrimas, el Señor le brinda con su sangre: ella le enjuga con sus cabellos, tú con las telas de tu corazon. Si ella le tiene asido, tú encerrado: emplea pues toda tu alma y tus potencias en servirle y adorarle el dia que le recibes.

Punto IV. Censuraba el Fariseo lo que la Magdalena hacia, y no lo que habia hecho; que es el mundo fiscal de la virtud y abogado del vicio. Con otros ojos la mira el Señor bien diferentes de los hombres: comienza á relatar los servicios de la Magdalena, haciendo los cargos de las omisiones de Simon. "Tú, „dice, no te dignaste de besar mi rostro, „y ésta no ha cesado en todo este rato „de adorar mis plantas: no me diste „aguamanos, y ésta de ojos me la ha „servido: no gastaste una gota de acei„te en mi cabeza, y ésta ha derrama„do en mis pies el mas precioso bálsamo: „no desplegaste una tohalla con que me „enjugase las manos, y ésta me ha en„jugado los pies con la preciosa madeja „de sus rubios cabellos." * Oye, alma, que te dice á tí otro tanto el mismo Se-

ñor hoy que le has hospedado no solo en tu casa, sino en tu pecho. "Alma, »no me diste un beso de paz, cuando »tantos de guerra con tus pecados: no »derramaste una lágrima de ternura »cuando te estoy bañando en mi sangre. »¡Qué poca fragancia despides de virtu»des, y qué fria, qué corta y qué gro»sera has andado!" Recambia tus cortedades en agradecimientos; y pues ganas á la Magdalena en el favor, procura igualarla en el amor. Oye lo que te dice Cristo: "Vé en paz pues, en mi gracia, »estimándola como antes perdida." Y respóndele tú: "mi Dios y mi Señor, antes perder mil vidas que volver á ofenderos."

MEDITACION XXII.

De la oveja perdida y hallada regalada con el pan del cielo.

DÉCIMA.

Cordero y pastor convida
Jesus al mejor aprisco
A mi alma, que por el risco
Corre ya oveja perdida:
Ea, pastor de mi vida,
Ved que por mis pasos muero,
Y ved, pues en vos espero,
Que āun no está perdida ¡ay Dios!
Oveja que vuelve á vos
Como á pastor y cordero.

PUNTO I.

Contempla como la simple ovejuela, engañada de su antojo y llevada de su gusto, se aparta del rebaño, se aleja de su pastor, perdida cuando mas entretenida, apacentando sus apetitos en los verdes prados de sus deleites: "No haya prado, dice, que no lo pase, y lo „repase mi gusto." ¡Oh cómo trueca las seguridades de la gracia en los evidentes riesgos de la culpa, y olvidando

los cariños de un buen pastor que la defiende, se espone á las gargantas de un lobo que la trague! * Pondera, ó alma mia, cuántas veces has hecho tú otro tanto: en tí se verifica la parábola, y el lobo infernal está en ella: tú eres la ovejuela tan simple como errada: dejaste los amenos prados de la gracia, y habitas sombras de la muerte: dejaste tu buen pastor que te compró con su vida, que te señaló con su sangre, y sigues un leon cruel que te rodea para tragarte: acaba ya de conocer tu yerro y reconocer tu peligro: bala para que te oiga tu pastor: llámale con balídos de suspiros, á golpes de tu pecho, y al murmullo de tu llanto.

Punto II. Luego que echa menos el cuidadoso mayoral su descuidada ovejuela, trueca el descanso de su cabaña en afanes de buscarla: he aquí que viene saltando por los montes, y pasando los collados, y ella se está en los valles de su culpa. ¡Qué de penas le cuestan los gustos de ella! ¡Qué de amarguras sus dulzuras! ¡Qué de hieles sus panales! Él anda entre espinas, élla entre flores: el sin comer, élla repasándose: rásganle

las zarzas el pellico, y llegan á ensangrentarle: va pereciendo de sed, cuando mas sudando: no para hasta subir á un monte para mejor atalayarla: despójase del pellico, y desnudo trepa un árbol arriba, donde puesto en lo mas alto, alarga sus dos brazos á dos ramas, que de ellas pende, y con gran pena se sustenta: comienza á llamarla con valientes clamores y aun con lágrimas; el cielo oye por su reverencia, y la ovejuela se hace sorda en su obstinacion: mas ¡ay! que ya inclina la cabeza viendo que no puede hablar para hacerle señas; que primero dejará de vivir, que llamarla; y no contento con esto, déjase abrir el pecho, y muéstrala sus amorosas entrañas. * Alma, oveja perdida, ¿hasta cuándo ha de durar la dureza de tu corazon? Reconoce á tu divino Pastor, y estima lo que le cuestas; por tí dejó su cielo, y bajó al mundo; sudó sangre, rasgáronle los azotes las espaldas, y las espinas las sienes; cargó y cayó con la Cruz, subió al Calvario, sorteáronle los vestidos, desnudo trepó al árbol de tu remedio; allí estendió sus brazos. ¿No le oyes cómo te silva con suspiros y con lágrimas? Mira

que te inclina la cabeza perseverando en llamarte: abre su costado y te franquea sus entrañas. Acaba y deja los viles deleites de la villana tierra, y gozarás de los regalados pastos del Altar, que es el paraiso de la Iglesia.

Punto III. Hallada la ovejuela, vuelve su pastor de muerte á vida. ¡Con qué agrado la recibe entre sus brazos siempre abiertos para ella! No la riñe enojado, antes la acaricia compasivo; y sacando el sabroso pan de su seno, con su mano la convida, y con su diestra la regala. Trasladada de sus brazos á sus hombros, si antes agoviados con el peso de las culpas, ahora aliviados con la dulce carga, condúcela á sus seguros rediles, júntala con las otras noventa y nueve. Qué gozoso va él con élla, y qué dichosa élla con él balando y diciendo: Mi amado para mí, y yo para él, toda entera y con corazon entero. *Considérate hoy, alma mia, favorecida del divino Pastor, vestido del pellico blanco, y regalada de su mano con el pan del cielo, que él es tu pastor y tu pasto; toma el pan de su mano, y cómete la mano tambien: con su sangre te redimió,

con sangre te alimenta: él te lleva en sus hombros, llévale tú en tu pecho: él rasga su costado, métele tú en tus entrañas; come con gusto este pan que bajó del seno del Padre; repástate en él, conocerás la diferencia que hay de este manjar de los Ángeles á una comida de bestias.

Punto IV. Balando va la hallada ovejuela; y dando gracias á su buen Pastor, pregona con balídos sus favores. ¡Oh amado pastor mio, va diciendo, y lo que os debo, y quién pudiera pagarlo! Otros pastores se comen sus ovejas, y yo me como á mi pastor; ellos las trasquilan para vestirse, y vos os desnudais para vestirme; ellos las desuellan, y vos quedais todo lastimado para curarme; ellos las tiran el cayado, y vos me poneis sobre los hombros; ellos las encojan, y vos me sanais; ellos las despeñan, y vos me llevais acuestas. * ¿Qué gracias os daré yo, Señor, por tantas misericordias? Correspondan mis favores á vuestros favores, cantaré eternamente un cantar nuevo, juntando mis balídos con los de aquellos rebaños celestiales que os estan alabando y ensalzando por todos los siglos de los siglos. Amen.

MEDITACION XXIII.

De la mala preparacion del que fue echado del convite.

DÉCIMA.

Cuervo entre cisnes nevados
Entró á la mesa atrevido
Quien por el Rey fue escluido
Al lugar de los osados.
¡Oh gustos desenfrenados!
¿Sueño, mi Dios, ó estoy ciego?
¿Cómo á vos, sin vos me entrego
Con el hábito del vicio?
¿Cómo me trago el juicio,
Y al Rey sin su gracia llegó?

PUNTO I.

Considera el cuidado de aquellos convidados en prevenirse de gala para poder parecer ante la real presencia; saben que es un Rey el que los convida, y así no se contentan con cualquier atavío; procuran el mayor de la vida, cual suele ser el del dia de la boda: muestra estimacion de la persona que se visita el ornato que se trae; y la composicion esterior es indicio y aun empeño de la in-

terior; no cualquier adorno es bastante para un dia tan solemne como ser convidado de un Rey; requiere ser precioso, porque los ojos reales estan hechos á gran riqueza. Llegan pues estos convidados con galan aliño para ser admitidos con agasajo honroso. * Alma, hoy estás obligada del mayor Rey al mayor convite; segun esto pondera la obligacion de adornarte; poco es ya el no venir con desaliño, pase á ser rica gala; no basta el no venir oliendo á culpas, sí arrojando fragancia de virtudes: no basta cualquier atavío, que estan hechos los divinos ojos al aliño de los Ángeles. Sal pues con arreo de santidad para sentarte á la mesa real con magestuosa decencia.

Punto II. Estando todos dispuestos por su órden y compuestos por su aliño, se atrevió otro y muy otro á meterse entre ellos sin el vestido de la boda tan sin empacho, cuan sin adorno; que es el atrevimiento arrojo de la vileza: con la cara deslavada, y las manos sin lavar, oliendo á la inmundicia villana, entra en el salon que remeda un cielo con tanta insensibilidad suya, co-

mo sentimiento de los demas: introdúcese el cuervo entre los nevados cisnes; nada le dicen ellos como cándidos, demas de que en la agena casa dejan el reñir á su dueño. Pensó á lo necio que no le veria el Rey, por estar bajo cortina, ó ya que misericordioso disimularia como otras veces; pero engañóse, que agravios tan cara á cara, ofensas tan cuerpo á cuerpo no se pasan sin castigo siquiera por el escarmiento. * Pondera tú con temor tan feo desacato, y no ya en otro sino en tí mismo; imagina en tu garganta el afilado cuchillo; cuando te sentares á la mesa de este Príncipe, no llegues revestido de tus pasiones, no te acerques oliendo á culpas, mírate primero al espejo de los otros, al cristal de un fiel exámen; pruébate á tí mismo que eres hombre; no te confies en que está el Rey bajo la cortina de los accidentes, que está celando como esposo entre los canceles de su disimulo, tras las celosías de su reparo.

Punto III. Estaban ya todos muy de asiento con deseo de cebarse en las regaladas viandas de la mesa real, cuando entró el mismo Rey en persona, que no

fia á otros que á sus ojos el registro de esta mesa. Reconocidos todos los convidados uno por uno, reparó luego en aquel que por lo desigual sobresalia; ofendióle lo asqueroso, y mucho mas lo atrevido; pero templando su indignacion con su bondad, "amigo, le dice, ¿cómo entras»te acá? Tú, y acá? Y ¿sin aliño nup»cial?" Tratóle de amigo, careándole con el primer traidor que profanó esta mesa. No tuvo que responder el desdichado tan á la cara convencido: que se come el juicio el que sin él come en esta mesa; que está aquí el juez y el juicio, y no son menester mas pruebas: fulmínase al punto la sentencia de que sea echado fuera, que es la privacion de su divino rostro el mas sensible castigo. Échanle por lo mal mirado en las tinieblas esteriores. * O tú que estas sentado á la mesa del altar, mira, guarda no te suceda tal desdicha. Oye lo que dice el Rey divino que contigo habla: "Ami»go, ¿cómo te atreviste á entrar acá? »Tú, ¿pecador indigno? Tú, ¿y acá en »la sala de la misma pureza, en el cen»tro de la santidad? ¿Qué es del orna»to de las virtudes? ¿Dónde dejaste las

„vestiduras de la gracia? ¿Qué dices?
„¿Qué respondes? ¿Tú tambien enmu-
„deces?" ¡Oh qué confuso se hallaria con
„dos azares de honra y hambre!" Saca pues un bien prevenido escarmiento y un temor reverencial: procura gran disposicion de gracia para no caer en su mayor desgracia.

Punto IV. ¡Qué gozosos quedarian los otros de su bien á vista del mal ageno! ¡Cómo levantarian las manos al cielo viendo atadas las de aquel desdichado! Rendirian dobladas gracias al Rey del convite satisfechos y dichosos. ¡Cómo le alabarian ellos viendo al otro enmudecer! Desplegaron sus labios al aplauso los que antes al regalo. * Atiende tú á dar gracias al Señor que así te tiene de su mano: mira que en las de Dios estan tus suertes; no enmudezcas culpado; alaba á Dios perdonado; si estimas tus dichas, agradece sus misericordias; corona su mesa como renuevo de paz; no vaya en cenizas del fulminado castigo; canta como bien comido; alaba como satisfecho á un Señor que te concedió acabar la fiesta en paz, y te sació con la flor de la harina.

MEDITACION XXIV

De la dicha de Mifiboset sentado á la mesa real, aplicado á la Comunion.

DÉCIMA.

David convida á su mesa
A Mifiboset postrado,
Que abatido y humillado
Su agradecimiento espresa:
Del Rey la piedad confiesa,
Porque sabe á la verdad
Que su padre sin piedad
Le persiguió en toda lid:
¿Y yo al hijo de David
No espresaré mi humildad?

PUNTO I.

Considera qué novedad le causaria á Mifiboset verse llamado del rey David para sentarse á su lado, y comer á su mesa: ocuparia su ánimo el gozo, y su humildad el espanto. Veíase favorecido de la gracia real, el que tan desfavorecido de la naturaleza; desposeido de la fortuna hijo de Príncipe que pasó; desamparado como pobre y olvidado como

desposeido; cojo en el cuerpo, y caido de ánimo, con tantas imperfecciones como humillaciones. Consideraba pues la grandeza del Rey á vista de su bajeza, y diria: ¿Yo sentarme á la mesa real, cuando no tengo que llegarme á la boca? ¿Que un Rey me haga el plato, cuando nadie se digna de servirme? Encogíase viendo lo poco que valia, y animábase viendo lo que el Rey le honraba. ¿Qué he de parecer, decia, sentado entre tanta grandeza con tantas imperfecciones? Pero al fin su gran bondad suplirá mi indignidad. * Imagínate otro Mifiboset con mas imperfecciones en el alma que él en el cuerpo, cojeando siempre en el divino servicio, contrahecho por la culpa, y agoviado hácia la tierra, hijo y nieto de padres enemigos del Señor, y tú mas pecador que todos, y que con todo eso otro mayor Rey que David, pues es el Monarca del cielo y tierra, te convida á su mesa, y te hace plato: carea tu vileza con su grandeza, su infinidad y tu cortedad; saca una gran confusion, humillándote caido, y animándote favorecido.

Punto II. Trata de adornarse Mifi-

boset para poder parecer ante la presencia real: suple con los arreos sus defectos: no llega asqueroso por no doblar la ofension, vestido sí de gala para disimular sus imperfecciones. ¡Con qué encogimiento entraria en el palacio! ¡Qué humilde se postraria á las reales plantas diciendo: Señor, ¿cuándo os he merecido yo tan gran favor? Sóbrame el comer con vuestros criados; pero ¿á vuestra mesa? ¿á vuestro lado? ¿y en un mismo plato? ¿y de un mismo manjar? ¿y yo...? Mirad que no son mis méritos para tan prodigiosas mercedes. Mas el santo Rey tan generoso cuan compasivo, le levantaria á sus brazos, diciendo: sí, sí, á mi mesa te has de sentar, y conmigo has de comer. * Pondera tú cuando hoy estás convidado no de un Rey de la tierra, sino del Monarca del cielo, á su mesa y á su plato, ¡con qué ornato debes llegar, qué gala vestir, procurando encubrir las fealdades de tus culpas con los arreos de la gracia!

Punto III. Sentado estaba Mifiboset á la mesa real, tan encogido cuan honrado, favorecido del Rey, admirado de los cortesanos; los Grandes le asistian,

y él comia; el mismo Rey le hacia plato, que sería de lo mejor. ¡Con qué gusto comeria! Como venido de la gran mano. ¡Qué consolado estaria de su nueva dicha! ¡Qué satisfecho del regalo! Aquí se vieron juntos esta vez la honra y el provecho; compitieron la benignidad de David con la humildad de Mifiboset. * Pondera tú el que comulgas que por grandes finezas que use el Rey de Israel con Mifiboset, nunca llegarán á las que contigo hoy hace el Rey del cielo: allí le daba el Rey preciosos y regalados manjares; pero no le daba á sí mismo: haciale el plato de la vianda real; pero no de su corazon: de suerte que comia con el Rey, pero no comia al Rey. Aquí sí, en esta mesa del Altar comes con Dios, y te comes á Dios; su mismo cuerpo te presenta, y con él su divinidad: cuanto tiene te da, y á sí mismo con todo. Logra con buen gusto tan esquisita comida: vete poco á poco cuando comes mucho á mucho: da lugar á la consideracion, saboréate con él: mira que es gran bocado, pues es un Dios verdadero: advierte que los mismos Angeles te asisten envidiándote la dicha, sí celando la decencia.

Punto IV. Mostraríase agradecido Mifiboset á tanto agrado: trocaríase el encogimiento al comer en el desahogo del agradecer: conocióse la estimacion del favor recibido en volver á lograrlo: no se le conocerian las tardanzas de cojo, puntualidades sí de convidado: no se portó como hijo del mayor perseguidor que tuvo David, sino como el mas fiel y reconocido vasallo. * Saca qué alabanzas debes tú dar á tan gran Rey que así te ha favorecido: qué gracias rendir á un Señor que así te ha regalado. No le ofendas mas como enemigo, sírvele como hijo tan obligado. Concluye diciendo: "¡oh mi Dios y mi Señor! mas humano os habeis mostrado que David en favorecerme, y todo Divino en perdonarme; y con estar yo mas lleno de imperfecciones en el alma que Mifiboset en el cuerpo, os habeis dignado de admitirme á vuestra mesa y ponerme á vuestro lado; habeisme hecho plato de vuestro corazon y de vuestras entrañas, dándomeos todo en comida. ¿Qué gracias os daré yo, Señor, por tan grandes favores? Lo que decia el santo Rey David: Cáliz por cáliz. Sea una comunion

recompensa de otra: pagaré el dar con tomar, que con vos, Señor, no hay otra retribucion; volveré otra vez á comer y comeros: bastaba para mí, y sobraba sentarme á la mesa de vuestros jornaleros; pero para vuestra infinita bondad no bastaba: los Angeles os alaben por mí, pues yo he comido por ellos, y me he comido su pan: dadme una gracia tras otra, y sea que coma yo con vos toda esta vida temporal, y os goce toda la eterna."

MEDITACION XXV.

De cómo dió gracias el amado Discípulo recostado en el pecho de su Maestro.

DÉCIMA.

Muy á pecho le hallarán
A Juan que toma divina
De tal pecho la doctrina,
Buril del pecho de Juan:
Y pues buscándome van
Vuestras gracias por derecho,
Quede en lágrimas deshecho,
Y duerma en yugo de amor
Yo en vuestro pecho, Señor,
Y vos, Señor, en mi pecho.

PUNTO I.

Contempla como el Discípulo de puro

corazon se alza con el corazon de su Maestro; mas goza quien mas ama, y es propio de corazones vírgenes el amar mas, porque negándose á las criaturas, se entregan enteros á Dios. Es Juan el amado discípulo del amador de la pureza; dispónese con vírgen pecho para recibir el cándido Cordero: compite estremos de finezas con purísimos afectos, y despues de haberle seguido por donde quiera que va, se echa á descansar en su pecho, allí reposa como en su centro, y quedaríase diciendo: "Mi amado para mí, y yo para él que se apacienta entre azucenas." No pretende otro del valimiento de su Príncipe, sino gozarle todo interior y esteriormente: él es su principio y su fin, Dios y todas sus cosas, y pone á la Vírgen entre ellas. * Pondera, alma, con qué pureza debes tú prepararte cuando llegas á comulgar, para que recíprocamente descanse el Señor en tu pecho y en tu seno: despiértese tu fé para que duerma en el Señor tu caridad; trata de disponerte con un corazon vírgen, negado á toda aficion terrena, con una conciencia pura, limpia de toda culpa, y así amarás mas,

y gozarás mas de las divinas finezas.

Punto II. ¡Oh águila caudal, y con cuán penetrante vista te examinaste á los rayos del sol encarnado, é hiciste presa en su abrasado corazon! Despues de haberte cebado en el pecho de Cristo anidas en él; de modo que hallas pasto, y tienes nido en su seno, y vuelas á descansar en él: despues de haber mirado de hito á hito al sol enamorado, y bebídole sus luces entre arreboles de su preciosa sangre, cerraste los ojos en la quieta contemplacion. ¡Oh cómo despediste toda la frialdad del espíritu al color de aquel encendido corazon! ¡Oh cómo escudriñabas las trazas de sus finezas, las invenciones de su amor! ¡Cómo tomaste despacio el gozar de un amor que se eterniza, que cuando pareció que se acababa, entonces comenzaba, y habiendo amado, amó hasta el fin. * Alma, con el mismo pecho te convida hoy el mismo Señor cuando se te da en manjar: llega hoy á comulgar y á recostarte en su seno. Logra con iguales afectos iguales favores; y si Juan fue el amado, procura tú ser la amante; muéstrate águila en la contemplacion, así como en la

voracidad; atiéndele con los ojos de la fé, y haz presa con la encendida caridad.

Punto III. En habiéndose comido Juan á Cristo, se toma licencia de recostarse en él; por dentro y fuera quiere estar rodeado de su Maestro. ¡Oh gran Discípulo del amor, y qué bien practícas sus lecciones! Descansa el Hijo de Dios en el seno de su Eterno Padre, y Juan en el del mismo Hijo de Dios. ¡Qué tal puesto escoge para reposar tal comida! Sin duda que de este modo le entrará en provecho, así como le entró en gusto. * Alma, aprende á dormir en Dios, despues de haberte alimentado de Dios: sosiégate en la contemplacion, no te inquieten impertinentes desvelos; no luego te abatas al mundo, persevera en este cielo. Pídele mercedes á un Señor que ha usado contigo tales finezas; asístele como águila en el contemplarle, ya que no le pareciste en el comerle: atiende durmiendo como Juan, con los ojos cerrados á las criaturas y abiertos á solo Dios.

Punto IV. Quedó tan reconocido Juan al divino favor, que le tomó por blason, hizo de él glorioso renombre llamándo-

se el amado Discípulo que se recostó en el pecho del Señor despues de su cena. Juan quiere decir gracia: que los agradecidos son los favorecidos; no solo no pone en olvido esta gracia, sino que la perpetúa en lo agradecido de su nombre, y quiere ser llamado por las gracias que retorna, significando que primero dejará de ser nombrado que grato; conságrala á la eternidad en alabanzas y en afectos, y procura desempeñarse acaudalando amor sobre amor. * ¡Oh tú que has comulgado! pues seguiste al amado Discípulo en los favores, no le dejes en los agradecimientos; y si este divinísimo Sacramento fue buena gracia para tí, porque así se nombra como obra, correspondan en tí las buenas gracias: Eucaristía se llama, pidiendo lo agradecido en blason: saca rendir gracias á gracia, fervores á fervor, afectos á fineza, y servicios á tal merced.

MEDITACION XXVI.

Del convite del rey Asuero.

DÉCIMA.

Manda el Rey que al gusto asista
La Reina del regio esmero,
Y pierde del Rey Asuero
La gracia por no ser vista:
No pues, alma, en la conquista
Del reino que ha de durar
La gloria por no llegar
Al convite perdais vos;
Pues por la gracia de Dios
Nacísteis para reinar.

PUNTO I.

Considera como aquel gran Monarca para hacer ostentacion de su grandeza tomó por arbitrio celebrar un suntuoso banquete; gánanse las aficiones con las dádivas y las amistades en los convites. Convidó á todos los grandes y señores de su reino; que á un banquete grande, grandes han de ser convidados, y si Real, Príncipes. Vienen todos con ricos y galantes atavíos, compitiendo á bizarrías el favor, correspondiendo á tal

honra tal ornato. * Pondera tú á cuánto mayor banquete estás hoy convidado, cuánto mayor es el monarca que lo celebra, no para hacer ostentacion de su grandeza, sino de su fineza; aquél era un Rey de la tierra, éste de tierra y cielo, y así convida á los del cielo para que asistan, y á los de la tierra para que coman: allí eran llamados los Grandes, aquí son escogidos los pequeños; allí los ricos, aquí los pobres de espíritu: aquéllos vestidos de gala, éstos de gracia. Conocido, pues, el banquete á que hoy eres llamado, el palacio en que entras, la mesa en que te sientas, la magestad del Señor que te convida, conocerás el ornato con que has de venir, la reverencia con que has de llegar, el gusto con que has de comer.

Punto II. Iban entrando aquellos Príncipes y señores, sentándose á la mesa por órden de dignidad, no de anticipacion; no por años, sino por méritos; los mas principales los primeros, y los mas cercanos en sangre al Rey estaban los mas allegados en puesto. Servíanle á cada cual el plato que apetecia, siendo su boca medida: por esquisito que fuese el

manjar se le ponian delante; de modo que aquí lograban juntos la honra y el provecho, y no menor el gusto. * Pondera todas estas escelencias en este sacramental banquete; aquí todos son de la sangre cuando todos la participan; todos estan tan allegados al Rey que le tienen dentro de sí mismos, y tiene cada uno un Rey en el cuerpo y aun un Dios. Comen todos á pedir de boca y mas: pues es mas de lo que supieran pedir, de lo que supieran apetecer: en cada bocado un Dios, y en cada migaja un cielo. Llega, alma, y toma lugar muy de asiento, come con reposo; tu boca sea medida, y advierte que cuando mas tu la dilatares, mas la llenará el Señor; repara en lo que comes, y comerás con espíritu.

Punto III. Comian las regaladas viandas con buen gusto, como quienes tan bueno le tenian; y eran todos Príncipes hechos á grandes bocados, y así sabian hacer estimacion de lo que era bueno; comian mucho, acostumbrados á comer bien; y como cortesanos hacian lisonja al Señor del banquete con el logro del regalo, y mas para un Príncipe que pi-

caba en liberal y manirroto. Los platos eran tan esquisitos cuan bien sazonados, y así nada perdonaban á su gusto, no perdian ocasion, nada se desperdiciaba. * Pero advierte que por mucho que aquel poderoso Rey les quiso dar, no llegó á dárseles á sí mismo: quédese eso para este gran Dios que hoy, alma, para sí mismo te convida: compitan su poder y su querer. No los ama tanto Asuero que les dé un brazo suyo en un plato, que les brinde con la sangre de sus venas, que les haga pasto de sus entrañas; pero este gran Rey de reyes, y Señor de los señores ama tanto á sus convidados, que les abre su costado antes con el amor que con el hierro: háceles plato de sus entrañas, y bríndales con su preciosa sangre. Alma, esto sí que es convidar, y esto comer; llega con hambre insaciable á un manjar infinito, repasa lo que comes, que por eso se llama pan de entendimiento y comida de entendidos; procura estar de dia; y boca hecha á reales bocados, no degenere despues en los groseros manjares del mundano Egipto.

Punto IV. Mas ¡ay dolor que siem-

pre el pesar alinda con el contento! Todos los banquetes fueron azares, y este del jardin de Asuero el que mas: pereció la Reina porque no pareció. Mandó el Rey que con su belleza coronase la celebridad; desestimó ella el favor desconocido, y sintió la indignacion del Rey desgraciada: perdió con el convite la corona, y porque no quiso asistir al lado del Rey, fue condenada á perpetua ausencia del mayor lucimiento, á las tinieblas esteriores: en la misma mesa fue condenada, que está en ella el juez, y quien come mal, se come y bebe el juicio.* Escarmienta tú, ó alma mia, en la boca agena: acude al banquete del Altar con tanta preparacion como estimacion; mira que por tí se hace la fiesta; no faltes tú por grosera como otras por atrevidas. Conoce tu dignidad y tu honra, que no solo estarás al lado del Rey, sino que él estará en tu pecho. Ven con gracia, y vuelve con gracia, rindiéndolas infinitas; que temo no seas desgraciada por desagradecida.

MEDITACION XXVII.

Para llegar á recibir al Señor, adorándole con los tres Reyes y ofreciéndole sus dones.

DÉCIMA.

Tres Reyes de quienes hablo
Porque á los demas dan leyes,
Adoran al Rey de Reyes
En el trono de un establo:
¡Oh qué improporcion entablo
Conmigo en vicios deshecho!
Pues contra todo derecho
Niegan á Dios cetro y palma
Las tres potencias del alma
En el establo del pecho.

PUNTO I.

Sigue hoy con la contemplacion y acompaña con la fé á tres Reyes de la tierra en busca del Rey del cielo: son sabios, que es gran disposicion para hallar la sabiduría infinita. Salen del Oriente, principio del mundo, del comenzar á vivir; buscan el sol guiados de una estrella. Llegan á la gran córte de Jerusalen donde todo es turbacion, y hallan

al Señor en el sosiego de Belen: desmontan de su grandeza y acomódanse á su llaneza: los primeros pasos que dan son con sus bocas por aquel suelo, para haber de llegar al cielo de su pie: entran donde todo es abierto; descubren un niño recien nacido y un gran Dios que no se divisa, ni aquí por lo pequeño, ni allá por lo inmenso. Lógranle en brazos de la aurora entre lágrimas y perlas, júranle por su Monarca y adóranle por su Dios, ofreciéndole entre dones sus corazones. * ¡Oh tú que hoy has de comulgar! pondera que sales en busca del mismo Rey; ó si fuese guiado de la estrella de tu dicha, de la luz de su divina gracia, hallarle has si eres sabio, no de este siglo, sino desengañado; ven al corriente de tu vida, y caminando aprisa por las sendas de la perfeccion.

Punto II. Guia la estrella á los tres Reyes al paso que los desengaña: introdújolos, no en un soberbio palacio, sino en un humilde portal; entran no solo pecho por tierra, sino lamiéndola como trono de sus pies: no admiran tapicerías de seda y oro, sino telas de viles arañas en vez de los estrados de brocado hallan

un establo alfombrado de pajas: en medio de los brutos la sabiduría infinita: trocado en un pesebre de bestias el excelso trono de los Serafines. Arrojáronse luego á sus divinos pies, haciendo sitial de sus coronadas grandezas, compitiendo las elevaciones de su espíritu con las humillaciones de su afecto: lloraban y reian juntamente, efectos de un niño sol; y en la mayor pobreza del mundo reconocen toda la riqueza del cielo. * Alma, hoy la estrella de tu suerte te guia si no á un portal, á un Altar, donde está esperando tus tres potencias el mismo niño Dios que dió audiencia á los Reyes; no te cuesta tantos pasos como á ellos el hallarle, que bien cerca le tienes; no solo te permite que le adores, sino que le comas. Si los Reyes tienen por gran favor lamer la tierra del portal, *terram lingent*, á tí te se concede lamer su humanidad, y sustentarte de su divinidad: éllos llegan á besarle el pie, tú á meterle dentro de tu boca: ellos á tomarle en sus brazos, tú dentro de tus entrañas: estima tu dicha, y lógrala ventajosa.

Punto III. Franquearon los Reyes

sus tesoros al niño Dios, despues de haberle presentado sus almas: ofrécenle entre los resplandores del oro las amarguras de la mirra, pronosticándole como astrólogos fieles las penas de su pasion. Despues de haberle adorado como á Dios desean acariciarle como á niño; permitióselo la Vírgen Madre, si ya á los rústicos pastores: pedíale uno, tomábale otro, y ninguno le dejaba; abrigábanle con sus púrpuras en obsequio al que habia de vestir otra con ignominia: no se hartaban de sonrosear aquellos carrillos á besos que despues sus enemigos habian de ensangrentar á bofetadas; y los que vinieron tan de prisa, lograban su dicha muy de espacio, no hallaban el camino de volverse, y fue menester que se les mostrase el divino Oráculo en su desvelado sueño. * Alma, póstrate tú á los pies de este Dios niño, despues de haber comulgado, preséntale tus tres potencias: el incienso en contemplaciones, el oro en afectos, y la mirra en las memorias de sus dolores: ofrécele una fé viva, una esperanza animosa y una caridad abrasada: franqueale el incienso de la obediencia, el oro de la pobreza y la mirra

de la castidad: sírvele la oracion para con Dios, la limosna para con el prógimo y la mortificacion para contigo.

Punto IV. Mostráronse los Magos liberales en las obras, no menos en los agradecimientos y alabanzas del Señor: procedieron en todo como Reyes, en cuyos corazones no caben cosas pocas. Lo que enmudecieron en informar á Herodes se mostrarian elocuentes en bendecir al Señor: pregonarian en sus regiones las maravillas del hallado Rey, y es sin duda que los labios que sellaron en sus tiernas plantas no se cerrarian á las agradecidas glorias.*¡Oh tú, que has comulgado, procede como rey, no como villano tosco; muéstrate sabio en el agradecimiento, nada necio en el olvido; retorna en alabanzas las dichas; repasa y reposa la comida del cielo en el sueño de la contemplacion, vuelve por otro camino á nueva vida, cargado de virtudes en recambio de tus dones; vuelve al Oriente del fervor y no al Ocaso de la tibieza.

MEDITACION XXVIII.

Careando la grandeza del Señor con tu tibieza.

DÉCIMA.

¿Quién sois vos, y quién soy yo?
¿Qué hicísteis vos, y yo qué?
¿Sin vos, mi Dios, qué seré?
¿Puedo sin vos algo? No.
¿Me crié, ó Dios me crió?
¿Yo os llamo, ó vos me llamais?
Justo es que me confundais
En la nada de mí mismo.
¡Oh estremo de uno á otro abismo!
¿Qué os doy yo, y vos qué me dais?

PUNTO I.

¡Oh mi gran Dios, y Señor! mi espíritu desfallece cuando veo que vos un Dios infinito, coronado de infinitas perfecciones, os dignais entrar en el pecho de una tan vil hormiguilla como yo! ¡Vos inmenso que no cabeis en los cielos ni en la tierra, os estrechais en el seno de un despreciable gusano! ¡Vos todo poderoso, que podeis criar otros infinitos mundos llenos de otras criaturas muy perfectas os quereis meter dentro de la poquedad de

esta vil criatura, que nada puedo y nada valgo! ¡Vos sabiduría infinita, que todo lo sabeis y todo lo comprendeis, lo pasado, lo presente y lo venidero, y cuanto es posible, os allanais así con quien es la misma ignorancia! ¡Vos eterno, indefectible, que fuísteis antes de los siglos, sois y sereis siempre, venis á mí que en un punto desaparezco! ¡vos, Señor, infinitamente santo y bueno, quereis morar dentro del pecho de un tan indigno pecador! ¡Vos la suma grandeza, yo la misma vileza! ¡Vos todo, yo nada! Si las columnas del cielo tiemblan ante vuestra divina presencia, ¿cómo no se estremecerán las paredes de mi corazon? Ayudad, Señor, mi vileza, confortad mi pequeñez, para que no desfallezca al recibiros.

Punto II. Dios mio, y Señor mio, si el Bautista no se tenia por digno de desatar la correa de vuestro zapato, ¿cómo llegaré yo no solo á la cinta, sino á tocaros todo, á comeros, y á meteros dentro de mi pecho? ¿qué digera el Bautista si hubiera de comulgar, si hubiera de recibiros, Señor, y meteros dentro de su pecho? Si Juan santificado en el

vientre de su madre, confirmado en gracia, criado en la aspereza de un desierto, lucero del sol, precursor vuestro, no se halla digno de tocar la correa de vuestro zapato, yo nacido y criado todo en pecados, yo lleno de culpas y miserias, yo un tan gran pecador, ¿cómo he de llegar á recibiros, cómo os he de poner en mi boca, y meteros dentro de mis entrañas? Si Juan con tanta penitencia, sin culpas se encoge, ¿qué haré yo con tantas culpas sin penitencia? Mas oigo que me está diciendo el mismo Bautista: he aquí el corderito del Señor, llégate á él, que si es infinita su grandeza tambien lo es su misericordia: si es un Dios inmenso, tambien es un corderito manso: si tú estás lleno de pecados, él es el que los quita: limpiadme pues, Señor mio, mas y mas; criad en mí un corazon limpio; renovad un espíritu recto en mis entrañas, para poder hospedaros en ellas.

Punto III. ¿Quién sois vos, Señor, y quién soy yo? decia el humilde san Francisco; lo mismo repetiré yo muchas veces. Si el santo Patriarca Abraham se encogia para haberos de hablar, y dceia

que era polvo y ceniza, ¿cómo he de llegar yo, no solo á ponerme delante de vos, sino á poneros dentro de mi pecho? Si los Serafines de vuestro trono abrasados de amor se cubren los rostros con las alas, como corridos ante vuestro soberano acatamiento, ¿cómo me atreveré yo tan frio y perezoso en vuestro servicio á llegar á poner mi boca en vuestro costado, á sellar mis labios en vuestras llagas, á recibiros dentro de mi pecho? ¡Qué! es posible, esclamaré con Salomon, ¡qué! es imaginable que el mismo Dios real y verdaderamente more dentro de mi pecho? Porque si los cielos de los cielos no os pueden, Señor, abarcar, ¿cuánto menos esta pobre morada, donde os dignais hoy hospedaros? Pero atended, Señor, á mis plegarias, no á mis deméritos; supla mi humillacion mi vileza, y el mismo conocerla sea disculparla.

Punto IV. ¡Oh mi Dios, y mi Señor! ¿y dónde estaba yo cuando os alababan las estrellas de la mañana? Si vuestro lucero Juan os veneró en presencia, y os celebró en ausencia por tantos favores recibidos, ¿qué diré yo por mercedes

tan continuadas? Querria cantar hoy un cantar nuevo, porque hicísteis conmigo una maravilla: y si vos hicísteis memorial de ellas en este divinísimo Sacramento, yo haré un memorial de eternas alabanzas: ¡oh si volase un Serafin vuestro á purificar mis labios, primero para recibiros, y despues para ensalzaros! Cantaré eternamente vuestras infinitas misericordias: y aunque me reconozco vil y bajo, no querria ser grosero; antes lo que os he estrechado, Señor, al recibiros, querria engrandeceros al celebraros; daré gracias sin cesar al que me corona de misericordias.

MEDITACION XXIX.

De la gran Cena, aplicada á la sagrada Comunion.

DÉCIMA.

Infelices convidados
Desprecian la cena, ¡ay Dios!
Cuyo postre os costó á vos
El mejor de los bocados:
¡Ay mi bien qué mal pagados
Cariños! ¡qué ingrata suerte!
No permitais, ¡trance fuerte!
Pues me llamais á hora buena,
Que quede sin la gran cena
En la noche de la muerte.

PUNTO I.

Considerarás como en este gran Señor realza la bondad de su grandeza: compítense lo infinito bueno con lo comunicativo mucho, y lo padre con lo rey poderoso: no se reserva para gozarse á solas sus infinitos bienes, sino que á todos los franquea, hasta convidar con los tesoros, y rogar con las felicidades. Envia sus criados, tan diligentes como alados, á buscar los convidados perezosos,

pero villanos; estos porque terrestres desprecian la honra y malogran el provecho: escúsanse de venir necios sobre desgraciados, y hechos á los viles manjares de su Egipto asquean las delicias del cielo: detienen á unos los grillos de oro de su codicia, á otros la liga de la sensualidad; desvanece á muchos ambiciosos la honra, que son las concupiscencias mundanas; de suerte, que todo está prevenido y faltan los convidados: ¿quién tal creyera? Pero es el convite del cielo, y ellos muy del mundo; y lo que el Señor se ostenta cortés, ellos se muestran villanos. *Acuérdate tú, alma, cuántas veces has cometido mayores groserías, pues convidándote el Rey del cielo á su mesa, villana tú desconociste el favor, malograste la dicha, y en vez de prepararte para ir á comulgar, te rendiste á una inutil tibieza, á un vano entretenimiento. Saca una bien reconocida enmienda, y un deseo eficaz de frecuentar este suntuoso banquete.

Punto II. Viendo el Señor que no gustan de venir los convidados, gente de harto mal gusto, y que instados de su bien le desprecian, no por eso se disgus-

ta con los demas, ni trata de retirar sus beneficios; antes con mas deseos de comunicarlos, da nuevas órdenes y manda á sus ministros salgan á las calles y á las plazas, y convoquen todos los pobres, pues los ricos se retiran, y vengan los hambrientos, que de ellos es la gran cena: sea el mayor castigo de los mundanos el no probarla, ni verla. Acuden éstos tan prontos como necesitados; vienen los cojos diligentes, los ciegos á dar en el blanco entran con humildad, y son recibidos con agasajo, llénanse las mesas de pobres de espíritu despreciados en el mundo, estimados en el cielo, que de ellos es el reinar con Dios. * Considérate tú el mas pobre de cuantos hay, cojeando siempre en la virtud, manco en el bien obrar, y hazte encontradizo con los Ángeles, entrometiéndote en el cielo: no aguardes á ser buscado, llega humilde y serás bien recibido; mira que es gran disposicion el hambre para tanto manjar.

Punto III. ¡Con qué apetito se sentarian á la abundante mesa los mendigos! Cómense los pobres las viandas de los Príncipes: ¡cómo se saborearian en ellas

sin el hastío de ahitos, sin el peligro de empachados! No pierden punto ni tiempo, no se divierten á otra cosa, porque saben que es cena, y que no les queda á que apelar; nada desechan, que ni lo permite la gana ni la sazon de los manjares; éntrales muy en provecho lo que tan bien les sabe, y quedan muy satisfechos los que hasta hoy no han comido cosa de substancia. * Imagínate tú el mas mísero de todos, llega con hambre á esta mesa Sacramental, y comerás con gusto; que por grande que fuese aquella cena, no fue mas que una sombra de la tuya; saboréate como mendigo, y vete entreteniendo muy despacio en este delicioso manjar; cómelo con fé, rúmialo con meditacion, advierte bien lo que comes y hallarás que en toda tu vida no has probado hasta hoy cosa ni de gusto ni de substancia.

Punto IV. ¡Qué contentos, qué satisfechos quedarian estos, no ya pobres sino ricos convidados; que aquel te enriquece que te hace plato! ¡Cómo igualaria ahora lo agradecido á lo hambriento! ¡qué de gracias repetirian al Señor del convite los que no se habian visto

satisfechos hasta este dia! ¡qué parabienes se daria unos á otros de su dicha, á vista de la desdicha agena! ¡y cómo la reconocerian y la celebrarian! * Alma, reconoce tu dicha, levanta tu voz con la agradecida Reina de los cielos, magnificando al Señor, y diciéndole: á los hambrientos llenó de bienes, y á los fastidiosos ricos los dejó vacíos: muéstrate tan agradecida cuanto fuiste honrada: pide á los Ángeles te presten sus lenguas, si ya para el gusto ahora para el agradecimiento. Saca llegar á comulgar como pobre hambriento á la gran cena.

MEDITACION XXX.

Para recibir al Señor, como tesoro escondido en el Sacramento.

DÉCIMA.

Si por el tesoro lloro
Escondido, le hallaré,
Pues á la luz de la fé
No hay escondido tesoro.
Mas ¡ay! que en mi culpa adoro
Otro tesoro fingido,
Y buscándole perdido,
No quiere saber mi audacia
Que en el campo de la gracia
Está el tesoro escondido.

PUNTO I.

Considera cuando un hombre de riquezas llega á tener noticia de algun gran tesoro escondido, ¡con qué facilidad lo cree, con qué diligencia lo procura! No se echa á dormir el que no sueña en otra cosa que en enriquecer; no come ni bebe hidrópico del oro: su primera diligencia es comprar el campo, donde sabe que está, para tenerle mas seguro; él mismo se pone al trabajo de cavarlo, porque de nadie se fia; la esperanza de hallarle

desmiente su fatiga, y no siente que revienta de cansancio, el que revienta de codicia; crece el ahinco al paso que se va acercando á él, y alienta los cansados brazos el codicioso corazon. * Alma, hoy te ha dado noticia la fé de aquel tesoro tan grande como infinito, escondido en un campo de pan tan precioso, que encierra en sí toda la riqueza del cielo: pobre eres y volveras rica si le hasllas; logra esta misericordia, y saldras hoy de miseria: aquí tienes en esta Hostia todos los tesoros eternos; ¿cómo no los buscas diligente? ¿cómo no los logras dichosa? Muy á mano tienes el tesoro, gózale á manos llenas, llega á la sagrada Comunion con el anhelo que un avaro á un gran tesoro.

Punto II. Llamó Pablo estiercol á las riquezas de este mundo, y con razon, pues vienen á parar en basura, son corruptibles, y dejan burlados á sus necios amadores; son inmundas y ensucian de vicios el corazon: locura sería, y grande, llenar los senos de basura, pudiendo de ricas joyas; cargar en el monton de lodo, pudiendo en el de oro. Esto hacen los hijos de este siglo, bastardos del eter-

no; desprecián el tesoro del Altar, y estiman el muladar del mundo. * No seas tú tan sin juicio, cuando de tan mal gusto, que pierdas un tesoro en cada comunion por un vil interes, por un sucio deleite, por una necia pereza: llega con codicia y volverás con dicha.

Punto III. ¡Qué contento se halla el que halló el tesoro escondido, y mas si precedieron en él lo codicioso y lo pobre! ¡con qué afan le va descubriendo, y con qué gusto gozando! Viéndolo está y no lo cree, y no fiándose de los ojos, llega á satisfacerse con las manos; ¿pero qué mucho si todos los sentidos y potencias tiene allí empleados, sin divertirse á otra cosa, porque nada se pierda, que hanse de llenar los senos, y aun los ensancha para que quepa mas? La carga le es alivio, y el pesar es de que no pesa mas. Ya vuelve de su casa al campo sin parar un punto, mientras halla que llevar: vacia los senos y llena las arcas, y vuelve con diligencia á cargar: vuelve y revuelve, mira y remira, busca donde ya buscó, que esto es atesorar para toda la vida. * Alma, tú que hallaste el riquísimo tesoro, tan escondido como Sa-

cramentado en el campo del Altar, ¿con qué afecto debias llegar á lograrle? ¿con qué atencion á descubrirle? ¿con qué ansia á recoger? ¿con qué gusto á gozar? Mas ¡ay que no conoces el bien que tienes, no sabes lo que vale, y lo que te importo! Reitera los caminos en frecuentes y devotas comuniones, y enriquecerás; acaba de deponer tu tibieza enemiga de la riqueza; mira que atesoras para tí y para pasar toda tu vida, y esa eterna, con dicha y con descanso.

Punto IV. ¡Con qué gozo reconoce su felicidad el que halló el tesoro! Cada dia renueva la memoria de su dicha, teniendo muy presente aquella primera alegria; estima toda la vida aquel punto en que salió de miseria, y consagra el feliz dia á la eternidad, señalándolo con piedra blanca y aun preciosa. ¡Qué agradecido le queda al que le dió la noticia! Y ya que no admita parte en las riquezas, ríndele gracias: cuenta una y muchas veces su suerte á sus confidentes, congratulándose con ellos de su ventura. * ¡Oh alma, si conocieses tu dicha, cómo la estimarias! Si llegases á entender la infinita preciosidad de este maná

escondido, que es maná para el gusto y piedra cándida en la dichosa suerte, ¿qué gracias que darias al Señor? Repite su memoria cada instante, y frecuentántolo cada dia, advierte que es tesoro infinito que nunca se agotará, antes cada dia le hallarás entero, siempre el mismo. Muéstrate agradecida al Señor que lo reservó para tí, mira no pierdas por ingrata ni lo malogres desconocida: vive de él toda tu vida, que será vivir á Dios por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXXI.

Para llegar á la Comunion con el fervor de los dos Ciegos que alumbró el Señor.

DÉCIMA.

¿Qué quereis Ó Ciego, vos?
Le dijo Jesus al Ciego;
Y el Ciego respondió luego,
¿Qué he de querer? ver á Dios.
Al punto se vió en los dos
La gracia con su poder:
No quieras pues, alma, ser,
Ya que has querido cegar,
La que por falta de hablar
Pierda para siempre el ver.

PUNTO I.

Considera cómo se previene de la vis-

ta de la fé el fervoroso Ciego de Jericó para conseguir la corporal. Sale en busca del Salvador, sin acobardarle el recelo de los tropiezos, ni embargarle la pereza con escusas de imposibilidades: vé que no vé, y vé lo que le importa el ver; y así sale de su casa dejándose á sí mismo: lo primero no le falta lengua para gritar, aunque le falten ojos para ver; y quien lengua tiene para confesar sus: males, al remedio llegará: parea la omnipotencia con la misericordia de Jesus: así le nombra empeñándole en tan saludable nombre. "Jesus, dice, hijo de David el manso, no degenereis vos de misericordioso: Jesus, hijo de David, á quien le fue prometido el Salvador, dadme á mí salud: tened, Señor, misericordia de mí: vos, y de mí: vos un Dios infinito; de mí un vil mosquitillo: vos sois mi Criador, vos habeis de ser mi remediador: vos me disteis lo mas, que es el ser, dadme lo menos que es el ver; no seais Dios escondido para mí, siendo tan conocido en Judea." De esta suerte diligencia su remedio á voces de oracion. * Imagínate á tí ciego de tus pasiones sin ver lo mas que te importa, sin conocer á

tu Dios y tu Señor: grande es la ceguera de tu ignorancia, mayor la de tus culpas; pues mira, ciego, que hoy tienes aquí al mismo Jesus y Salvador, sino en Jericó en el Altar: da voces si quieres ver; ahora si deseas salud, para conseguir tan gran bocado: quien lengua tiene para pedir perdon al cielo, llegará: acude guiado de la fé, llámale no ya hijo de David, sino *Jesus hijo de María* que es mejor, haya misericordia para mí.

Punto II. Veníase acercando el Salvador hácia el Ciego: ¡gran dicha no estar lejos el Señor! Perdíale de vista con los ojos del cuerpo, cobrábale con los del alma: válese de la voz cuando no puede de la vista, esforzándola con alientos de favor, y prorrumpe en voces de esperanza. "Jesus, dice, que es decir, fuente de salud y de vida, haya para mí una gota; si vos, Señor, no me remediais, ¿quién será bastante? No seré yo tan maldito que confie en algun hombre: no dan vista las criaturas, antes la quitan." Reñíanle unos y otros enfadados de sus voces, no esperimentados de su miseria: decíanle ellos que callase, y escuchábale Jesus, y daba mayores gritos."

Señor, ten misericordia de mi miseria: si yo no os veo á vos, vos bien me veis á mí. ¿Qué quereis, le dice Cristo, para que conozca mas su necesidad y su remedio? y responde él: "¿Qué puedo yo querer sino el veros, que en vos lo veré todo, Dios mio, y todas mis cosas?" * Oye, alma, que contigo habla el mismo Señor, y te dice: "¿Qué quieres? ¿qué buscas? »Pide mercedes á quien te convida con »su cuerpo y sangre; porque ¿qué no te »dará quien se te da todo? Yo soy tu cen»tro, descansa en mí." ¿Qué quieres? pregunta el Señor. Respóndele tú: "¿Qué puedo yo querer sino á vos, el veros y gozaros, recibir y recibiros? Cerrad mis ojos á la vanidad, abridlos á su blanco." ¿Qué quieres? y es decir: ¿sabes qué cosa es comulgar? *Scitis, quid fecerim vobis.*

Punto III. No se mostró menos misericordioso el Señor con otro ceguezuelo de nacimiento, antes mas misterioso; pues pudiendo con sola su palabra curarle, tomó lodo y púsosele en los ojos haciendo colirio del que parecia estorbo: cogió tierra y amasóla con su saliva; con que la convirtió en un terron

de cielo, y fue remedio la que ya daño: de los polvos de su humildad quiso saliese el lodo para su salud: abrió los ojos cuando parecia se los tapiaba: con esto, y con lavarse, alcanzó tan buena vista, que pudo ver cuanto pudiera desear. * Pondera ahora la ventaja de tu favor, pues no te aplica el lodo amasado con su saliva, sino su mismo cuerpo amasado con sangre, y lleno de su divinidad; ponle no solo en tus ojos, sino dentro de tu pecho; ponle en los ojos de tu alma, con conocimiento y afecto; reconoce que para darte á tí la vista, te da sus mismos ojos: mira ya con los de Cristo, habla con su lengua, camina con sus pies, vive con su vida, diciendo con san Pablo: "Vivo yo, mas ya no yo, porque Cristo vive en mí, él es el que mira y él es el que habla en mí." Saca que si la saliva del Señor obra tan eficazmente, que da vista á un ciego, ¿qué no obrará en el que comulga la carne y sangre del Señor, unidas con su divinidad?

Punto IV. Recibió tal alegría el Ciego con la vista, que iba dando saltos de placer, corriendo á la eterna corona.

Volvió luego al Señor agradecido á lograr la vista viéndole, que no hay otro que ver; á emplear la lengua ensalzándole. Confesábale por su Dios y Señor: apesar de aquellos ciegos de envidia, póstrase pecho por el suelo para ensalzar á su Redentor; pone sus rodillas en la tierra, que le fue puesta en los ojos; adora á su Criador, y alaba á su Remediador; siempre que abriese los ojos para ver, abriria su boca para agradecer el favor. * Oh con cuánta mayor razon debes tú, alma mia, rendir gracias al Señor de una merced tan divina: ten fija siempre la mira en el Señor, para que libres tus pies de los lazos de Satanás; y pues tienes ojos de fé para ver y conocer tu Dios y Señor en esa Hostia, trata de hacerte lenguas en celebrarle, y ensalzarle por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXXII.

Para recibir al Señor del modo que fue hospedado en casa de Zacarías.

DÉCIMA.

Con ser Prima y con ser Santa
Isabel de Dios bendita,
Túrbase de la visita,
Y humildemente se espanta:
Juan ya en el vientre adelanta
Su alegria con saltar
Hácia el cordero egemplar;
¿Y yo con fé y con derecho
Duermo cuando está en mi pecho
El Cordero del Altar?

PUNTO I.

Meditarás hoy la humildad de María, la devocion de Isabél, el pasmo de Zacarías, la alegría de Juan, y las misericordias del niño Dios. Considera qué desprevenida juzgaria su casa santa Isabél para recibir los Reyes del cielo que se le entraban por ella. Incrédulo Zacarías á las dichas y mudo á los aplausos, el niño Juan poco fuera encerrado en la materna clausura, si no lo estuviera

mas en la cárcel de la culpa. Isabél por lo anciana inutil, y por lo preñada impedida al debido cortejo, viendo esto, acógese á la humildad, y echando por el arbitrio del encogimiento, que él es la mayor preparacion para tan grandes huéspedes, suple con humillaciones las faltas de prevenciones. * Pondera tú que has de comulgar, que viene hoy el mismo Rey y Señor á visitar tu casa; si allí metido en la carroza virginal, aquí en una Hostia; si allí bajo las cortinas de pureza, aquí entre accidentes de pan: mira cuan desprevenido te hallas, qué falto de las virtudes con que quiere ser agasajado este Señor. Y asi da en el arbitrio de la humildad, espántate de ver que aquel Señor que ocupa los cielos, quiera hospedarse en tu pecho; encógete con mas causa que santa Isabél, y suplirás con la humildad lo que te falta de devocion.

Punto II. "¡De dónde á mí, dice santa Isabél, con ser Prima y con ser Santa, que la madre de mi Señor venga á mi casa! ¡cuándo merecí yo tanta dicha! Yo menos que esclava; ella Reina de los cielos." No dijo que el mismo Dios

y Señor, que eso no tenia ya ponderacion. Pero si con la Madre se confunde, ¿qué sería con el Infinito, Eterno, Inmenso y Omnipotente Hijo? Basta este argumento de menor á mayor, á concluir un Serafin, cuanto mas á una hormiga. ¡Gran palabra esta de santa Isabél, verdadero egemplar de todos los que comulgan. ¿De dónde á mí? * Por estas palabras debes tú comenzar, alma mia, cuando has de hospedar un tan alto Señor: repítelas muchas veces. "De dónde á mí un vil gusano, un miserable pecador, un merecedor de nuevos infiernos: á mí lleno de culpas, ingrato, villano desconocido: á mí una hormiguilla de la tierra: á mí polvo y ceniza: á mí nada y aun menos? ¿Y que venga el mismo Dios? ¿aquel Infinito, Inmenso y Eterno Señor? ¿y no solo á mi casa, sino á mi pecho? ¿Que se entre no solo por mis puertas, sino por mis labios? ¿que penetre no ya al mas escondido retrete, sino á mi corazon? ¿Cómo no me confundo? ¿cómo no desmayo? Sin duda que soy insensible."

Punto III. Atiende cómo agasaja santa Isabél á su huéspeda María, y có-

mo corteja el niño Juan al Niño Dios; que en esta casa todo va proporcionado, nadie está ocioso en ella. En viéndose libre de la culpa Juan, da saltos por acercarse al Señor, como quien dice: "Ó venid vos á mí, Dios mio y Señor mio, ó haced de modo que yo pueda acercarme á vos." ¡Oh cómo le abrazára, y apretára, y le uniera consigo, si pudiera! La voluntad bien se vió en oyendo santa Isabél la voz de la purísima Cordera: reconoce Juan el Corderito de Dios que quita los pecados del mundo: dió saltos de placer, que no hay contento como salir de pecado. * Pondera tú, que has recibido al Señor, si Juan no cabe de contento dentro de las maternas entrañas, por ver que cabe en su casa el infinito Dios: tú que le has hospedado hoy dentro de tu mismo pecho, ¿qué saltos debias dar de placer en el camino de la virtud, qué llegasen á la vida eterna? Si Juan porque le siente tan cerca de sí tanto se alboroza, tú que le tienes dentro de tí mismo, ¿cuánto te debias consolar? ¡Mas ay, que no sientes ni conoces! Allí se quedó el Señor dentro de las entrañas de su santísima Madre; y aquí pasa á

las tuyas: no se pudo acercar Juan inmediatamente al Señor, aunque hizo tan grandes esfuerzos; y tú te acercas tanto, que te unes sacramentalmente con él. Deseó san Juan llegar á sellar sus labios en los pies de aquel Señor, cuyo zapato no se atrevió despues, cuando mas santo, á desatar; y tú le recibes en tus labios, le metes dentro de tu boca, le tragas, y le comes: procura vivir de él, con él, y para él.

Punto IV. Todos quedaron gozosos y todos agradecidos. Reconoció Isabél á par de su humildad el favor; fue llena del Espíritu Santo en las mercedes y en los clamores recibiendo y agradeciendo: no disimuló su gozo el niño Juan, cuando así se hace de sentir; y ya que no puede á gritos, á saltos lo publíca; era voz del Señor, y empleóse despues en sus divinas alabanzas. Cantó la Vírgen Madre magnificando al Señor, obrador de mercedes y maravillas. * Alma, no enmudezcas tú entre tantas voces de alabanzas: sé voz de exaltacion con Juan, no mudo silencio con Zacarías: abre tu boca al agradecimiento, pues la abriste á la comida: no sea montañés tu pecho

en lo retirado, sí cortesano del cielo en lo agradecido; levanta la voz con Isabél, salta con Juan, y engrandécele con María Santísima.

MEDITACION XXXIII.

De cómo no halló en Belen donde ser hospedado el Niño de Dios, aplicado á la Comunion.

DÉCIMA.

No encuentran en Belén quien
Hospede al Niño y la Madre,
Y al que de Belén es padre
Le desconoce Belén:
A un pesebre el sumo Bien
Dió de su llanto el tributo;
Pero su gracia hizo fruto,
Pues luego encontró leales
Allí brutos racionales,
Y aquí un racional mas bruto.

PUNTO I.

Considera cuán mal dispuestos estaban aquellos ciudadanos de Belén, pues no hospedaron en sus casas á quienes debieran en sus entrañas: habíanse apoderado de ellos la soberbia y la codicia, y

así no les quedó lugar para tan pobres y humildes huéspedes: no ofrecen siquiera un rincon á quien debieran sus corazones. Ciegos del interés los parientes no ven el bien que se les entra por sus puertas, y los que no reconocen en el pobre á Dios, tampoco conocen á Dios hecho pobre. * Atiende, alma, que hoy ha de llegar á llamar á las puertas de tu casa el mismo Señor: si allí encerrado en la virginal carroza, aquí encubierto en una Hostia: desocupa el corazon de todo lo que es mundo para dar lugar á todo el cielo, que un empíreo habia de ser el seno donde se habia de hospedar este inmenso Niño: procura adornarlo de humildad y de pobreza, que estas son las alhajas de que mucho gusta este gran huesped que esperas.

Punto II. Van buscando los peregrinos del cielo un rincon del mundo donde alojarse, y no le hallan: todos los desconocen por ser desconocidos; ni aun de mirarles ni escucharles se dignan. Hé aquí que no halla cabida en el mundo el que no cabe en los cielos; y el vil gusano que no tiene cabida en el cielo, no cabe en el mundo. Iria la Vírgen de

puerta en puerta, y todas las hallaba cerradas, cuando tan de par en par las del cielo: de la casa de un pariente pasaba á la de un conocido: hacíanse todos de nuevas, preguntándola quién era. Responderia la Vírgen que una pobre peregrina, esposa de un pobre carpintero; y en oyendo tanta pobreza, dábanles con las puertas en los ojos. No digais así, Señora, que no entiende el mundo ese lenguage: decid que sois la Princesa de la tierra, la Reina del cielo, la Emperatriz de todo lo criado. * Mas ¡ay! que esos gloriosos títulos se quedan para tu puerta ¡oh alma mia! Advierte que llega hoy á ella esta Señora, y te pide que la acojas, que le des lugar donde nazca el Niño Dios: mira qué le respondes: ¡qué de veces le has negado la entrada con mas grosería que estos! Pues con mas fé avívala, y considera que el mismo Niño Dios que iba buscando allí donde nacer, aquí busca quien le reciba; allí entre velos virginales, aquí entre blancos accidentes: á las puertas de tu corazon llama, y no hay quien le responda; no halla quien le quiera el querido del Padre Eterno,

el deseado de los Ángeles. Ea, alma mia, levántate del lecho de tu tibieza, de tus mundanas aficiones; acaba, no empereces que pasará adelante á otro mas dichoso albergue.

Punto III. Estaba el Verbo encarnado sin tener donde nacer: no siente tanto que en la que ha de ser su patria le estrañen, cuanto que en la que es casa de pan no le reciban. ¡Oh cómo le acogerian los Ángeles en medio de sus aladas Gerarquías! ¡Cómo le albergára el Sol, y le ofreciera por tálamo su centro! ¡Cómo el empíreo se trasladára á la tierra para servirle de palacio! Pero esa dicha á ninguno se le concede, solo se guarda para tí. ¡Oh tú el que llegas á comulgar! ofrécele á este Niño Sacramentado por alvergue tu pecho; rásguense tus entrañas, y sírvanle de pañales las telas de tu corazon. Retiráronse á lo último cansados é injuriados á un establo que hizo su centro el Señor por lo pobre y por lo humilde; allí reciben los brutos con humildad al que los hombres despidieron con fiereza: reclinóle su madre en un pesebre, alternándole en su regazo; descansa entre las pajas el me-

jor grano, convidando á todos en la casa del pan para que todos le coman. * Alma, no seas mas insensible que los brutos: el buey reconoce á su Rey, no estrañes tú á tu dueño; mírale con fé viva, y hallarás que el mismo real y verdaderamente que estaba allí en el pesebre, está aquí en el Altar: cuando mucho, allí llegáras á acariciarle y besarle, aquí á comerle; allí le apretáras con tu seno, aquí le metes dentro de él: nazca pues en tu corazon, y asístanle todas tus potencias, amándole unas y contemplándole otras, sirviéndole y adorándole todas.

Punto IV. No hubo en la tierra quien hospedase al Niño Dios, ni quien nacido le cortejase: menester fue bajasen los cortesanos del cielo: así ellos cantaron la gloria á Dios, y dieron el parabien á los hombres, avisándoles del agradecimiento. * Alma, pues hoy se ha trasladado el cielo á tu pecho, y el Verbo Eterno del seno del Padre á tus entrañas, del regazo de su Madre á tu corazon, ¿cómo no te haces lenguas en su alabanza, y te deshaces en lágrimas de ternura? Boca que tal manjar ha comi-

do, no está bien tan cerrada. Labios bañados con las lágrimas de un Dios Niño ¿cómo estan tan secos? Pide á los Ángeles prestadas sus lenguas para imitar sus alabanzas: canta, vocea, diciendo: "Sea la gloria para Dios, y para mí el fruto de la paz con buena y devota voluntad. Amen."

MEDITACION XXXIV.

Recibiendo el Santísimo Sacramento como grano de trigo sembrado en tu pecho: Nisi granum frumenti, &c.

DÉCIMA.

La levadura de Adan
Inficionó hasta en el nombre
La grande masa del hombre,
De quien se hizo el mejor pan:
Ya nuestros campos estan
Con semilla que no engaña
Sembrados; pero la saña
Del vil enemigo impuro,
Contra el mejor trigo puro
Siembra la peor cizaña.

PUNTO I.

Considera cómo el celestial Agricul-

tor no solo se contenta con sembrar su divina palabra en los corazones de sus fieles, sino tambien el grano Sacramentado en sus entrañas. Suele pues el cuidadoso labrador antes de encomendar el fértil grano al piadoso seno de la tierra, mullirla y cultivarla muy bien; arranca las malas yerbas, porque no le embaracen; quema las espinas, porque no le ahoguen, y aparta las piedras, porque no le sepulten: que tantos contrarios tiene antes de nacer, y mucho mas despues de nacido. * Advierte que hoy por gran dicha tuya ha de caer el grano mas fecundo y lo mas granado del cielo en la humilde tierra de tu pecho, en el campo de tu corazon: procura pues prepararle primero para poder lograrlo; riégalo con lágrimas que le ablanden: arranca los vicios, y de raiz, porque no le estorben: abrasa las espinas de las codicias, porque no le ahoguen; quita los molestos cuidados, porque no le impidan; aparta las piedras de tu frialdad y dureza, porque no le sepulten, para que de esta suerte bien dispuestos los senos de tus entrañas, y desembarazados reciban este generoso grano que ha de

fructificar la gracia, y te ha de alimentar con vida eterna.

Punto II. Teniendo ya la tierra preparada, madruga el diligente sembrador; sale al campo y con liberal mano va esparciendo el mejor grano de sus troges; recógelo la tierra en su blando seno, allí lo abriga y lo fomenta: el agua le ministra jugo, el sol calor, el aire aliento: comienza el fértil grano á dar señales de vida, va saliendo á luz la virtud que encierra, ensancha sus sentidos, y estiéndese á la par hácia el profundo con humildes raices que le apoyen, y hácia lo alto con lozanas verduras que le ensalcen. * Pondera cómo hoy el diligente Agricultor de tu alma traslada del divino seno al terreno tuyo el mas substancial grano, delicias del mismo cielo: en tu pecho ha caido, abrígale con fervor, riégale con ternura, foméntale con devocion, aliéntale con viva fé, envuélvele en tu esperanza, consérvale en tu fervorosa caridad, para que arraigue en tus entrañas con humildad, crezca en tu alma, coronándola de frutos de gloria.

Punto III. Es mucho de admirar con

qué suave fortaleza va el grano de trigo apoderándose de la tierra, penetra su profundidad y rompe la superficie; desprecia el lodo porque no le ensucie, y puebla el aire donde campée; vence los muchos contrarios que le combaten, las escarchas que querrian marchitarle, las nieves que cubrirle, los yelos que amortiguarle, los vientos que romperle; y triunfando de todos ellos, sube, crece y se descuella. Trueca ya lo verde de sus vistosas esmeraldas por el rubio color de la espiga que le corona de oro, sirviéndole de puntas sus aristas. ¡Qué lindas campean las mieses! Si ya verdes, ahora doradas, alegrando los ojos de los que las miran, y mucho mas de sus dueños que las logran. * Pondera que si todo esto obra un granito material de trigo en poca tierra, ¿qué no hará el grano Sacramentado en el pecho del que dignamente le recibe? Dále lugar para que arraigue en tus entrañas, crezca por tus potencias, se dilate en tu corazon, se sazone en tu voluntad, campée en tu entendimiento, y corone de frutos de sus gracias tu espíritu. ¡Oh que bien parece el campo de tu pecho con las ri-

cas mieses de tantas y tan fervorosas comuniones! ¡Qué vista tan hermosa para los Ángeles, y qué agradable para tu gran dueño que es Dios! Sal tú con la consideracion á verlo, y con alegría á gozarlo; enriquece tu alma de manojos de virtudes, de coronas de gloria.

Punto IV. ¡Qué gozosos empuñan las hoces los segadores! ¡Con qué solaz las mueven! Y los que antes salieron con sentimiento á arrojar el grano, ya lo recogen con alegría; sembraron con el frio, y siegan con el calor: pregonan á gritos su contento; pero como villanos son mas codiciosos que agradecidos al dador, parando en relinchos profanos las que habian de ser alabanzas divinas. * Alma, tú que reconoces hoy los frutos de aquel celestial grano, multiplicados á ciento por uno, no imites á éstos en la ingratitud, pero sí en el contento; levanta la voz á los divinos loores; dedíquense los cantares de la exaltacion de tu gracia á la exaltacion de su gloria; resuenen el tímpano y el salterio ya en afectos, ya en voces; corresponda á la infinita liberalidad eterno

el agradecimiento, rindiendo á deudas de especial gracia, tributos de eterna gloria. Amen.

MEDITACION XXXV.

Para recibir al Niño Jesus desterrado al Egipto de tu corazon.

DÉCIMA.

Por no dar la sangre á quien
La muerte os anticipaba,
Y el dar la sangre os quitaba
A su tiempo por mi bien,
A Egipto fuiste, y tambien
Vuestro amor allí encontró
Gente que os desconoció;
Y aquí que otro Egipto hallais,
Ya cuerpo y sangre le dais
Al mismo que os persiguió.

PUNTO I.

Contempla qué mal le prueba la tierra al Rey del cielo: las vulpejas tienen madriguera, y las aves del cielo nidos; y el Señor no halla donde descansar: persigue el hijo de la muerte y del pecado al Autor de la gracia y de la vida. ¡Qué presto le hacen dejar la ciudad de las flo-

res al que nació para las espinas! En brazos de su Madre va peregrinando á Egipto, region de plagas y de tinieblas: pero qué bárbaros le estrañan los gitanos, y qué poco le agasajan groseros; cierran las puertas al bien que se les entra por ellas. * Alma, hoy el mismo niño Dios se encamina al Egipto de tu corazon; si allí fajado entre mantillas, aquí envuelto entre accidentes: no le trae el temor, sino el amor; no huye de los hijos de los hombres, sino que los busca, poniendo sus delicias en estar con ellos: no le hospedes á lo bárbaro gitano, sino muy á lo cortesano del cielo; pero si está tu corazon hecho un Egipto, cubierto de tinieblas de ignorancia, lleno de ídolos de aficiones, caigan luego por tierra, triunfen las palmas, florezcan las virtudes, broten las fuentes de la gracia, y sea ensalzado y adorado el verdadero Dios.

Punto II. Fue largo y muy penoso el viage de los tres peregrinos de Jerusalen á Egipto, y peor la acogida: padecieron todas las incomodidades del camino, y no gozaron de los consuelos del descanso. Nadie los queria hospedar, por-

que los veian pobres y estrangeros, y si entre los parientes y conocidos no hallaron ya posada, ¿qué sería entre estraños y desconocidos? Guardarse han todos de ellos como de advenedizos, y aun por algo dirian: vienen huyendo de su tierra; y acertáran en decir de su cielo: temen no los roben sus bienes, y pudieran sus corazones: mirábanlos como desterrados; no sabian la causa y sospechábanlos peor: no conocen el tesoro escondido, ni el bien disimulado, antes se recelan no les hurte la tierra el que viene á darles el cielo. ¿Dónde se acogerá el Niño Dios peregrino? ¿Dónde irá á parar? * Alma, á tu corazon se apela: tu pecho escoge por morada: tú que le conoces, recíbele: llorando viene, enternézcanse tus entrañas: los gitanos le dan con las puertas en los ojos: ábranse de par en par las de tu corazon: oye que llama á tu puerta con llantos y suspiros, acállale con finezas; desterrado viene del seno del Padre al tuyo, mira cuál deberia ser la acogida: de las alas de los Querubines se traslada á las de tu corazon, no basta cualquier cortejo: esclavina blanca trae, que es su color la

pureza; hospédale en medio de tus entrañas, emulacion de los mismos cielos.

Punto III. Siete años estuvieron desterrados en Egipto los paisanos del cielo: ¡qué desconocidos de los hombres! ¡qué asistidos de los Ángeles! Pero qué poco se aprovecharon los gitanos de su compañía en tanto tiempo. Así salió el Señor de entre ellos, como se vino, y así acontece á muchos cuando comulgan. No bastó el agrado del Niño Dios, la apacibilidad de la Vírgen, ni el buen trato de san José para ganarlos; fueron tan desdichados como desconocidos, y siquiera, pues se comian los dioses que adoraban, ó adoraban por deidades las cosas que se comian, bien pudieran adorar por Dios á un señor que se habia de dar en comida. *Pondera cuántos hay que reciben al Señor á lo gitano y mas friamente, que ni le asisten, ni le cortejan, no mas de entrar y salir sin lograr tanto bien como pudieran: estan muy metidos en su Egipto, y casados con el mundo no perciben los bienes eternos. No recibas tú al Señor á lo de Egipto, pues le conoces á lo del cielo, aunque ya podrias recibirle á lo gitano, comiéndote á tu

Dios, y teniendo por Dios á un Señor que es tu regalo y comida: aviva la fé, conócele, que aunque viene tan disimulado, es Rey de la celestial Jerusalen: procura no perder el fruto no solo de siete horas, sino de siete años de su morada en tu pecho, y aun de toda la vida, empleándola en tan devotas cuan frecuentes comuniones.

Punto IV. No hacen sentimiento los gitanos al ver que se les va y los deja el Niño Dios: no le ruegan se quede los que no desearon que viniese; no sienten su partida los que no desearon su llegada, ni estimaron su asistencia. No querria, ó tú que has hospedado hoy á este mismo Señor, que fueses tan desgraciado como desagradecido. ¡Oh qué poco rastro queda en algunos de haber morado este Señor en su pecho! ¡Qué poco quedan oliendo á Dios, y cuán presto al mundo! ¡Qué poco provecho sacan de sus comuniones, cuando pudieran tanto cielo! * Procura quede en tí muy fresca la memoria, muy afectuosa la voluntad, muy reconocido el entendimiento de haber entrado y haber morado este Señor en tu pecho. ¡Oh qué lindo Niño

recibiste! Mira no te se vaya, queda muy cariñoso de su dulce presencia; suspira por volverle á recibir, y si no le conociste la primera vez, procura lograrle en las comuniones siguientes.

MEDITACION XXXVI.

Del convite de las bodas de Caná, aplicado á la Comunion.

DÉCIMA.

Volvió la agua en vino allá
El convidado del cielo,
Y dejó nombre en el suelo
De las bodas de Caná.
Meditemos, alma, ya
Otras bodas que inventó
Quien contigo se casó:
Mas ¡ay! que al que vuelve en vino
La agua, y aun en ser divino,
Le vuelvo mi muerte yo.

PUNTO I.

Considera que si en otras bodas todo huele á profanidades de mundo, en estas todo á puntualidades de cielo: atenta devocion de desposados convidar al Salvador, para que principios de virtud

afiancen progresos de felicidad: ni se olvidaron de su Santísima Madre, que fue asegurar su estrella. Asistieron tambien los Apóstoles en gran argumento de la generosa caridad de los desposados; pues faltándoles su caudal para lo posible, les sobra el ánimo para lo generoso. Gran disposicion esta para haber de hospedar á Jesus, y sentarle á su mesa para merecer sus misericordias: reálzase mas el mérito, cuanto tenian menos esperiencia de las maravillas de Cristo; no le habian visto aun obrar milagro alguno, pero merecieron que comenzase. * Advierte que si has de hospedar hoy en tu casa y en tu pecho al mismo Jesus, tu Señor y todo tu remedio, esposo y convidado á las bodas de tu alma, que es preciso disponerte con otras tantas virtudes como estas, y sea la primera una viva fé, sígala una ardiente caridad con una segura confianza que le convide á obrar iguales maravillas.

Punto II. Pero es mucho de considerar como falta el vino á lo mejor del convite, y en él la significada alegría: ordinario azar de los mundanos placeres, desaparecer en un momento dejando con

la miel en los labios, y con la hiel en el corazon, y no hacen mas que brindar con el vino para llenarse de veneno. Acuden desengañados estos de Caná á procurar los gustos del cielo que son verdaderos y duraderos: ponen por medianera á la Madre, gran arbitrio para asegurar las misericordias de su Hijo: no se dice gastasen tiempo ni palabras en representar su necesidad á esta Señora, que como tan piadosa bástala el conocerla: acudieron ellos á María y María á Jesus, que es el órden del divino despacho. * Hoy, alma, con el mismo desengaño y no menor esperiencia acude en busca del celestial consuelo, que la fuente de él aquí mana en el Altar; y sobre ser el mejor vino, tiene la excelencia perenne, y aunque parece nuevo, es eterno. Deja los falsos contentos de la tierra, antes que ellos te hayan de dejar: mira que á lo mejor desaparecen, y solo Dios permanece; ellos no hartan, este divino manjar es el que satisface.

Punto III. Compasivo el Señor siempre, y ahora obligado de la súplica de su Madre, da tan presto principio á sus divinas maravillas, como á los humanos

remedios: convierte el agua en vino; esto es, los sinsabores de la tierra en consuelos del cielo: fue generoso el licor, como símbolo de este divino Sacramento, y don de tan generosa mano; que dádivas de Dios siempre fueron cumplidas: comienzan unos y otros á lograrle y juntamente á celebrarle, sin que se desperdicie una gota: todos le gustan, y todos se maravillan, quedando muy satisfechos del convite con tan buen dejo. * Pondera cuánto mas milagroso favor obra hoy el Señor con los convidados á su mesa; y cuanto es mas precioso su sabor, gusta y verás cuánto mas regalado es este vino con que te brinda; aquél fue obra de su omnipotencia, éste de su infinito amor: allí para sacar aquel vino abrió el Señor su mano poderosa; pero aquí rasgó su pecho: allí llenaron primero las hidras de agua, aquí has de llenar de lágrimas tu pecho: si tanto estimó la esposa el haberla introducido el Rey en la oficina de sus vinos, que son los divinos consuelos, ¿ cuánto mas debes tú hoy conocer el favor de haberte franqueado los perennes manantiales de su sangre? Llegad, almas ca-

rísimas, con sed, y bebed hasta embriagaros del divino amor; y dí tú con el Architriclino: "¡Oh quién hubiera logrado mucho antes esta mesa! ¡Oh quién hubiera frecuentado desde el principio de su vida, y muchas veces este divinísimo Sacramento.

Punto IV. Fueron efectos de tan escelente vino agradecidos afectos á su Autor. Luego que supieron el prodigio, lo publicaron; mas los desposados viéndose tan imposibilitados al desempeño, como obligados del favor, correspondieron con repetidos agradecimientos á Cristo y á los demas con aplausos y con razon, que un tan generoso vino que produce lilios castos, debia ser pregonado en la tierra y en el cielo. Entre todos la inventora de la pureza dió las gracias por todos, recambiando los rayos de leche purísima que ministró á su Hijo en la preciosidad de tan puros raudales que hoy recibió. Almas, suplicad á esta Señora os ayude al desempeño de tan aventajados favores en aclamados agradecimientos; que al mayor de los prodigios en gracia y en fineza no se cumple sino con singulares alabanzas. ¡Oh si

correspondiesen las gracias á la gracia! que si aquel fue el primero de las señales de Cristo, este fue el sello de sus finezas y el triunfo de su amor.

MEDITACION XXXVII.

Para recibir al Niño Jesus perdido y hallado en el Templo.

DÉCIMA.

Si aun á tu Madre, que darte
Pudiera quejas de amor,
Quieres con gracia, Señor,
Que le cueste el encontrarte;
¿Cómo al que quiso dejarte
Vienes á buscar derecho?
¡Oh abismo de amor deshécho!
¡Oh mar de cariño en calma!
Que yo te pierdo en el alma,
¡Y que te encuentro en el pecho!

PUNTO I.

Meditarás qué afligida se hallaria hoy tal Madre sin tal Hijo tan desconsolada cuan sola: la misma soledad duplica el sentimiento, pues falta quien ha de ser el consuelo de todas las demas pérdidas; no puede reposar, que sin Jesus no hay

centro; no admite consuelo, que no hay con que suplir las faltas de Dios: dicen que ojos que no ven, no quebrantan el corazon; aquí sí, porque no ven: fuentes son de agua sus ojos, porque les falta su lumbre; arroja tiernos suspiros, reclamos del ausente Dios; conoce bien lo mucho que ha perdido, y así pone tanta diligencia en buscarlo. * Pondera tú, alma mia, que si el perder á Jesus solo de vista causa tal sentimiento en su Madre, ¿qué dolor será bastante al perderle de gracia? Y cuando no sea tanta tu desdicha, llora el habérsete ausentado por tibieza: parte luego á buscarle con alas de deseos; llámale con suspiros; cuéstete siquiera una lágrima el hallarle, y si no comió la Vírgen, ni durmió hasta hallarle, cómele tú en hallándole, y duerme en santa contemplacion.

Punto II. Sale la Vírgen Madre en busca de su Hijo Dios tan deseado cuan amado; no le busca como la esposa en el lecho de su descanso, sino entre la mirra primero; gimiendo va la solitaria tortolilla en busca de su bien ausente: su voz se ha oido en nuestra tierra, que llegó el tiempo de la mortificacion: ba-

lando va la cándida Cordera, preguntando por el Corderito de Dios que ya otra vez quiso tragarle Herodes, lobo carnicero: pregunta á los parientes y conocidos, que ellos deberian saber de él; acude al templo, y lo acierta; que es seguro haber de hallar un buen hijo en casa de su buen padre. * Aprende, alma, esta disciplina y el modo de hallar á Dios; no le hallarás en el ruido de las calles, menos en el bullicio de las plazas; no entre mundanos amigos ni parientes, sino en el templo, que es casa de oracion; sea la iglesia tu centro; búscale en los Sagrarios, que allí le tiene encarcelado el amor; cuéstente lágrimas los gozos, y penas los consuelos; llámale con suspiros, y lograrás sus favores.

Punto III. Entra la Vírgen en el templo, y descubre en medio de los doctores la Sabiduría del Padre; fue su contento desquite de su dolor: bienaventurados los que lloran, pues son tan consolados despues. Enjugó lágrimas de la Aurora el amanecido Sol: serenóse aquel diluvio de llanto al parecer, con aquel arco de paz; que es grande el gozo de hallar á Dios en quien le desea, al paso que le

conoce. ¿Qué abrazos le daria? Cómo le apretaria en su seno, diciendo con la Esposa: "Hacecito de mirra fue mi amado cuando perdido, ya es manojito de flores hallado: entre mis pechos permanecerá." Tres dias le costó de hallar, y en ellos tres mil suspiros, lágrimas y diligencias, oraciones y dolores para que estimase mas el hallado tesoro. * Advierte, alma, que no te cuesta á tí tanto el hallar este Señor, pues siempre que quieres, le tienes en el Altar; mira qué á mano y qué á boca, pero no querria que esa misma facilidad en hallarle fuese ocasion de no estimarle, no digo ya perderle: recíbele hoy con los afectos y ternuras que su Santísima Madre: sella en él tus labios, que no solo se te permite que le adores, sino que le comas; no solo que le abraces, sino que le tragues: guárdale en tu pecho, y enciérrale dentro de él, repite con la Esposa: "Manojito de mirra es mi amado para mí, entre mis pechos morará ya del entendimiento, ya de la voluntad: aquél contemplándole, é inflamándose ésta."

Punto IV. Fue siempre la Vírgen

Madre tan agradecida cuan graciosa: volveria á entonar á Dios otro cántico nuevo, por haberla vuelto de nuevo su amado Jesus; vino en alas de un corazon afectuoso, volveria en pasos de una garganta agradecida, celebrando las misericordias del Señor; congratularíase ya con los Ángeles de dichosa, por haber hallado la gracia de las gracias y la fuente de todas ellas. Cómo guardaria su Niño Dios en adelante, nunca perdiéndole de vista, previniendo con agradecimientos los riesgos de volverle á perder. * Oh alma mia, tú que has hallado hoy en el Altar á este mismo Señor, asistido de almas puras, alternadas con los Ángeles, rodeada de sabios Querubines en vez de los doctores: tú, que te hallas con el Niño Dios dentro de tu pecho, ¿qué cántico deberias entonar? ¿qué gracias rendir? Conózcase en tu agradecimiento la estimacion del hallazgo; no seas desagradecida, si no quieres ser desgraciada; mira no le pierdas otra vez, con riesgo de perderle para siempre; guárdale dentro de tu corazon, pues es todo tu tesoro, mira no abras puerta á las culpas que te le robarán.

MEDITACION XXXVIII.

Del convite en que sirvieron los Angeles al Señor en el desierto, aplicado al Sacramento.

DÉCIMA.

En un desierto os advierto
Convidado y bien servido,
Pues de Ángeles asistido
Comísteis en el desierto:
Qué manjar fuera, es incierto,
Y en dudas ha de quedar;
Más me atrevo á asegurar,
Siendo aquí mi manjar vos,
Que no siendo el manjar Dios,
En vos me dais mas manjar.

PUNTO I.

Considera como se retira Cristo nuestro bien del bullicio del mundo para vacar á su Eterno Padre: ayuna cuarenta dias, enseñándonos á hermanar la mortificacion con la oracion, las dos alas para volar al reino de Dios: lo que carece el cuerpo de comida, se sacia el espíritu de los divinos consuelos. Pero qué buena preparacion toda esta de oracion

y ayuno, desierto y cielo, aspereza y contemplacion para merecer el regalo que le envia su Eterno Padre: los Ángeles le traen á los que como Ángeles viven. * Aprende, alma, lo que tu Divino Maestro obrando te enseña; menester es disponerte con esta preparacion de virtudes para sentarte á la mesa de sus delicias; huye de los hombres, para que te favorezcan los Ángeles; sea tu conversacion en el cielo, pues te alimentas del Pan de allá; prívate de los manjares terrenos, y así gustarás mas del celestial. Saca un gran cariño al retiro, á la oracion, á la mortificacion, á la aspereza de vida, y lograrás con gusto este divino banquete.

Punto II. Pero no solo precedió el ayuno de tantos dias al regalo del cielo, sino el haber conseguido tres ilustres victorias de los tres mayores enemigos, enseñándonos á vencer antes de comulgar: preceda la victoria al triunfo; quede vencida la carne en sus comidas, el mundo en sus riquezas y el demonio en sus soberbias; triunfe toda nuestra vida del deleite, del interés y de la soberbia. No admitió el Señor el falso convite del demo-

nio, y por eso logró el que le sirviesen los Ángeles; aquél le ofrecia piedras por pan, y éstos le presentan pan por piedras. Siéntase á la mesa del Rey, el que venció Reyes. * Considerate hoy convidado en el desierto de este mundo al Pan del cielo; á la mesa del Rey te has de sentar, mira si has vencido Reyes, los vicios que en tí reinan; no llegues con los yerros de cautivo á la mesa de la libertad de Hijo de Dios. Quien ha de comer con Dios y al mismo Dios, no ha de llegar ahito de las comidas del mundo; que no gustarás del Pan de los Ángeles, si llegas empachado de las piedras de Satanás.

Punto III. Sintió hambre como hombre el Hijo de Dios; pero el Eterno Padre que envió á su Profeta un pan con un cuervo, hoy envia á su hijo muy amado la comida con sus alados ministros: qué manjar fuese este, no se dice, quédese á tu contemplacion; lo cierto es que no faltaria pan, donde intervenian Ángeles, y que con un Hijo hambriento y tan amado, mucho se aventajaria este Divino Padre al del Pródigo. Pero por regalada que fuese aquella comida

de los Ángeles, no llegaria á la que hoy te ofrece á tí el mismo Señor de ellos: convidado te tiene, y él mismo se te da en manjar. * Pondera con qué gozo te sentáras al lado del Señor en el desierto, con qué gusto comieras de aquel Pan venido del cielo; pues aviva la fé, y entiende que aquí tienes al mismo Señor; con él comes, y le comes; él es el que te convida y el convite. ¡Oh si le comieses tan hambriento, como lo está el Señor de tu corazon! Mira que es regalo del cielo, cómele con apetito de allá; come como Ángel, pues los Ángeles te sirven y te envidian.

Punto IV. Dió el Señor gracias de Hijo, al que se le habia mostrado tan buen Padre, eternas como á eterno, y cumplidas como á tan liberal: levantaria los ojos como otras veces al cielo, y realzando los del alma, los fijaria en aquellas liberales manos de su Padre: celebrando el querer con el poder, reconoceria el entendimiento estimaciones, y lograria la voluntad continuos afectos. Entonaria himnos que proseguirian los Coros angélicos, empleando todas sus fuerzas y potencias en agradecer el bien

que todas habian participado. * Imita, ó alma mia, á este Señor en dar gracias, pues en recibir favores: agradece al Eterno Padre el haberte tratado como á hijo. ¡Qué mucho resuenen cánticos de alabanza en una boca de quien el Verbo Eterno fue manjar! Eructe tu corazon una buena palabra, y hablen tus labios de la abundancia de tu corazon: conózcase en todas tus potencias el vigor que han cobrado con este divino manjar.

MEDITACION XXXIX.

Para recibir al Señor con el triunfo de las palmas.

DÉCIMA.

Allí entró Cristo mi bien
Con palmas; aquí entra en mí,
Y aun no le recibe así
Mi ingrata Jerusalén:
¡Oh torpe esquivo desden!
¡Oh Señor, qué fiero está
Mi pecho! ¡qué pago os da!
¿Qué infiel pueblo como yo?
Pues quien ya os crucificó,
Muy mal os recibirá.

PUNTO I.

Atiende cómo salen los humildes á re-

cibir el humilde Jesus: los pobres al pobre, los niños al pequeño y los mansos al cordero. Salen con ramos de olivo pronosticando la paz, y con palmas la victoria. No salen los ricos detenidos con grillos de oro, no los soberbios que adoran el ídolo de su vanidad, ni los regalados cuyo Dios es su vientre; así que los humildes son los que se llevan la palma y aun el cielo: rinden las capas por el suelo para que pase el Señor, que de ordinario mas dan á Dios en el pobre los que menos tienen, y al mundo los que mas. Colma el Señor su alabanza de las voces de los niños que con la leche en los labios dicen la verdad, muy lejos de la lisonja; de suerte que todo este triunfo de Cristo se compone de humildad, pobreza, inocencia, candidez y verdad. Ó tú, alma, que has de recibir al mismo Señor en tu pecho: mira que sea con triunfo de virtudes; que no hay disposicion mas conveniente que la humildad de los Apóstoles, la llaneza de una plebe, la mansedumbre de un bruto, la inocencia de unos niños, la pobreza de unos pescadores para la llaneza de un humano Dios.

Punto II. ¿Quién es este que entra con tan ruidoso séquito? preguntan los soberbios; y responden los humildes que le conocen mejor: este es Jesus de Nazaret: harto responden con decir Salvador y florido; pero responda el real Profeta y diga: Este que viene sentado en un jumentillo es el encontradizo sobre las plumas de los Querubines. Responda la Esposa: este blanco con su inocencia, y colorado con su caridad, es el escogido entre millares. Diga Pablo: este que cortejan los pueblos, es el adorado de los coros Angélicos. Hable Isaías: este que va rodeado de infantes, es el Dios de los egércitos. * Mas ó tú, alma, preguntas quién es este Señor que hoy se entra por los senos de mi pecho, triunfando de mi corazon? Oye como te responde la fé: "Este que viene encerrado en una hostia, es aquel inmenso Dios, que no cabe en el Universo: este que viene bajo los velos de los accidentes, es el espejo en quien se mira el Padre: este que adorna tus potencias, es el que cortejan las aladas Gerarquías." Si los pueblos sin conocerle así le cortejan; si los niños le claman, tú que le conoces, ¿con qué

aparato le debes recibir? ¿con qué pompa colocar en el trono de tu corazon?

Punto III. Conmuévese toda la ciudad admirando unos el triunfo, y festejándole otros: conmuévase todo tu interior; el entendimiento admire, y la voluntad arda; llénese tu corazon de gozo, y tus entrañas de ternura; dé voces la lengua, y aplaudan las manos: si allí arrojan las capas por el suelo, tiéndanse aquí las telas del corazon; aquellos tremolan palmas coronadas, levanta tú palmas victoriosas de tus rendidas pasiones, ramos de la paz interior; dejan los infantes tiernos los pechos de su madres, y con lenguas balbucientes festejan á su Criador, renuncia tú los pechos de tu madrastra la tierra, emplea tus labios en cantar, diciendo: "Bendito seais, Rey mio, y Señor mio, que venís triunfando en nombre del Señor: seais tan bien llegado á mis entrañas, cuan deseado de mi corazon: triunfad de mi alma, y todas sus potencias, consagrándolas de hoy mas á vuestro aplauso y obsequio.

Punto IV. ¡Mas ay! Que despues de tan aclamado Cristo de todos, de ninguno fue recibido, no se halló quien le ofre

ciese ni un rincon de su casa, ni un bocado de su mesa: todo el aplauso paró en voces, no llegó á las obras. Desampáronle en la necesidad los que le asistieron en el triunfo; en un instante no pareció ni un solo niño, que así desaparecen en un punto los humanos favores. Solo está el Señor en casa de su Padre, que siempre está patente á sus hijos. * ¡Oh que buena ocasion esta, alma mia, para llegar tú, y ofrécerle tu pobre morada! recíbele con aplauso, cortéjale con perseverancia, ofrécele tu casa, que como tan gran Rey, él pondra la comida, y te sentará á su lado; y en vez de leche de niño que dejaste, te brindará con el vino de los varones fuertes: la boca que se cerró á los deleites profanos, ábrase á las alabanzas divinas: prosiga la lengua que le come en ensalzarle, y corresponda al gusto el justo agradecimiento; no seas tú de aquellos que hoy le reciben con triunfo, y mañana le sacan á crucificar.

MEDITACION XL.

Caréase la buena disposicion de Juan, y la mala de Judas, en la cena del Señor.

DÉCIMA.

¡Cuán sin susto ni desgracia
Reposa Juan de memoria
En la cama de la Gloria
La comida de la gracia!
¡Y con qué susto y audacia
En vela Judas se advierte!
Alma, así trueca la suerte
Quien busca en esta comida
Gracia de vender la vida,
Gloria de comprar la muerte.

PUNTO I.

Meditarás cuán mal dispuesto llega Judas á la Sagrada Comunion, cuán bien preparado Juan: infiel aquél y traidor, revolvióle las entrañas la comida: amado Juan y fiel discípulo, sosiégala en el pecho de su Maestro. Ciego aquél de su codicia, trata de vender el pan de los Ángeles á los demonios: atento Juan, y con ojos de águila, le guarda, contem-

plándole en el mejor seno: trueca Judas la comida, recambiando el mas divino favor en el mas inhumano desagradecimiento: reposa Juan recostado en el pecho de su Maestro. * Pondera cuántas veces has llegado tú á la Sagrada Comunion como Judas; cuán pocas como Juan: qué aficionado á los bienes terrenos, qué perdido por los viles deleites: con la traicion en el cuerpo de trocar por un vil interes, por una infame venganza, por un sucio deleite, la riqueza de los cielos, el cordero de Dios, la alegria de los Ángeles. Escarmienta en adelante, y procura llegar no como Judas alevoso, sino como Juan estimador de los divinos favores, logrando dichas, y gozando premios.

Punto II. Salió Judas la puerta afuera, en habiendo encerrado el Cordero de Dios en sus desapiadadas entrañas: trueca un cielo por un infierno; no reposa como Juan, que no hay descanso en las culpas: hecho, pues, de discípulo regalado del Señor, adalid de sus contrarios, sale de entre los mayores amigos, y vase á los enemigos: tan á los estremos llega el que cae de un tan alto puesto. "¿Qué me que-

reis dar por aquel hombre, les dice, que por bien poco os le venderé? Dadme lo que quisiéredes, y será vuestro." Y respondiéronle los enemigos: "para lo que él vale, por cualquier precio es caro." * Pondera ahora el increible desprecio que hacen los pecadores de Dios: qué poco estiman lo que mas vale: prefieren un vil deleite, que ya es mucho un Barrabás, y esto sucede cada dia. Imagina tú, alma, que acercándote á Judas, le dices: "Véndemele á mí, traidor, que yo te le pagaré con el alma y con la vida, yo te daré cuanto hay y cuanto soy, porque es mi Dios, y todas mis cosas; yo conozco cuánto vale, cuánto me importa." Cómprale, alma, por cualquier precio, y cómele como pan comprado, que es mas sabroso, ó como hurtado, que es mas dulce. Mas ¡ay! que no tienes que comprarle, que de valde se te da, vendido y comprado sin plata, el manjar que no tiene precio; pero mira que no le vendas tú á precio de tus gustos, no vuelvas al vómito de tus pecados.

Punto III. Carea ahora la infinita bondad del Salvador, con la mayor iniquidad de Judas; su benignidad con la

ingratitud; su mansedumbre con la fiereza. Llega Judas al Huerto, si antes de flores, ya de espinas, hecho adalid de los verdugos, y entre los malos el peor: vase acercando á Cristo con el cuerpo, cuando apartándose mas con el espíritu; y muy descarado sella en el Divino rostro sus inmundos labios. ¡Oh mal empleada megilla que desean mirar los Ángeles! No les huye el rostro, quien se lo entregó ya en comida: no les asquea la boca, quien se depositó en sus entrañas; antes con el agrado de un cordero le llama amigo; bastára á enternecer un diamante, y habia para humanar un tigre. Mas ¡oh dureza de un pecador obstinado! Amigo, dice, ¿á qué veniste? No supo, ni tuvo que responderle Judas.* Respóndele tú cuando llegas á comulgar: advierte cómo te pregunta: "Amigo, ¿á qué vienes, á recibirme, ó á venderme? Vienes como el querido Juan, ó como el traidor Judas?" ¿Qué le respondes tú? ¿Qué te dice la conciencia? Considera que el mismo Señor tienes aquí en la Hostia, que allí en el Huerto; y no solo llegas á besarle, sino á recibirle y á comerle. Mira no llegues ene-

migo, sino afectuoso; no á prenderle, sino á aprisionarle en tu corazon; no á echarle la soga al cuello y á las manos, sino las vendas del amor. Saca llegar con una reverencia amorosa, y con un gozo fiel á recibir, y llevarte este mansísimo Cordero.

Punto IV. No dió gracias despues de la santa Cena el que comió sacrílegamente: ¿cómo habia de ser agradecido un fingido? Vendió el pan de los amigos á los mayores enemigos, que fue echarlo á los perros rabiosos, la margarita mas preciosa á los mas inmundos brutos; pero es de ponderar en qué paró, él mismo se dió el castigo, siendo verdugo de su cuerpo, el que lo fue de su alma. Sacó la muerte del pan de vida, echó aquellas impuras entrañas en castigo de su sacrílega comunion. * Considera el primero que comulgó indignamente cómo fue castigado, pagólo con ambas vidas: sea, pues, su castigo tu escarmiento; procura ser agradecido, para ser perdonado: desañúdese tu garganta á las alabanzas debidas, no sean lazo de suspension labios que se sellaron en el carrillo de Cristo, con verdaderas señas

de paz; despliéguese en cánticos de agradecida devocion en el dia que comulgas; no des luego la puerta afuera con el Señor en el pecho como Judas; sosiégate en la contemplacion como el Discípulo amado.

MEDITACION XLI.

Para comulgar en algun paso de la Sagrada Pasion.

DÉCIMA.

Alma, logra la ocasion,
Como si vieras aquí
Á aquel Señor que por tí
Padeció muerte y pasion:
Sea el puro corazon
Donde esta muerte se esculpa;
Y conoce sin disculpa,
Que está en la mesa sagrada
La Pasion epilogada
Por su gracia y por mi culpa.

PUNTO I.

Considera como Cristo Señor nuestro en aquella memorable noche de su partida, cariñoso de quedarse con los hombres, y deseoso de perpetuar la memoria

de su Pasion, halló modo para cumplir con su memoria y con su afecto; eternizó, pues, su amor y su dolor en este maravilloso Sacramento, para que fuese centro de sus finezas, y memorial de su Pasion. Encarga, pues, á todos los que le reciben que renueven la memoria de lo que nos amó, y juntamente de lo que padeció. * Llega, pues, ó tú que has de comulgar, y recibe á tu Dios y Señor Sacramentado, entre finezas y dolores; gústale sazonado entre sus sinsabores para tu mayor sabor, dulcísimo entre amarguras entre penas mas gustoso, y cuanto por tí mas envilecido, tanto de tí mas amado. Contémplale en algun paso de su sagrada Pasion, y recíbele ya regando el huerto con su sangre, y tu alma con su gracia: ya preso maniatado con las sogas crueles del odio, sobre los estrechos lazos del amor; ya como flor del campo ajada, sonroseado á bofetadas su divino rostro, porque campeen mas las rosas de sus megillas, á par de las espinas de su cabeza. Contémplale tal vez amarrado á una columna, hecho un *non plus ultra* del amar y padecer: abierto á azotes su cuerpo, y que

mana un diluvio de sangre de la cruda tempestad de tus culpas, y escarnecido de los hombres el deseado de los Ángeles; empañado con sucias salivas el espejo sin mancilla, en quien se mira y se complace su Eterno Padre; ya llevando sobre sus hombros el leño, cual otro Isaac la leña al sacrificio; finalmente levantado en una cruz con los brazos siempre abiertos para el perdon, y clavados para el castigo; fijos los pies para esperarte á pie quedo, é inclinada la cabeza para llamarte continuamente. De este modo, cuando comulgares, harás commemoracion tierna de su pasion acerba, con tu compasion afectuosa.

Punto II. Aviva, pues, tu fé, y levanta tu contemplacion, que el mismo Dios y Señor real y verdaderamente que estaba allí padeciendo en aquel paso que meditas, él mismo en persona está aquí en el Sacramento que recibes; el mismo Jesus tu bien que estaba en el Calvario le encierras en tu pecho. Considera, pues, si te halláras allí presente con la fé que ahora tienes, con el conocimiento que alcanzas, en la ocasion que meditas, en el paso que contemplas; ¿ con

qué afecto te llegáras á tu Señor, aunque fuera rompiendo por medio de aquellos inhumanos verdugos? ¿con qué ternura le habláras? ¿qué razones le digéras? ¿cómo le abrazáras? ¿cómo te compadecieras de lo que padecia él, y por tí? Acogiérasle en tu regazo y te le lleváras, hurtándole á la fiereza de los tormentos, y restituyéndole al descanso de tus entrañas. * ¡Oh alma! pues sabes como lo crees que este Señor es el mismo que aquel, haz aquí lo mismo que allí hicieras: mira que aun llegas á tiempo. Imagina cuando comulgas que llegas al Huerto, y que le enjugas el copioso sudor sangriento con las telas de tu corazon, que te acercas á la columna y le desatas para enlazarle en tus brazos, y curarle las heridas, poniendo en cada una un pedazo de tu corazon: haz cuenta que le aprietas en tu seno coronado aunque te espines, y que le sientas en el trono de tu pecho; que le trasladas de los brazos de la Cruz, donde con tanto afan pende, á tus entrañas donde descanse. Comulga una vez en el huerto, y otra en la columna; hoy en la calle de la Amargura, y mañana en el

Calvario, avivando con la fé tu devocion.

Punto III. ¡Oh cuánto hubieras apreciado el haber asistido á todos aquellos lastimeros trances de tu redencion! ¡Oh cómo hubieras logrado tu dicha aunque penosa, de haberte hallado presente en todas aquellas ocasiones en que padecia el Señor! ¡Oh quién se hubiera hallado, repite muchas veces, con el afecto que ahora tengo en aquellos doloridos pasos de la pasion! Pues advierte, que no llegas tarde, aún vienes á sazon: aquí tienes al mismo Señor que allí sufria; y si no padeciendo los dolores, representándolos, para que tú te compadezcas: y si allí cuando le vieras con la vestidura blanca llamándole todos el demente, tú digeras, no es sino mi Amante: y cuando al pie de la columna caido, revolcándose en la balsa de su sangre, alargáras tus dos manos para ayudarle á levantar, cuando los demas á caer. Si oyeras decir al presidente en un balcon: "He aquí el hombre: gritáras tú diciendo, mi Bien es, mi Esposo, mi Amado, mi Criador y Señor:" Y cuando nadie le queria y todos le trocaban por Barrabas, tú escla-

máras y digeras: "Yo le quiero, yo le deseo, dádmele á mí, que es mio, mi Dios y todas mis cosas." * Pondera que si esto hicieras entonces, y así estimáras tu suerte, logra y agradece hoy haber llegado á la sagrada Comunion: que si entonces dieras gracias por haberle recibido lastimado entre tus brazos; ríndelas mayores de haberle metido dentro de tu pecho Sacramentado: si tuvieras á gran favor llegar fervoroso á adorar aquellas llagas, reconócelo aventajado en haber llegado á comértelas: estima ya que no haber acogido en tus brazos aquel hacecito de mirra, sí de medio á medio en tus entrañas; no solo pegado al pecho, sino dentro de él, y muy unido con tu corazon. De este modo puedes llegar á comulgar, recibiendo al Señor un dia en un paso de la Pasion, y otro dia en otro: ya preso, ya azotado, escupido, coronado, escarnecido, clavado, ahelado, muerto, y sepultado en el sepulcro nuevo de tu pecho.

MEDITACION XLII.

Para comulgar con la licencia de Santo Tomás de tocar el costado de Cristo.

DÉCIMA.

Tomás Apóstol sagrado
Muy frio estuvo en la fé;
Mas Jesus lumbre le fue
Apenas tocó el costado.
¡Oh pedernal preparado
Al golpe de la razon!
¡Qué distinta propension
En mí el ardor ha deshecho!
Yo pongo el fuego en mi pecho,
Y es de yelo el corazon.

PUNTO I.

Advierte como este Apóstol por su singularidad perdió el favor divino hecho á toda la comunidad: que quien se aparta de la compañía de los buenos, suele quedarse muy á solas: entibióse en la fé, y resfrióse en la caridad: pasó luego de tibio á incrédulo; que quien no sube en virtud, va luego rodando de culpa en culpa: cegó Tomás en el alma, porque

no vió al sol resucitado entre los arreboles de sus vistosas llagas. Nególas en su Maestro, y abriólas en sí mismo; buscaba consuelo á su corta dicha en su corta fé de no haber gozado de la visita del Señor en la obstinacion de negarle resucitado ¡Qué mala disposicion esta para obligar á Cristo repita sus favores! poco lisongea las llagas, quien así renueva los dolores, no advirtiendo que mas las abre, cuanto mas las niega. * ¡Oh alma mia! como que compite con la de Tomás tu tibieza, y ojalá no la escediese: qué mala preparacion la tuya para merecer hoy la visita del Señor; si allí resucitado, aquí Sacramentado: cuando los demas gozan de los frutos de la paz, tú te quedas en la guerra del espíritu: aviva tu fé, alienta tu esperanza, enciende la caridad en la fervorosa oracion.

Punto II. Compasivo el Señor, si incrédulo Tomás al cabo de ocho dias de prueba para purificar sus deseos, dígnase de favorecerle en compañía ya de sus hermanos: que poco importa esten cerradas las puertas del cenáculo, cuando las de sus llagas estan tan abiertas, y su costado de par en par. Métese en medio

de los Apóstoles como centro donde han de ir á parar sus corazones: fijó los ojos en Tomás, que fue abrirle los del alma; mándale que se acerque, pues por estar tan lejos de su divino calor, tenia tan helado su espíritu: dícele alargue su mano, señal que no le habia dejado del todo de la suya: "Mete el dedo, le insta, »en este costado, y haz la prueba hasta »llegar al corazon, que él con su fuego »deshará el yelo de tu tibieza." Pondera la gran misericordia del Redentor, que por salvar un alma revivirá de nuevo las heridas, y hoy por curar á un Apóstol, las renueva; á Tomás helado las franquea, cuando á la Magdalena fervorosa las retira, que son para los fuertes las pruebas. * Advierte, alma, que al mismo Cristo gloriosamente llagado tienes dentro de esta hostia, oye lo que te dice: "Acércate á mí, recíbeme y tócame, no ya con los dedos, sino con tus »lábios; no con la mano grosera, sino »con tu lengua cortés, con tu corazon »amartelado: pruebe tu paladar á qué »saben estas llagas: pega esos labios se»dientos á la fuente de este costado abier»to: apáguese la sed de tus deseos en

»este manantial de consuelos." Aviva tu fé, y estima tu dicha; que si Tomás llegó á meter el dedo en el costado del Señor, aquí todo Cristo se mete dentro de tu pecho; no pierdas ocasion, tócale todas sus llagas, estimando tan aventajados favores.

Punto III. En tocando Tomás la piedra Cristo, con el yerro de su incredulidad, saltó fuego al corazon y luz á los ojos; abrió los del cuerpo para ver las llagas, y los del alma para confesar la divinidad: viendo á Cristo hecho llagas por su remedio, él se hace bocas en su confusion, y esclamando dice: "Señor mio, y Dios mio, yo me rindo, conquistado me habeis el corazon con vuestras heridas, y digo que vos sois mi Señor, mi Dios, mi Rey, mi bien y todo mi contento; Dios mio, y todas mis cosas, que en vos se encierra todo." * Pondera ahora que si Tomás con solo tocar la llaga del costado del Señor quedó contento, mudado y fervoroso, tú que le has tocado todo cuando le has recibido, ¿qué fervoroso y cuán trocado habrias de quedar todo metido en Dios, pues todo Dios está metido en tí? Con-

fiésale por tu Señor, tu Dios, tu Criador, tu Redentor, tu principio, medio y fin, todo tu bien y único centro de tus deseos.

Punto IV. ¡Qué buen gusto! ¡Qué de veces volveria Tomás á gozar de aquellas vistosas llagas, si le fuera concedido! ¡Qué sediento repitiera aquellas perennes fuentes del consuelo y del amor! * Alma, este singular favor para tí se guarda; frecuenta esta sagrada Comunion: hoy, y mañana, y cada dia te está esperando el Señor: así quieras ser dichosa como puedes. Quedó Tomás singularmente agradecido á tan singular misericordia: ya el que contradecia á todos incrédulo, confiesa con toda fé; pídeles le ayuden á agradecer, como antes á creer; propone de confesar hasta morir, aunque sea con tantas heridas, como ha adorado llagas. Procura tú ser agradecido como Tomás, y tú mas cuanto mas obligado; hazte bocas en alabarle, así como en recibirle, y á un Señor que te ha abierto su costado y sus entrañas de par en par, despliega tú esos labios; salga tu corazon deshecho ya por la boca en aplausos, ya por los ojos en ternuras.

MEDITACION XLIII.

Del convite de los dos discípulos de Emaus para recibir al Señor como Peregrino.

DÉCIMA.

Hablaron, y luego ardieron
Los discípulos de Emaus;
Pero se les fue Jesus
Apenas le conocieron:
Todo el gozo no cumplieron
Como yo le cumplo aquí;
Pues si en la comida á mí,
Tu ser mismo se me dió,
Como te conozca yo,
No he de quedarme sin tí.

PUNTO I.

Contemplarás como estos dos discípulos aunque dudosamente congregados en el nombre del Señor, luego le tienen en medio; que la conversacion de Dios es el reclamo que le trae: iban hablando de su pasion, y asi luego tiraron á su conservacion; la música mas suave que le pueden dar las cítaras del cielo: ¡qué mal dispuestos los halla para comuni-

carles sus favores, muy alejados de sí; pero el Señor compadecido se les acerca; ellos huyen, y él los busca: míralos resfriados en la fé, descaecidos en la esperanza, tibios en la caridad; pero con sus palabras de vida les va calentando los corazones, alentándoles su desconfianza, ó infundiéndoles nueva vida. * Advierte, alma, que el mismo Señor encuentras hoy en el camino de tu muerta vida; si allí peregrino, aquí milagroso; si allí con el disfraz de una esclavina, aquí de los accidentes de pan; si allí de paso, aquí de asiento. ¡Qué desalentada procedes en el camino de la virtud! ¡Qué tibia en el servicio de Dios! Llégate pues á este Señor en la oracion, para que á los golpes de sus inspiraciones se encienda en tu pecho el fuego de la devocion: habla de Dios el dia que con Dios: boca que ha de hospedar á Jesus, no ha de tomar en sí otra cosa: no hable palabra que no sea de Dios la que ha de recibir la palabra divina, y con saliva virgen llegue á gustar el pan y vino que engendra vírgenes.

Punto II. Vanse acercando al castillo de Emaus, término de su fuga: ha-

ce el Señor amago de pasar adelante, cuando mas gusta quedar; quiere que á deseos le detengan, y con ruegos le obliguen; el que se introdujo á los principios voluntario, quiere ser rogado en los progresos de la virtud; como la madre que empeña al niño en el andar, dejándole solo para que pierda el miedo: viéndole ellos tan humano cuando mas divino, pídenle se detenga; no le convidan al uso del mundo por cumplir, sino con instancias para alcanzar; respóndeles que ha de ir lejos; que en apartándose de un alma, mucho se aleja: la distancia que hay de la culpa á Dios. * Alerta, alma, que pasa el Divino Esposo á otras mas dichosas, porque mas fervorosas; menester es rogarle, lo que importa detenerle. Si estos discípulos sin conocerle asi le estiman, tú que sabes quién es por la fé, procura agasajarle: ellos le imaginan estraño, tú le conoces propio: ruégale que entre no solo contigo bajo un techo, sino dentro de tu mismo pecho; convídale que al cabo será todo á costa suya, pues él pondrá la comida y tú las ganas, logrando vida eterna.

Punto III. Facilmente condescendió

el Señor que tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres: siéntanse á la mesa y Cristo enmedio, igualándolos en el gozo y en el favor: pónenle el pan en las manos, con grande acierto, pues siempre se logró en ellas; levantarian los ojos al cielo, para que fuese pan con ojos, y divinos, y al partir de él ellos abrieron los suyos, y le conocieron Maestro; mas al mismo punto desapareció, que es en esta vida relámpago el que en la eterna sol de luz y de consuelo: dejólos con la dulzura en los labios, quedando el milagroso pan por substituto en su ausencia: dejólos envidiosos de la dicha de haberle conocido antes, y deseosos de haberle gozado, y adorádole sus gloriosas llagas, apretándole aquellos pies: ¡oh qué abrazos se prometian haberle dado, si lo hubieran conocido! * Advierte que el mismo Señor real y verdaderamente tienes tú aquí en la mesa del Altar; partiendo está y repartiendo el pan del cielo: no tardes en reconocer tu dicha, que cuando recuerdes será tarde, y quedarás apesarado de no haberla durado antes: llégate al Señor que no te se irá como á los discípulos, porque le tiene el amor

aprisionado: goza de su divina y corporal presencia, adora aquellos traspasados pies, besa aquellas gloriosamente hermosas llagas: á tí te espera, por tí se detiene, tiempo y lugar te da para que le contemples, le ames y le comas.

Punto IV. Quedaron ambos discípulos entre penados y gozosos, alternando su dicha de haber visto á su Maestro, con el sentimiento de haberle tan presto perdido: antes ido, decian, que conocido: ponderaban con estimacion el favor que les habia hecho, y repetian las lecciones que les habia enseñado; ardieron sus corazones en amor al ir, y las lenguas en el agradecimiento al volver: volverian á referir con formales palabras lo que les habia dicho, y ponderaban su eficacia y sus acciones, sobre todo el celestial agrado de su semblante: dábanse el uno á otro las enhorabuenas de su dicha, y al Señor las gracias de su misericordia: no acertarian á hablar de otro por muchos dias, y aun por el mismo camino irian reconociendo las huellas de su Maestro; siguiendo las de su santa Ley, volvieron á donde estaban los Apóstoles, diéronles parte de su dicha,

y renovaron su fruicion. * Aprende, alma, á dar gracias á tu divino Maestro el dia que te sientas á su mesa, abre tus labios á las alabanzas así como los ojos al conocimiento; mira que no la debes á tu tibieza la dicha de haberle conocido antes; no habrias de hablar de otro en muchos dias, yendo y viniendo tu lengua al sabor de tu muela, al gusto de tu paladar.

MEDITACION XLIV.

Para recibir al Señor como la Magdalena, y como á hortelano de tu alma.

DÉCIMA.

En la tierra de María
Sembrásteis como hortelano
Vuestra doctrina: y no en vano,
Porque nació en la fé pia:
No así, ¡ ay Dios! en la alma mia
Vuestras semillas saldran;
Pues aunque con todo afan
Sembrais el grano en mi suelo,
María es tierra del cielo;
Pero yo polvo de Adan.

PUNTO I.

Meditarás qué ansiosa madruga la

Magdalena en busca de un sol eclipsado, apoderóse de ella el amor, así no la deja reposar; fuera está de sí, toda es su Jesus amado, que no está donde anima, sino donde ama: deja presto el lecho la mas diligente esposa; pero qué mucho se le impida el dormir, á quien no se le permite el vivir: no se aquieta en ninguna criatura fuera del centro de su Criador; mas ¡ay! que no vive quien tiene muerta su vida, que no se dijo por ella: "á muertos y á idos no hay amor; y finezas de quien bien ama, mas allá pasan de la muerte;" herida del divino amor, y muerta del dolor, se va ella misma á enterrar en el sepulcro de su amado. * Pondera qué buena preparacion esta de oraciones y vigilias, de lágrimas y suspiros, para hallar á un Señor, que murió de amores, y vive de finezas. Madruga hoy, alma diligente, en busca del mismo Señor que allí ensayó sus finezas para amarte y favorecerte á tí; no le busques cubierto de una losa, sino de una Hostia, no entre sudarios de muerte, sino entre accidentes de vida; llora tus errores y suspira por sus favores, y conseguirás el premio de tus deseos.

Punto II. Atraido el Señor, no ya de los yerros de una pecadora, sino del oro de una amante, se le franquea, pagando en favores tan estremadas finezas; muéstrasele en trage de hortelano, por lo que tiene de Jesus florido, pretende coger los frutos en virtudes de aquellas flores en deseos: pregunta por qué llora y á quién busca, que tambien sabe que él es la causa; pero tiene gloria en oirla relatar su pena. Responde ella como de cosa sabida, que todos cree piensan en lo que ella; y no se engaña, porque ¿en qué otra cosa se puede pensar que en Dios? ¿Ni hablar de otro que de Dios? No dice que busca un muerto, que aun pensarlo es morir: restitúyemele, dice, y no te espantes de que no tema, que si me faltan las fuerzas, el ánimo me sobra; no hay horror donde hay amor: dilata el Señor el descubrirse por oirla multiplicar deseos. * Alma, advierte que aquí tienes al mismo Señor, hortelano de las almas, que las riega con su sangre; aquí asiste disfrazado entre accidentes de pan, escuchando tus amorosas finezas; pero si el amor le disimula, descúbrale tu fé; y si la Magdalena intentó lle-

vársele amortajado, llévatele tú Sacramentado.

Punto III. Gozoso el divino Hortelano Nazareno de haberla visto regar con las fuentes de sus ojos segunda vez sus plantas, viendo aljofaradas las rosas de sus llagas con las perlas de tan copioso llanto, manifiéstasele, nombrándola por su nombre: *María*, dice, y ella al punto como oveja, no ya perdida, reconoce la voz de su bien hallado pastor: nombróla con tal agrado, que pudo conocer su gran misericordia: arrojósele afectuosa á sus pies, sabido centro de su propension, y si ya otra vez cayó con el peso de sus culpas, esta con el de su amor: calóse como solícita abejuela á la fragancia que despedian sus floridas llagas; pero detúvola el Señor, diciendo: "No te acerques, no me toques, que aun »no he subido á mi Padre: quédanse para »tí las penas, resérvanse para mi Padre »las glorias, para tí las espinas, para él »las fragantes rosas." Oh alma mia, reconoce aquí tu dicha, y procúrala estimar; pues no solo no te manda este Señor que te retires recatada, sino que te acerques afectuosa; cuando á la Magdalena reca-

ta sus llagas, á tí te convida con ellas, no solo para que las toques, sino para que te las comas: oye que te llama por tu nombre, con tales demostraciones de agrado que te atraiga su bondad; si se retira su grandeza, no pierdas la sazon de comulgar, que envidiarás toda la eternidad; arrójate á aquellos pies, aprieta aquellas floridas llagas, y brotarán en vez de sangre miel dulcísima que comas, nectar celestial que chupes y con que te apacientes.

Punto IV. Pasó de favorecida á agradecida la Magdalena, y no cabiéndole el contento en el pecho, parte á comunicársele á los Apóstoles, deseando la ayuden á dar gracias y á gozar de los favores: congratúlase con ellos, no de una sola dracma hallada, sino de cinco, y tan preciosas que vale cada una un cielo: ni se contentaria con esto, sino que convidaria á los coros celestiales para que con sus aventajadas lenguas le ayudasen á adelantar las divinas alabanzas, mereciendo oir toda la vida sus agradecidos cantares. * Pondera que si la Magdalena por una vez que llegó á ver, que aun no á tocar aquellas gloriosas llagas,

á mirarlas que no á besarlas, todos los años de su vida, dia por dia, entre los alados coros celebra esta dicha; tú, alma mia, que no una sola vez sino tantas, y en tantos años, dia por dia prosigues en recibir todo el Señor, no solo en besar sus llagas sino comértelas, cómo debes repetir cada hora y cada instante las debidas gracias. Empléense á coros todas tus potencias en agradecer y engrandecer tan singulares favores: rebosen tus labios en alabanza de estas llagas, la dulzura que chupó tu corazon.

MEDITACION XLV.

Para recibir al Señor como Rey, Esposo, Médico, Capitan, Juez, Pastor y Maestro.

DÉCIMA.

Juez perdona, Rey se humana,
Pastor y Esposo convida,
Maestro enseña la vida,
Médico en la muerte sana;
Capitan el triunfo afana,
Pues es mi Dios amoroso,
Pio, sabio, amable, ansioso,
Fuerte, cuidadoso, diestro,
Juez, Médico, Rey, Maestro,
Capitan, Pastor y Esposo.

Estas siete Meditaciones que aquí van juntas, solia repartir el P. S. Francisco de Borja cuando sacerdote por los siete dias de la semana, cada dia una, y así las podrás tú aplicar tambien; y cuando no era aun sacerdote comulgaba los domingos, tomando los tres dias antes para prepararse, y los tres dias despues para dar gracias y sacar frutos.

PUNTO I.

Meditarás cuando recibieres al Señor como á Rey, cuán gran aparato previnieras si hubieras de hospedar en tu casa al Rey del suelo; pues ¡cuánta mayor preparacion debes hacer para recibir el del cielo no ya en tu casa, sino dentro de tu pecho! * Y si como á Esposo divino, trata de engalanar tu alma con la bizarría de la gracia, y con las preciosas joyas de las virtudes. Si como á Médico, deseándole con tanta ansia como tienes necesidad, despierten tus dolores el deseo, que ya él padeció por tí, y bebió la purga amarga de la hiel y vinagre, para sanarte de los graves males que te causaron tus deleites. Si Capitan, cuando toda tu vida es milicia, alístate bajo

sus banderas, llámale en tu socorro, viéndote sitiado de tus crueles enemigos. Si como Juez, aparta de tu corazon toda culpa que pueda causar ofension á la rectitud de sus divinos ojos. Si Pastor, llámale con balidos de suspiros, ya para que te saque de las gargantas del lobo infernal, ya para que te apaciente en los amenos pastos que regó con su misma sangre. Si Maestro, reconociendo primero tus ignorancias, y suplicándole que, pues es sabiduría infinita, te enseñe aquella gran leccion de conocerle, amarle y servirle. Esta sea en la preparacion cada una de estas siete Meditaciones.

Punto II. Advierte que se va acercando este Soberano Rey á las puertas de tu pecho, que son tus labios: viene con benignidad, sálgale á recibir tu alma con grandeza; pídele mercedes, que quien se da á sí mismo nada querrá negarte: ya llega el único amante de tu alma, salga pues á recibirle en sus entrañas, entre afectos y finezas: ya sube el Médico divino, que es la salud y la medicina, la alegría de los enfermos, y él padeció primero los dolores; represéntaselos uno por uno, y pídele el remedio

de todos. Arrímase ya el valiente capitan á tu pecho, entrégale el castillo de tu alma, no te hagas fuerte en tus flaquezas. Ya te toma residencia el rigoroso Juez, échate á sus pies, confesando con humildad tus graves culpas, y conseguirás el perdon de ellas. Ya te viene buscando el buen Pastor, oye sus misericordiosos silvos, síguele con cariño, y toma de su mano el pan del cielo. Ya se sienta en la cátedra de tu corazon el divino Maestro, escúchale con atencion, y apasiónate por su verdadera doctrina.

Punto III. Logra el favor que te hace este gran Monarca, mira que es tan dadivoso como poderoso; sábele pedir á quien te desea dar, que él puede darte, y quiere. Estréchate, alma, con tu enamorado esposo, y pues él te abrió sus entrañas, recíbele en las tuyas; muchas heridas le cuestas, sacarás por sus llagas sus finezas: llámale tu vida, pues la perdió por quererte. Aplica los remedios que te trae este gran Médico, cuando hace de su propia carne y sangre medicina; él se sangró por tu salud, y murió por darte á tí la vida. Sigue á tu Capitan, que va delante en todas las pe-

leas, ni te faltará el pan, pues él se te da en comida; pelea con valor, que él recibirá por tí las heridas; no desampares su estandarte hasta conseguir la victoria. Escucha, alma, é inclina tu oreja á tan sabio Maestro, que es la sabiduría del Padre; en comida se te da para que aprendas mejor, como al niño que le dan las letras de azucar, para que con gusto las aprenda; entrarán con sangre, pero no tuya, sino del maestro, que él llevó los azotes por la leccion que tú no supiste. ¿Qué descargos le das á un tan misericordioso Juez, que quiso ser sentenciado por tus culpas? ¿Y el que no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca, satisfizo por tu malicia? Pídele misericordia, y propon una gran enmienda; no te confiscará los bienes, antes para que tengas que comer, él se te da en comida. Júntate al rebaño de tu buen pastor, que es juntamente tu pasto regalado; él se espuso por tí á los lobos carniceros que se cebaron en su sangre, hasta no dejarle una gota; señal que no es mercenario: en sus mismas entrañas te apacienta, y en sus hombros te conduce al aprisco de su cielo.

Punto IV. Corresponde agradecida á un Rey tan generoso, y queden vinculadas las mercedes en eternas obligaciones de servirle. Logra en agrados los favores de tu esposo, y procura guardarle lealtad, que te va no menos que la vida, y esa eterna. Paga en agradecimientos tan costosos remedios, y guarda la boca de tus gustos para emplearla en sus loores. Oiga el mayoral del cielo los balídos de tu contento en alabanzas, y tu capitan los aplausos de su triunfo. Resuenen los victores á tu sabio maestro, y sea la mayor recomendacion de su doctrina el platicarla en tu provecho. Preséntale al benigno juez tu alado corazon, tan agradecido á su misericordia, cuan contrito de su miseria: reconoce que vives por él, y que de favor suyo no estás ardiendo, hecho tizon eterno del infierno.

MEDITACION XLVI.

Para recibir al Señor como á tu Criador, Redentor, Glorificador y único bienhechor tuyo.

DÉCIMA.

Alma, sabe que recibes,
Cuando al Angel te prefiere,
A quien, si por tí no muere,
Por tí murió, y por él vives:
Y pues es justo que avives
El fuego de la memoria,
Contempla con fé notoria
Que el mismo que vé tu audacia
Te redimió con su gracia,
Y te espera con su gloria.

PUNTO I.

Considera el que recibió todo su bien de otro con qué agasajo le recibe cuando se le entra por su casa; pone á sus pies cuanto tiene, porque sabe le viene de su mano; todo le parece poco respecto de lo mucho que le debe; no le pesa de que no sea mas lo recibido, sino porque no le puede servir con mas; confiésale por su bienhechor, porque le hizo persona, y pone sobre su cabeza al que le levantó del polvo de la tierra. * Oh tú

que comulgas, ¿quién es este Señor que hoy hospedas en tu pecho? Mira si le debes cuanto eres. Él te sacó de la nada para ser mucho, pues te hizo; no le recibes en casa agena, que él la edificó con sus manos; él te da la vida, empléala en servirle; él te da el alma, empléala en amarle; recíbele como á tu único bienhechor; abre los ojos de la fé, y verás en esta hostia al Señor que te ha criado; métele en tu pecho por mil títulos debidos; ponle en tus entrañas, pues son suyas; conozca tu entendimiento cuyo es, y ame la voluntad un fin que es su principio. Sobre todo confúndase tu corazon de haber convertido en instrumentos de su ofensa los que ya fueron dones de su liberalidad, favores de su infinita beneficencia.

Punto II. Poco es ya dar la vida á uno, mucho sí darla por él, morir para que él viva, y aun esto es poco; el estremo de un bienhechor llega á morir por el mismo que le mata; redimir á quien le vende, y rescatar á quien le compra: ¿vióse tal estremo de amar? Solo pudo caber en un Dios enamorado. * Hombre, por tí murió que tanto le has

ofendido: ¡el Señor por un vil esclavo de Satanás! Mira qué estremos estos: ¡Dios y morir, vida y muerte, y por tí un despreciable gusano! Permitió ser injuriado por honrarte; fue escupido para que tú lavado; fue reputado por ladron, el que da el paraiso á los ladrones, y se te da á sí mismo en el Sacramento; todo lo quiso perder por ganarte á tí, hacienda, vida, honra, hasta morir desnudo en un palo. Bien pudiera este divino amante de tu alma haber buscado otro medio para tu remedio; pero escogió el mas costoso para mostrar su mayor amor; no quiso se digese de su fineza, que podia haber sido mayor, que pudo haber hecho mas. Vióse desamparado de su padre, por no desamparar á una desagradecida villana de quien se habia enamorado. Recíbele pues en esta comunion de hoy, como á Redentor de tu alma, como á Salvador de tu vida; ofrécele cuanto tienes, hacienda, honra y vida, á quien la dió primero por tí; hospeda en tu pecho al que abrió su costado para meterte en él: llene tu boca de su preciosa sangre el que no alcanzó una gota de agua en su gran sed: en-

dulce tus labios con su cuerpo el que sintió ahelada su boca con hiel; y pues no omitió el Señor cosa alguna que pudiera haber hecho por tí, no dejes tú cosa que puedas hacer en su santo servicio.

Punto III. Recíbele ya como á tu eterno Glorificador, que será echar el sello á todas sus misericordias, y coronarte de miseraciones. Gran favor fue el criarte de la nada, mayor el redimirte con cuanto tenia; haberte hecho católico cristiano, cuando puso á otros entre infieles que le hubieran servido harto mejor, si le hubieran conocido; el haberte sufrido tan pecador, cuando otros con menos culpas estan hechos tizones de las eternas llamas: haberte justificado y alimentado con su cuerpo y sangre. Grandes son todos estos favores, dignos de todo agradecimiento y conocimiento; pero el que los corona todos, es el haberte predestinado para su gloria como lo crees, y que te ha de glorificar como lo esperas; recíbele pues como á tu último fin, que él es tu *alfa* y tu *omega*; él es paradero de tus peregrinaciones, descanso de tus trabajos, puerto de tu salvacion y centro de tu felicidad. Aviva

tu fé, que el mismo que has de ver y gozar en el cielo, este mismo Señor real y verdaderamente tienes encerrado en tu pecho como prenda de la gloria.

Punto IV. Llámase este divinísimo sacramento Eucaristía, que quiere decir buena gracia, porque siendo gracia infinita que el Señor nos hace, solicita el perpetuo agradecimiento en el que comulga: no hay otro retorno al recibirle una vez, sino volverle á recibir otra: esta es la mayor accion de gracias; ni hay otro desempeño de tantas mercedes, como dignamente recibirle, y comulgar cáliz por cáliz, y pagar los votos al Señor en públicos aplausos delante de todo su pueblo; y no queda ya sino una preciosa muerte en el Señor despues de haberle recibido, que es gran modo de agradecer un gran don de Dios recibiendo otro. Anegado te hallas en beneficios, anégate pues en su sangre; agradecerás como debes, si amas como conoces. De esta suerte podrás comulgar varias veces, recibiendo un dia al Señor como á tu Criador, y otro como tu Redentor; si hoy como Justificador, mañana como tu Glorificador.

MEDITACION XLVII.

Para comulgar en todas las festividades del Señor.

DÉCIMA.

¡Oh luz de eterna verdad!
¿Cómo así en sombras estoy,
Sin que sepa lograr hoy
Tan grande festividad?
¿Cómo de la claridad
La fé sus rayos no envia?
¡Oh Dios de eterna alegría,
Quién asistiéndole Vos
Gozára el dia de Dios
Por el misterio del dia!

PUNTO I.

Pondera cuán gran dicha hubiera sido la tuya si te hubieras hallado presente con la fé que alcanzas al misterio que meditas. Con qué devocion te preparáras, y con qué gozo asistieras. Porque si te despertára el ángel aquella noche alegre del nacimiento, con qué diligencia te levantarias, con qué afecto acudieras á gozar del Niño Dios nacido; cómo lográras la ocasion de verle y con-

templarle fajado entre pañales, al que no cabe en los cielos; recostado entre pajas, al que entre plumas de Querubines llorando la alegría de los Ángeles: y en el dia de la Circuncision cómo acompañáras con tus lágrimas las gotas de su sangre; con qué consuelo gozáras de aquel rato del cielo en el Tabor; cómo madrugáras la mañana de la Resurreccion en compañía de la virginal aljofarada Aurora, á ver salir aquel glorioso Sol entre los alegres arreboles de sus llagas. Con cuán devota pureza te previnieras para subir al monte el dia de la triunfante Ascension del Señor, y cómo se te llevaria el corazon tras sí el centro celestial: con qué fruicion lográras todas estas ocasiones; con qué fervor asistieras á todos estos misterios. Pues aviva tu fé, y entiende que el mismo Señor real y verdaderamente que allí vieras y gozáras, el mismo en persona le tienes aquí en este divinísimo Sacramento, y si allí en un pesebre, aquí en el Altar; si allí fajado entre animales, aquí entre accidentes; allí grano entre pajas, aquí sacramentado te le comes; si en el Tabor le vieras vestido de nie-

ve, aquí revestido de blancura; si en la Ascension te le encubriera una nube, aquí te le esconde una hostia. Procura disponerte con la misma devocion, pues la realidad es la misma; avívese tu fé, y se despertará todo afecto: crezca pues en tí el fervor al paso que tu dicha.

Punto II. Pondera con qué gozosa ternura fueras entrando por aquel portal de Belén, tan vacío de alhajas, cuan lleno de consuelos: con cuán cariñosa reverencia te fueras acercando al pesebre, y enterneciéndote con el humanado Dios; con qué atenciones le asistiéras, con qué afectos le lográras, y no contentándote de mirarle, llegáras á tocarle y abrazarle Niño tierno, y tú enternecido. Aviva pues tu fé, alienta tu tibia confianza, y llega hoy si no al pesebre, al Altar; no te contentes con besarle y abrazarle, sino con comértele: abrígale con las telas de tu corazon, y apriétale dentro de tu mismo pecho; si en la Circuncision le viéras derramar perlas en lágrimas y rubíes en sangre, precioso rescate de tu alma, ¿cómo te compadeciéras? Sin duda que ese corazon, esceso

de los diamantes en la dureza, con la sangre de aquel herido Corderito se ablandára hasta dilatarse á pedazos por los ojos. Recoge hoy no algunas gotas de su sangre como entonces, sino toda ella dentro de tu corazon; y si allí procuráras acallarle allegándole á tu pecho, métele hoy dentro de él. Si en el Tabor desmayáras al verle Sol de la belleza, y cuando mucho le miráras de lejos, contémplale hoy desde cerca; sea tu pecho un Tabor, y tu corazon un tabernáculo, esclamando con san Pedro: "Señor, bien estamos aquí, vos en mí, y yo en vos." Aquí le tienes resucitado, llega en compañía de la Vírgen Madre á gozar de aquellas fragantes rosas de sus llagas; á reconocer entre aquellas cuchilladas de la carne las entretelas brillantes de la divinidad, y no solo te permite que le toques y le adores, sino que le metas dentro de tu pecho. Detenle aquí tan glorioso como subia al cielo, y condúcele á tu corazon, que no se te asentará como allí, sino que entrará triunfante en tus entrañas: sea un cielo tu pecho; despierta la fé, y renovarás la fruicion de todos sus misterios: que el mismo

Señor real y verdaderamente tienes aquí cuando comulgas, que vieras y gozáras en todas aquellas ocasiones.

Punto III. Procura sacar en esta comunion todos los provechos que sacáras si te halláras presente al misterio que se celebra; y pues tienes al mismo Señor real y verdaderamente que allí tuvieras, pídele las mismas mercedes, sabe pedir á quien tan bien sabe dar: con qué memoria quedáras de haber visto y gozado de tu Dios y Señor en cualquier misterio de estos; sea pues hoy igual tu gozo, pues lo es tu dicha: qué hicieras de contarla entonces; agradécela ahora, que no intiman silencio como á los Apóstoles en el Tabor, antes solicitan tu devocion á las divinas alabanzas. ¿Qué daré yo al Señor, decia el Profeta Rey, en retorno de tantas mercedes? Cáliz por cáliz: sea esta comunion gracias de la pasada, así como aquella fue disposicion para esta. ¿Quién bastára á sacarte del portal una vez dentro con los pastores? ¿Quién bajarte del monte con los discípulos? ¿Quién moverte del sepulcro con las Marías? Aquí tienes todo eso en el Altar y aun mas cerca, pues en tu pe-

cho: sosiega en la meditacion, y permanece en alabar y glorificar al Señor. Amen.

MEDITACION XLVIII.

Para comulgar en las festividades de los Santos.

DÉCIMA.

Alma, dad el parabien
Al Santo que hoy os convida
En la mesa de la vida
A lograr el mayor bien:
Y sabed, que siendo quien
Del mismo Dios goza ya,
Ventaja á vos no os hará
En lo que ya gozais vos;
Que el mayor favor de Dios
Fue dar lo que á vos os da.

Facil fuera, pero prolijo, disponer su especial Meditacion para comulgar en la festividad de cada Santo; podrá pues cada uno escoger alguna de las propuestas, la que viniere mas ajustada al dia y á la vida del Santo; pero si á alguno le pareciere que comulgaria con mas devocion con alguna consideracion mas pro-

pia de la fiesta, elegirá algun paso ó circunstancias de la vida que diga con la Comunion, disponiéndola en forma de Meditacion de esta suerte;

PUNTO I.

Considera algun favor especial que hizo el Señor á este Santo: como si has de comulgar el dia de Santiago el Mayor, pondera el llevarle Cristo consigo al Tabor, y comunicarle su gloria: vuelve luego y considera cuánto mayor favor obra el Señor contigo, pues no solo te permite á su lado, sino que se entra por tu pecho; procura pues disponerte á imitacion del Santo con singulares virtudes para conseguir tan especiales favores. A san Mateo le llamó fuese con él á su casa y se dejó convidar de él; á tí te llama hoy el mismo Señor, éntrase por tu pecho, y te convida con su precioso cuerpo. A san Felipe le preguntó de dónde sacarian el pan para los cinco mil convidados; á tí no te dificulta, sino que te franquea el Pan del cielo. Qué gozoso se halló san Andrés cuando vió al Señor, y oyó decir al Bautista: hé aquí el Corderito de Dios; fuese luego tras él, le

preguntó dónde moraba: oye como te dice á tí lo mismo el Sacerdote cuando llegas y te comes el mismo Cordero de Dios. Alégrate con tu buena suerte el dia de san Matías, y prepárate como vaso de eleccion el dia del apóstol san Pablo, pues has de llevar en tu pecho no solo el nombre, sino el cuerpo del Señor; procura pues disponerte como estos justos, que si ellos para recibir los favores del Señor, tú al mismo Señor, fuente de todas las misericordias.

Punto II. Pondera como estos Santos estimaron las mercedes del Señor, y las supieron lograr; conoce tú el favor que te hace hoy tan singular, sábelo gozar y agradecer: abrásate pues en el fuego del amor como Lorenzo; que si él sazonó su cuerpo para la mesa de Dios, hoy el Señor sazona al fuego del amor su cuerpo para tu comida. Si Ignacio se consideraba trigo molido entre los dientes de las fieras para ser pan blanco y puro, el mismo Señor se te da en pan, molido en su Pasion y sazonado en amor. Si san Bartolomé sirvió su cuerpo desollado en el convite eterno, el Señor te presenta en comida su cuerpo todo

acardenalado y herido. Si Santiago era consanguíneo de Cristo y muy parecido á él, tambien eres tú consanguíneo del Señor, pues te alimentas de su carne y sangre; procura parecerle en todo, y aun ser una misma cosa como él. Si san José fue el aumentado en los favores, el crecido en las dichas porque llevó al Niño Dios en sus brazos tantas veces, tú que le tomas en tu boca, le guardas en tu pecho, crece en la perfeccion así como en el favor. A san Lucas se le permitió sacar una copia, á tí el mismo original; imprímele en las telas de tu corazon.

Punto III. Rindieron singulares gracias todos estos Santos al Señor por tan singulares mercedes; esclamó Esteban cuando vió á Cristo asomado á los balcones del cielo en pie; prorrumpe tú en alabanzas al verle dentro de tu pecho; alábale con santa Teresa, porque se desposó con tu alma, y la ha engalanado con preciosas joyas de virtudes. Si á santa Catalina le dió el anillo de oro, á tí la prenda de la gloria. Admírate con san Agustin de que aquel inmenso mar de Dios quepa dentro del pequeño hoyo

de tu pecho. Ensálzale con san Ignacio de que no solo en Roma sino en todas partes te sea favorable y propicio: el que á san Francisco le imprimió sus llagas, y á san Bernardo franqueó su costado, hoy se te entrega todo y se imprime en tu corazon; sabe reconocer su favor, y sabrás estimarle, procurando lograrle, y agradecerle por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLIX.

Recopilacion de otras muchas Meditaciones.

DÉCIMA.

Alma, llega al Sacramento
Con ansia sin ejemplar,
Como el hambriento al manjar,
Como á la fuente el sediento;
Como el náufrago al contento
Del puerto, como á la madre
El niño que amor le cuadre;
Como la hormiguilla al trigo,
Como el amigo al amigo,
Y como el hijo á su padre.

Conforme á las Meditaciones que aqui

se han propuesto, puedes tú sacar otras, que por ser hijas de la propia consideracion, y haberte costado trabajo, suelen despertar mayor devocion, de esta suerte:

PUNTO I.

Considera el afecto con que un Niño desea el pecho materno, con qué conato se abalanza á él, apriétale el hambre, oblígale el cariño y así llora y se deshace, hasta que le consigue. Con este mismo afecto has de desear tú llegar á comulgar: llora, suspira, gime, ora y pide el pecho de Cristo; gran consideracion del boca de oro. Pia como el polluelo del Pelícano por el pecho abierto del Autor de la vida. Clama como el hijuelo del cuervo, viéndose desamparado, por el rocío celestial. Apetece, carleando como el sediento caminante, la fuente de aguas vivas: busca el sazonado grano, como la solícita hormiguilla, y como el perrillo las migajas de pan de la mesa de su señor. De esta suerte te debes preparar con lágrimas y suspiros, con afectos y diligencias, con oraciones y mortificaciones para la sagrada Comunion: que cuanto mas intensos

fueren los deseos con que llegáres, mas colmados serán los frutos que sacarás.

Punto II. Pondera el conato con que el tierno corderillo corre á tomar el pecho de su madre, con qué cariño le tira, con qué gusto le chupa. Llega tú á la sagrada Comunion con igual ahinco á tu necesidad, con tanto gusto cuanto es el conocimiento. Acude con la presteza que el polluelo á coger el grano del pico de la amorosa madre que le llama, recogiéndote despues bajo las alas de los brazos de Cristo estendidos en la Cruz. Abalánzate con el gusto que el sediento enfermo al vaso de la fresca bebida. Acércate con el consuelo que el helado caminante al fuego que le fomenta. Goza, gusta, come y saboréate con este pan del cielo, juntando el gozo con el logro, esperimentando los celestiales gustos y sacando los multiplicados provechos.

Punto III. Dale gracias á este Señor que te ha alimentado con su cuerpo y con su sangre, como el niño que despues de haberse repastado en el sabroso pecho de su madre, se la rie, la abraza y la hace fiestas. Saluda muchas

veces como el derrotado navegante la tierra donde llegó á tomar puerto: recibe con hacimiento de gracias, y como el pobre mendigo el pedazo de pan que se le da cada dia á la puerta del rico, echando bendiciones. Póstrate como rescatado cautivo á los pies de tu único Redentor. Recibe á este Señor como padre, hermano, amigo, abogado, fiador, padrino, protector, amparo, sol que te alumbra, puerto que te recibe, asilo que te acoge, centro donde descansas, principio de todos tus bienes, medio de tus felicidades y fin de tus deseos, por todas las eternidades. Amen.

MEDITACION L.

Para recibir el Santísimo Sacramento por Viático.

DÉCIMA.

Alma, está ya preparada
Pues Dios te da por favor
El pan y el vino mejor
Para la mayor jornada:
No de apetitos cargada
Tomes el último vuelo;
Carga sí con santo celo
Cuando á Dios vas ó al profundo,
Sin carne y sangre del mundo,
El pan y vino del cielo.

PUNTO I.

Considérate ya, hermano mio, de partida de esta vida mortal para la eterna, y advierte que para un tan largo viage, gran prevencion es menester de todas las cosas, especialmente de este Pan de vida para el paso de tu cercana muerte. Vas de este mundo al otro, desde esa cama al tribunal de Dios: mira pues como te debes prevenir con una buena y entera confesion, y con una fervorosa y santa Comunion. "Levántate y come, le di-

jo el Ángel al profeta Elías, porque te queda gran jornada que hacer." Oye como te dice á tí lo mismo el Ángel de un buen confesor que te desengaña de tu peligro. Hermano mio, levanta tu corazon á Dios, de las criaturas al Criador, del suelo al cielo, de las cosas terrenas á las eternas, que no sabes si te levantarás mas de esa cama; come bien que te espera largo y peligroso camino; mira que has de andar sendas nunca andadas, por regiones de tí nunca vistas: procura hacer esta Comunion con circunstancias de última, con las perfecciones de postrera, echando el resto de la devocion. Mira que te despides del comulgar, conózcase tu cariño á este divinísimo Sacramento en la ternura con que le recibes esta última vez: fija en este blanco esos ojos, que tan presto se han de cerrar para nunca mas ver en esta mortal vida: sean perennes fuentes de llanto hoy las que mañana se han de secar; esa boca que tan presto se ha de cerrar para nunca mas abrirse, ábrela hoy, y dilátala bien para que te la llene de dulzura este sabroso manjar; advierte que es maná escondido, y te en-

dulzará el amargo trago de la muerte, que por puntos te amenaza: dé voces esa lengua pidiendo perdon, antes que de todo punto se pegue al paladar; ese pecho que se va enronqueciendo arroje suspiros de dolor; ese corazon que tan presto ha de parar en manjar de gusanos, apaciéntese del verdadero cuerpo de Cristo que se llamó gusano de la tierra; esas entrañas que por instantes van perdiendo el aliento de la vida, confórtense con esta confeccion de la inmortalidad; y todo tú, hermano mio, que tan en breve has de resolverte en polvo y en ceniza, procura transformarte en este Señor Sacramentado, para que de esa suerte él permanezca en tí, y tú en él por toda una eternidad de gloria.

Punto II. Aviva tu fé, hermano mio, y considera que recibes en esta Hostia á aquel Señor que dentro de pocas horas él mismo te ha de juzgar: él viene ahora á tí, y tú irás luego á él; este es el Señor que te ha de tomar estrecha cuenta de toda tu vida, desde esa cama has de ser llevado ante su rigoroso tribunal, mira pues que ahora te convida con el perdon, si entonces te aterrára

con el temido castigo: aquí se deja sobornar con dádivas, preséntale tu corazon contrito, y lleno de pesar de haberle ofendido; aquí se vence con lágrimas, allí no valdran ruegos: arrójate ante este tribunal de su misericordia; no aguardes al de su justicia. Eucaristía se llama, que quiere decir gracia y perdon, no dilates al del rigor; aquí está hecho un cordero tan manso que te le comes, allá un leon tan bravo que te despedazará si te hallare culpado: aquí calla y disimula culpas, allí vocea y fulmina rigores. Échate á sus pies con tiempo, que mientras tenemos este, dice el Apóstol, habemos de obrar bien, y negociar nuestra salud eterna. Clama con el penitente Rey: Señor, perdon grande, segun vuestra gran misericordia y segun la gran multitud de mis pecados: *Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam.* Hiere tu pecho con el Publicano, diciendo: Señor mio y Dios mio, sed propicio y favorable con este miserable pecador: *Domine, propitius esto mihi peccatori.* Grita con el ciego de Jericó: Señor mio, vea yo ese vuestro agradable rostro que desean ver los Angeles: *Domine, ut*

videam. Confiesa tus errores con el Pródigo; Padre mio, que no me podeis negar de hijo, pequé, yo lo confieso, contra el cielo y contra vos: *Pater, peccavi in cælum, et coram te*, recibidme en vuestra casa, haya para mí un rincon de vuestro cielo. Da voces con la Cananéa: Jesus, hijo de David; aunque mejor dirás, Jesus, hijo de María la misericordiosa, apiadaos de esta mi alma, que me la quiere maltratar el demonio: *Jesu, Fili Mariæ, miserere mei, quia anima mea malè à demonio vexatur.* ¡Ay Señor! favor que me la quiere tragar. Pide y ruega con el ladron: Señor, acordaos de mí, ladron tambien de vuestras misericordias, ahora que estais en vuestros reinos: *Domine, memento mei cum veneris in regnum tuum.* Alégrame, Señor, con aquella dulcísima respuesta: *Hodie* hoy mismo, *mecum* conmigo, *eris* tú mismo estarás, *in paradiso* en mi gloria. Amen.

Punto III. Ya que has recibido á este divino Señor Sacramentado, y metido dentro de tu pecho, esclama, hermano mio, con el santo viejo Simeon: *Nunc dimitis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace*: ahora sí, Señor

17

mio, que moriré con consuelo, pues en paz con vos. Di con el Profeta Rey: *In pace in idipsum dormiam et requiescam.* Ahora sí, Señor, que dormiré, y descansaré en paz, y en vos mismo de vos Sacramentado, iré á vos glorioso; de un Dios que he recibido en mi pecho, á un Dios que me reciba en su cielo; y pues aquí he llegado á unirme con vos por la Comunion, allá espero unirme con vos por la bienaventuranza. Repite con san Pablo: *Mihi vivere Christus est, et mori lucrum*: mi muerte es mi ganancia, porque muriendo en Cristo, viviré á Cristo. Ofrécele tu alma con san Esteban: *Domine Jesu, accipe spiritum meum*: dulcísimo Jesus, y mas en esta hora, Jesus y Salvador mio, recibid mi espíritu. Di tambien con el mismo Jesus: *Pater in manus tuas commendo spiritum meum*: Padre mio amantísimo, en vuestras manos encomiendo mi espíritu; de ellas salió, á ellas ha de volver: oye que te responde: *Noli timere, ego protector tuus sum, et merces tua magna nimis.* No temas, que aquí estoy yo, tu protector y tu amparo, y la merced que recibirás de mi mano será grande de todas maneras: no

desconfies por tus culpas, pues son tantas mis misericordias: pide, y te darán; esto es perdon, gracia y eterna gloria.

Punto IV. Despues de tantos favores recibidos, bien puedes rendir las debidas gracias: canta como el cisne cuando muere con mayor ternura, y sea un cantar nuevo, comenzándole aquí, y continuándole eternamente allá en el cielo: *Misericordias Domini in æternum cantabo.* Eternamente alabaré, y bendeciré á un tan buen Dios y Señor: y si no puedes ya con la lengua, habla con el corazon; si no pueden moverse tus labios, muévanse sus alas, y comuévanse tus entrañas: estima la merced que te ha hecho el Rey del cielo, que él te ha venido á ver á tí para que tú le vayas á ver allá; prenda es esta de la gloria, empeñado se ha el Señor; vínose á despedir de tí Sacramentado, en señal de lo que te ama y que te recibirá glorioso; vino á tu casa para que tú vayas á su cielo. Esclama con el santo Rey: *Lætatus sum in his, quæ dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus.* ¡Oh qué buenas nuevas me han dado, que he de ir hoy á la casa de mi Señor! Acaba con aquellas gozo-

sas palabras con que espiró el humilde san Francisco: *Me expectant justi donec retribuas mihi.* ¡Ay que me estan esperando los cortesanos del cielo para admitirme en su dulce compañía! no iré solo sino que irémos; irá acompañada mi alma de la Vírgen Santísima mi Madre y mi Señora, del Santo de mi nombre, del Angel de mi guarda, de los Santos mis Patronos y Abogados; y si aun estás agonizando, caréate con Cristo crucificado, y consuélate con él. Considera que á tu Señor le dieron hiel y vinagre en su mayor agonía, y á tí te ha dado el mismo Señor su carne y sangre en la suya: él murió en brazos de una cruda Cruz, y tú mueres en los brazos del mismo Señor, siempre abiertos para tí: á Cristo le abrieron el costado con la dura lanza, y él ha sellado tu corazon con esta sacratísima Hostia; inclina su cabeza y te muestra la llaga de su costado, diciendote: Entra por esa puerta siempre patente al paraiso, donde alabes, contemples, veas, ames y goces á tu Dios y Señor por todos los siglos de los siglos. Amen. Jesus, Jesus, Jesus y María sean en mi compañía. Amen.

TABLA
DE LAS MEDITACIONES

QUE SE PODRAN APLICAR

para comulgar en todas las Festividades del año.

ENERO.

FEBRERO.

MARZO.

ABRIL.

MAYO.

JUNIO.

JULIO.

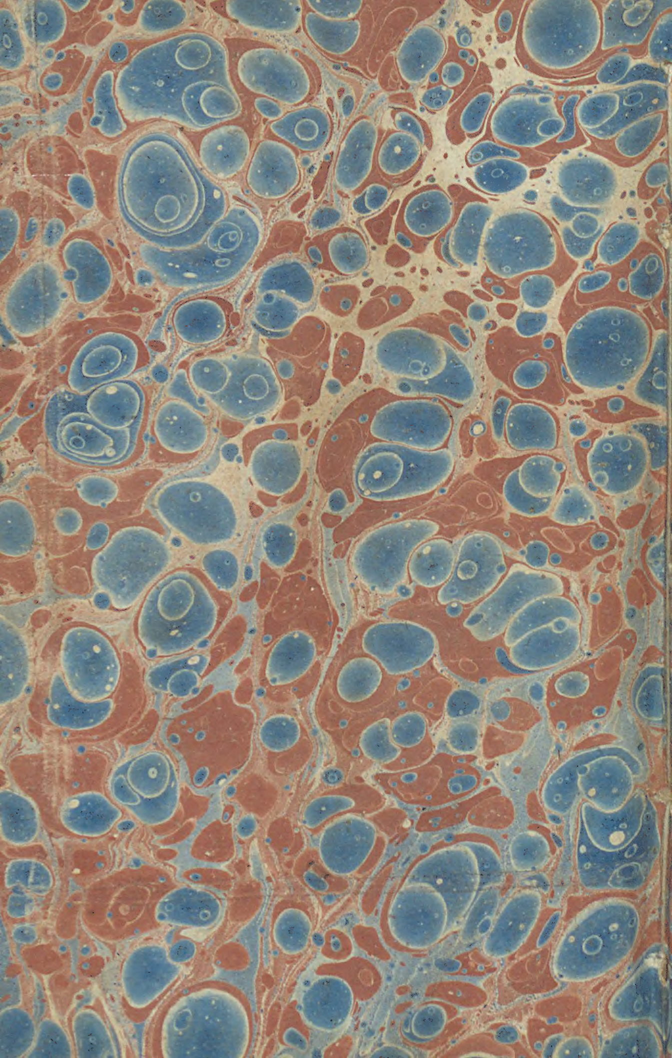
AGOSTO.

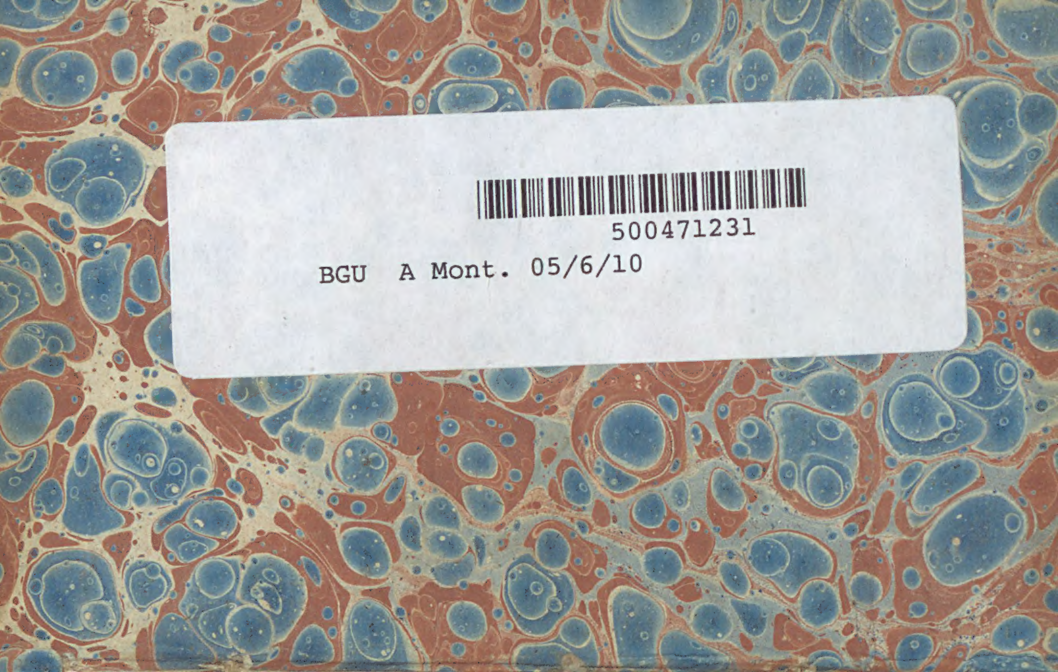
SEPTIEMBRE.

OCTUBRE.

NOVIEMBRE.

DICIEMBRE.




500471231
BGU A Mont. 05/6/10


GRACIAN.
MEDITACI
PARA LA
COMUNION
MONT 5
6/10



colorchecker CLASSIC
calibrite
mm